

AYUNTAMIENTO DE MADRID

REVISTA
DE LA BIBLIOTECA
ARCHIVO Y MUSEO



AÑO VI.—ENERO, 1929.—NÚMERO XXI

Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es

DIRECTOR: MANUEL MACHADO.

Redactor Jefe: AGUSTÍN MILLARES CARLO. Secretario: JOSÉ RINCÓN LAZCANO.

Administrador: ANGEL ANDARIAS.

SUMARIO

NARCISO ALONSO CORTÉS.—*Quevedo en el teatro.*

CRISTÓBAL ESPEJO.—*Valerio Fort y su arbitrio sobre mesones.*

RAFAEL ALVAREZ.—*Arqueología del Este africano. Las culturas nakuro y elmen-teita y su relación con las industrias paleolíticas de Madrid.*

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA.—*La vida madrileña en tiempo de Felipe IV.*

C. SANZ EGAÑA.—*Matanza por el rito judío.*

VARIEDADES: J. D. B.: *El estreno de «Jugar con fuego», contado por Barbieri.*

JOSÉ SUBIRÁ: *La canción y la danza populares en el teatro español del siglo XVIII.*—AMALIO HUARTE: *Una inscripción perdida.*

RESEÑAS: Gómez Moreno, Manuel.—*La novela de España* (RAFAEL MARTÍNEZ).

Agramonte y Cortijo, Francisco.—*Los últimos años de Federico el Grande*

(S. DE R.).—Dotor y Municio, Angel.—*La Catedral de Burgos* (RAFAEL ALVA-

REZ).—Herrero-García, M.—*Ideas de los españoles del siglo XVII* (JOSÉ DE-

LEITO Y PIÑUELA).—*Reivindicación histórica del siglo XVI* (S. DE R.).—Alonso

Cortés, Narciso.—*La muerte del conde de Villamediana* (J. DELEITO Y PIÑUE-

LA).—Taracena, B. y Tudela, J.—*Soria: guía artística* (RAFAEL ALVAREZ).—

Pérez de Barradas, José.—*La infancia de la Humanidad* (S. DE R.).—Danvila,

Alfonso.—*El archiduque en Madrid* (J. DELEITO Y PIÑUELA).—Gómez de Oroz-

co, Federico.—*Catálogo de la colección de manuscritos de Joaquín García*

Lozabalceta, relativos a la historia de América (C. PÉREZ DE BUSTAMANTE).

Moreno Villa, J.—*Tres dibujos de Pedro de Ribera* (A. GARCÍA BELLIDO).

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA.

Esta REVISTA se publicará cada tres meses

La correspondencia literaria y administrativa debe dirigirse a la Biblioteca Municipal, plaza del Dos de Mayo, 2, Madrid.

Las suscripciones se pagarán por adelantado y por giro postal, sobre mone-
dero o letra de fácil cobro las de provincias y extranjero.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, un año	10 pesetas.
Provincias, Portugal, países Hispanoamericanos y EE. UU. del Norte, un año.....	12 —
Demás países, un año	14 —

Número suelto, 3 pesetas.

No se admite más colaboración que la solicitada. No se devuelven los origi-
nales que se remitan.

REVISTA

DE LA

BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

AÑO VI

ENERO, 1929

NÚMERO 21

QUEVEDO EN EL TEATRO

Es cosa demostrada que cuando los personajes históricos —no precisamente las grandes figuras políticas, sino otras por varios conceptos notorias— comparecen en el teatro, suelen mostrarse bien alejados de la realidad. Raro es el autor que sabe reflejar medianamente los caracteres respectivos, tal como la historia nos los ofrece, y más bien parece que todos se complacen en la mixtificación. El consabido *sit Medea ferox*, de Horacio, es letra muerta. Podríamos citar no pocos ejemplos; pero baste con señalar el hecho.

Y no es que se haya de exigir al autor dramático un minucioso trabajo de documentación, aunque ciertamente no le estorbaría; lo que debe pedírsele solamente es que sepa conservar la virtualidad del carácter, cualesquiera que sean las circunstancias que de su fantasía agregue.

Don Francisco de Quevedo ha figurado repetidamente en el teatro español del siglo XIX, como también en la novela. Veamos someramente las principales obras dramáticas en que ha jugado papel importante, con la diferente manera que cada autor ha tenido de tratarle.

El primero que sacó a colación a Quevedo, si no me equivoco, fué Patricio de la Escosura, en *La Corte del Buen Retiro*. Gira esta obra sobre el amor del conde de Villamediana a la reina Isabel, bien que a ello se agregue la absurda intriga de un bufón prendado también de la soberana. Poco es lo que interviene Quevedo en este drama, aunque ya basta para deducir el principal rasgo que Escosura descubría en el autor del *Buscón*: el de un maldiciente con talento. Así encontramos en las primeras escenas estos versos:

DON LUIS. También dicen que en sus planes,
mas yo afirmarlo no puedo,
don Francisco de Quevedo...

OLIVARES. Sí estará: lengua mordaz...

DON LUIS. Pasa por hombre capaz...

OLIVARES. Yo también se lo concedo.

Y poco después:

REV. Prended a Osuna en su casa,
sirva a los otros de ejemplo;
en cuanto a Quevedo, Duque,
más tarde lo pensaremos.

OLIVARES. Mire Vuestra Majestad
que su lengua mordaz temo.

En el drama *También los muertos se vengán*, segunda parte de *La Corte del Buen Retiro* (estrenado en 1844), ya Escosura da alguna más participación a Don Francisco de Quevedo. Este acaba de volver a la corte desde su destierro de la Torre de Juan Abad. En casa de la duquesa de Montalbano, amada del duque de Osuna, se reúnen nobles y poetas a entretener sus ocios y a murmurar del conde-duque de Olivares. Entre ellos, y junto a su señor el de Osuna, figura Quevedo, un poco curado de su mordacidad:

QUEVEDO. Señor Conde, tengo miedo.

ORGAZ. ¡Miedo vos! ¿De cuando acá?

QUEVEDO. De estos días que por cárcel
la torre de Juan Abad
me dieron, que aunque es mi casa,
está mala de habitar.

Por un cierto romancillo
un tanto cuanto mordaz,
he pasado algunos días
(no sé como lo olvidáis)
«en un callejón noruega
aprendiendo a gavián».

Conseguí a ruego de buenos
y del rey por la piedad
volver a pisar la corte.
Escamado el gato está
y el agua fría le quema.

ORGAZ. Muy prudente, amigo, estáis.

QUEVEDO. ¿Queréis hablar en la corte
sin temor de naufragar?
Pues del noble Conde-Duque
las glorias enumerad;
decid cómo el gran valido
la piedra filosofal
halló del difícil arte
que llaman de gobernar,
y yo presumo que es arte
de vivir y hacer caudal...

El rey también corteja a la Montalbano, y de ello se valen Don Luis de Haro y el conde de Orgaz para sus ardides. Quevedo, ayudando la intriga, acompaña a la Montalbano en una entrevista que tiene en el soto con el monarca, y por ello el de Osuna, infundadamente, le cree traidor:

Quevedo, mi secretario,
mi amigo, mi confidente,
fué doméstica serpiente;
hoy se vuelve mi contrario.

Quevedo, sin embargo, es una figura incolora y sin relieve en la trama de este drama histórico, no menos falta de interés y colorido.

* * *

El día 1 de febrero de 1848, con el beneficio de Julián Romea, se estrenó en el teatro del Príncipe el drama *Don Francisco de Quevedo*, de Eulogio Florentino Sanz. En los anuncios se daba, y lo era, en efecto, como «primera producción de un joven escritor».

El éxito fué felicísimo. El público llamó a escena y aclamó al novel poeta, a Julián Romea y a Matilde Díez. La reina doña Isabel asistió a una de las representaciones, y, como llegase tarde, «significó —decía la *Gaceta* del día 7— el placer que tendría en asistir a una representación completa de la obra que tanto ha despertado la atención pública». Así se hizo, y S. M. se mostró satisfechísima.

Realmente, *Don Francisco de Quevedo* es una de las mejores obras representadas por aquellos días. Más ingenuo el público de entonces, más sencillos y asequibles los recursos de que el autor dramático se valía para cautivar la atención y despertar las emociones, nada tiene de extraño que la aparición de *Don Francisco de Quevedo* se considerase como inusitado acontecimiento teatral.

La crítica moderna ha sido también favorable a la obra de Eulogio Florentino Sanz. Gonzalo Calvo Asensio, en *El teatro hispano-lusitano del siglo XIX* —obra menos estimada de lo que merece—, estudia las cualidades generales del teatro de Sanz, y añade, con referencia a *Don Francisco de Quevedo*: «Su estructura, el interés en su desarrollo, lo ingeniosísimo del diálogo, la exuberancia de situaciones dramáticas, son prendas de segura victoria, que brillan y se ostentan orgullosas en todo el curso de la obra que nos ocupa. Como plan, desarrollo interesante, variedad de lances a cual más dramáticos, contrastes sorprendentes y continuada y vivaz lucha de pasiones, bien puede asegurarse que hay pocos poemas dramáticos, no ya que le excedan, sino que le igualen siquiera. Comedia de capa y espada unas veces, tenebrosa

tragedia no pocas, drama vehemente e interesante siempre, no parece sino que el autor se ha propuesto agotar los efectos escénicos, haciendo pasar al espectador de una a otra situación, ya cómica, ya terrible, ora dulce y amorosa, ora repugnante y sombría, sin darle punto de reposo. Los efectos están magistralmente preparados, y en su combinación nada dejan que desear. La acción corre como claro arroyo entre cintas y escollos, que le obligan a convertirse en torrente, cuando no a quebrarse en hilos mil de plata para volver a unirse en nuevo y amplio álveo, a corta distancia abierto para su fácil y segura salida.» No obstante este elogio, Calvo Asensio pone algunos reparos muy fundados.

Fermín Herrán, en un largo y meticuloso artículo dedicado a *Don Francisco de Quevedo*, dice así: «El asentar que el autor de *Quevedo* se propuso censurar a Felipe IV por su abandono, poner de manifiesto el despreciable carácter del conde-duque de Olivares, pintar el estado de corrupción político-social en que España se encontraba bajo el penúltimo reinado de la Casa de Austria, vindicar al malogrado conde de Villamediana y otras mil opiniones que algunos aventuran, es tan absurdo como poco favorable para el autor, que perdería notablemente ante una crítica desapasionada y severa, porque nada de aquello ha conseguido sino medianamente, y porque, además, hubiera sido caminar por estrechas veredas y terrenos extraños, nada relacionados con el objeto dramático, que, seguramente, no podría competir en esta clase de averiguaciones y propósitos con las historias escritas por buenas y eruditas plumas sobre los mismos asuntos. Antes creemos, y todo parece hallarse en nuestro favor, que el autor sentía necesidad de manifestar la simpatía que tenía por Quevedo: bullía dentro de sí un genio poético a que no había dado salida; genio que necesitaba expansionarse, que buscaba gloria, que alimentaba entusiasmo extraordinario; genio español que admiraba a los genios españoles...»

El padre Blanco García muestra incondicional entusiasmo por *Don Francisco de Quevedo*, del que dice: «No sé qué aliento innovador se siente discurrir por aquellos extraños diálogos, tan lleno de estudio, de intención y filosofía, y por las situaciones, el estilo y la versificación. Nada tan frecuente hasta entonces, aun entre los más juiciosos dramáticos, como las exuberancias de un lirismo tentador y lujurante; nada tampoco más contrario a él que la precisión nimia y monosilábica y la constante sobriedad, distintivos de *Don Francisco de Quevedo*.»

Todas estas opiniones tienen perfecta explicación. Por muchos defectos que, en cuanto a la verdad histórica y aun a la misma consistencia de los caracteres, puedan encontrarse en el *Don Francisco de Quevedo*, siempre subsistirá ese vigor pasional, un poco al modo clásico, que anima las escenas del drama.

Empieza éste con un lance en el atrio de San Martín, contrahecho del que refiere Tarsia, y que hoy, en vista de las dificultades cronológicas señaladas por el Sr. González Palencia, habrá que poner en cuarentena. La dama defendida y salvada por Quevedo es aquí doña Margarita de Saboya, virreina

de Portugal, víctima de las persecuciones del conde-duque de Olivares. Claro es que esta doña Margarita no responde en nada a la verdad histórica. Noble y enérgica, eso sí, como lo fué realmente, acaba por enamorarse de Quevedo, como Quevedo de ella. No quiso parar mientes Eulogio Florentino Sanz en que, al ocurrir los sucesos históricos que sirven de fondo a su obra, Quevedo tenía ya sesenta y tres años, edad poco propicia a despertar pasiones de vi-reinas. Pero, admitido el rejuvenecimiento, es lo cierto que en esos supuestos amores encontró el poeta arevalense el episodio más delicado de su obra. Quevedo, pues, viendo perseguida a Margarita, se constituye en su defensor, como lo es de toda causa noble. Olivares, interceptando una carta dirigida por doña Margarita a Quevedo, sabe que ambos han de verse en la iglesia de San Martín, y encarga a su confidente Medina que dé muerte a la dama. Medina se aviene a ello, pero exigiendo que el conde-duque le dé la orden por escrito y firmada de su puño y letra. Medina va a descargar su puñal sobre Margarita; pero Quevedo sale a tiempo de impedirlo y da muerte al traidor. Al retirarse de aquel lugar, Quevedo toma equivocadamente del suelo la capa de Medina, en vez de la suya.

Entretanto, la desdichada reina Isabel sufre los desprecios de su esposo. El conde de Villamediana había muerto por las calumnias de Olivares; pero antes de expirar había escrito con su propia sangre unas líneas en las que decía que la reina era inocente. Olivares guardaba cuidadosamente este pliego, y el rey Felipe seguía creyendo en la culpabilidad de su mujer. Se entabla la lucha entre Quevedo y Olivares. Éste se ha apoderado de la infanta Margarita, y el poeta sufre la mayor desesperación, mientras los cortesanos le creen entregado al regocijo y la dicacidad:

MENDAÑA. ¿La acabasteis?
 QUEVEDO. Falta poco
 MENDAÑA. ¿Sátira?
 QUEVEDO. *(Con rabia.)* Contra los necios.
(Reprimiéndose y echándose a reír.)
 ¡Qué golpes les doy tan recios!
 MENDAÑA. ¡Siempre alegre!
 CASTILLA. *(O siempre loco.)*
 QUEVEDO. *(¡Cuánto sufro!)*
 MENDAÑA. Nadie triste
 puede estar donde estáis vos.
 Hacednos reír.
 QUEVEDO. *(Estremeciéndose.)* ¡Ay, Dios!
 MENDAÑA. Con un chiste.
 QUEVEDO. Con un chiste
 quisiera haceros reír
 y reír hasta rabiarse,
 y de risa reventar,
 y a risotadas morir.

Cuando Quevedo trata de averiguar el paradero de la condesa, el conde-duque advierte que el poeta tiene puesta la capa de Medina, y prepara su venganza, acusándole del asesinato.

OLIVARES. Vos, según llevo a saber,
sois de un hombre el asesino.
QUEVEDO. Y, por lo que yo adivino,
vos lo sois de una mujer.
OLIVARES. Vuestras pruebas ¿dónde están?
QUEVEDO. ¿Y las tuyas?
OLIVARES. Quedo, quedo;
deme las tuyas, Quevedo.
QUEVEDO. Deme las tuyas, Guzmán.
OLIVARES. ¿Y Medina?
QUEVEDO. ¿Y la duquesa?
OLIVARES. No nos entendemos, pues.
QUEVEDO. Lástima, lástima es.
OLIVARES. Mucho por cierto me pesa.
QUEVEDO. Tengo pruebas, y no en vano.
OLIVARES. Pues las tendremos los dos.
QUEVEDO. ¿Y dónde tenéis las vos?
OLIVARES. (*Poniéndola en la cruz de Quevedo.*)
¿Yo? Las tengo ya en la mano.

Olivares manda prender a Quevedo; pero cuando éste se cree ya perdido, encuentra en la capa de Medina la orden de matar a la duquesa, y, con arma tan poderosa, humilla al conde-duque—una de las varias humillaciones pueriles que el privado soporta en el drama de Sanz,—y hace rodear de honores a la infanta Margarita, que oportunamente llega.

Quevedo marcha a Portugal en busca de documentos que prueban la infidelidad y traición del conde-duque. El amor de Margarita hacia el poeta surge vehemente y callado:

¿Qué pasa por mí?... ¡Quevedo!...
siempre fijo en mi memoria.
¡Oh! La gratitud... sin duda
no puede ser otra cosa...
¡Ciertamente! La altiva duquesa
Margarita de Saboya,
que no conoció en su vida
más voluntad que la propia;
la que nunca dominada
fue siempre dominadora,
con su voluntad de hierro
y su corazón de roca;
esa mujer... soberana,

con su altivez por corona,
siempre es la misma... la misma...
No .. delante de él es otra...
otra, sí... nadie en el mundo
logró lo que ese hombre logra...
Quevedo, ¡ay, Dios! me fascina...
Jamás... ¿Qué digo? ¡Estoy loca!
No; delante de Quevedo
mis mejillas se coloran
y mis ojos se humedecen
y mi mente se trastorna...
¡Sí!... siempre al sentir sus pasos
temblé... como tiemblo ahora,
sin sentirlos... ¡Sin sentirlos!
No... ¡los siento en la memoria!

De regreso en la corte, Quevedo arranca a Olivares el papel escrito por el conde de Villamediana en sus últimos momentos, a cambio de la orden a Medina para matar a la infanta; hace saber al monarca la vil conducta de su favorito y le reconcilia con la reina. Síguese, claro es, el castigo de Olivares, que Sanz dispone mediante un artificio candorosísimo, y, cumplida su misión, Quevedo ahoga un amor imposible y se retira a la torre de Juan Abad, mientras Margarita, no menos transida de dolor, se acoge a la soledad de un convento.

El interés de estos amores supera al de las demás intrigas de la obra. El alma fuerte de la duquesa y la amargamente tierna de Quevedo saben bien pronto comprenderse, a lo largo de varias escenas muy bien llevadas:

- MARGARITA. ¡Tenéis harta razón! Mas yo creía
que a vos el cielo con largueza daba
ventura y alegría;
que a vos eterno el bien os sonreía...
- QUEVEDO. ¡Oh! ¡Tarde empieza el bien y nunca acaba!
- MARGARITA. Yo pensé que el placer libre de enojos
era en Quevedo condición precisa...
- QUEVEDO. ¡Nunca busquéis la flor en los rastrojos!...
- MARGARITA. ¡Yo vi siempre el contento en vuestros ojos
y en vuestros labios contemplé la risa!
- QUEVEDO. ¡Risa fatal de la tristeza loca!
- MARGARITA. (¡Oh, qué aspecto y qué voz! Me ha enternecido.)
(*Acercándose con vivo interés.*)
Estáis descolorido.
- QUEVEDO. (*Turbado.*) Tal vez...
- MARGARITA. (*Como dejándose arrastrar por una fuerza irresistible de sentimiento.*)
¡Quevedo!
- QUEVEDO. (*Fuera de sí, precipitándose hacia ella.*)
Comprenderme os toca.

- MARGARITA. (*Rechazándole con expresión que a la actriz sola es dable determinar, y retrocediendo.*)
Mas siempre una sonrisa en esa boca.
- QUEVEDO. (*Con desfallecimiento y amargura.*)
Y en este corazón siempre un gemido.

Llega un momento en que la pasión se revela *ex abundantia cordis*:

- QUEVEDO. Yo, que soñé en mi delirio
la palma del triunfo daros...
y al fin logro coronaros
con la palma del martirio.
- MARGARITA. Común nos será esa palma.
- QUEVEDO. Yo soy quien os pierde a vos;
yo, sí... Comprendame Dios...
- MARGARITA. ¡Me estáis desgarrando el alma!
- QUEVEDO. Maldecidme, y de ese modo...
- MARGARITA. ¡Nunca!
- QUEVEDO. Mi tormento veis...
pero, no, no comprendéis...
- MARGARITA. Todo lo comprendo, todo.
- QUEVEDO. ¡Ved mi dolor!
- MARGARITA. ¡Ved mi llanto!
(Ya fuera un crimen callar.)
- QUEVEDO. Causa tenéis para odiar
al hombre... que os ama tanto.
- MARGARITA. ¡Odiaros!... Tenéis razón;
y para saberlo bien,
preguntadlo...
- QUEVEDO. ¿A quién, a quién?
- MARGARITA. A mi pobre corazón.

El desenlace de estos amores, y también de la obra, es de una emoción tranquila y reposada. La alcurnia de Margarita se alza como valla infranqueable entre los dos —aquí hay una flagrante falsedad—, y Quevedo llega resignadamente a la renunciación:

- QUEVEDO. ¡Todos se van! Yo me quedo.
Bien: importe por importe,
si se restan con el dedo,
debe a la corte Quevedo
lo que Quevedo a la corte.
- (*Margarita aparece, y al ver que Quevedo comienza a bajar por la izquierda, baja por la derecha, mirándole con afán.*)

Ay, Quién me recuerda Madrid...
Ay, Quién me recuerda Madrid...

(Baja el último escalón, y se vuelve hacia la derecha. Margarita, a su vez, sigue el movimiento contrario.)

Ninguno, ninguno...

(Viéndola.) ¡Ah! Sí...

(Se acercan.)

En este momento a fe pensaba...

MARGARITA. Comprendo en qué...
y errasteis pensando así.

QUEVEDO. Perdonadme... En tal momento...

MARGARITA. ¡Que así me ofendieseis vos!

QUEVEDO. *(Con emoción.)* Yo siento...

MARGARITA. También yo siento.

QUEVEDO. ¡Dulce y común sentimiento
que es el alma de los dos!

MARGARITA. *(Señalando el corazón.)*
¡Siempre aquí!

QUEVEDO. *(Idem.)* ¡También aquí!
Inmenso ideal profundo...

MARGARITA. Digno de vos y de mí.
(Asiendo las manos de Margarita.)

QUEVEDO. ¡Y eterno, eterno!

MARGARITA. ¡Sí, sí!...
Pero que lo ignore el mundo.

QUEVEDO. A ser nacimos quizás
siempre amantes...

MARGARITA. ¡Siempre buenos!
¡Ay! venturosos... ¡jamás!
(Separándose con dolor.)

QUEVEDO. ¿Por qué no nací yo más?

MARGARITA. ¿Por qué yo no nací menos?

Repitamos que, por muchas razones, el forjar esos amores entre Quevedo y Margarita de Saboya, es la invención más osada que pudo ocurrírsele a ningún autor dramático; pero que es, al mismo tiempo, el mayor de los aciertos en el drama *Don Francisco de Quevedo*.

El carácter del protagonista, tal como resulta de la obra, es sencillamente el expresado en los siguientes versos, que el propio Quevedo dice en el acto tercero:

No me han visto. Es fuerte apuro
que me hayan de perseguir
necios siempre, y de seguro
con este infame conjuro:
«Quevedo, hacednos reir».

Y es, por Dios, contraste horrendo,
y aun viceversa nefando,

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

y hasta sarcasmo estupendo,
que ellos escuchen riendo
lo que yo digo rabiando.

Tal vez, porque se desvíen,
suelto un chiste insulso y frío...
mas de gusto se deslien,
y tanto a veces se ríen,
que al fin yo también me río.

Risas hay de Lucifer...
Risas preñadas de horror...
¡Que en nuestro mezquino ser,
como su llanto el placer,
tiene su risa el dolor!

Necios, los que abris las bocas,
abrid los ojos... Quizás
veréis que mis risas locas
son de lástima no pocas
y de tedio las demás...

¡No! Con su chata razón
no comprenden, cosa es clara,
que mis chistes gotas son
de la hiel del corazón
que les escupo a la cara.

Y jamás librarme puedo
de ese infernal retintín,
que ya me produce miedo:
«Divertidnos vos, Quevedo»,
y hablo y los divierto al fin.

Estas últimas palabras están también a tono con los actos de inocente picardía que a veces achaca el autor a Quevedo. Algo de eso hay en otros versos, con que más adelante refuerza éste su retrato moral:

¡Cómo insultan mi ser desventurado
«los que ciego me ven de haber llorado
y las lágrimas saben que he vertido»!
¡Ellos!... ¡Prole raquítica y liviana!...
Si ojos hoy para verme no ha tenido,
(*Marcada ironía.*)
¡claros su prole los tendrá mañana!
(*Con amargura.*)
¡Es verdad!... yo lo espero,
vive Dios... En el tiempo venidero
al nombrarme las gentes
se reirán a mandíbulas batientes...
¡De pensarlo no más me inunda el gozo...
Sí, Quevedo, los hombres, ¡oh ventura!,
allá en la edad futura

te honrarán con chacota y alborozo...
y al ver tu calavera, alegre risa
(*Sarcasmo sangriento.*)
llamarán a su gesto, y, por laureles,
al son del tamboril, después de misa,
ceñirán a su frente, blanca y lisa,
¡corona... de juglar... con cascabeles!

Pero el Quevedo de Eulogio Florentino Sanz tiene todavía otro aspecto, y es el reflejado en su episodio amoroso. Allí es el hombre tierno, sensible a los estímulos del amor casto, dispuesto a las torturas del sacrificio. Con todos sus errores de orden histórico y psicológico, el *Don Francisco de Quevedo* es obra rebosante de interés y emoción.

* * *

Memorable es el estreno de *¿Quién es ella?*, de Bretón de los Herreros, por las circunstancias en que se realizó. El autor de *Muérete ¡y verás!* estaba disgustado con el público y con la crítica porque en sus últimas comedias, sin razón ciertamente, habían mostrado frialdad. En vista de ello resolvió estrenar *¿Quién es ella?* de absoluto incógnito. Sólo Hartzenbusch y Ventura de la Vega estaban en el secreto. Se estrenó la obra en el Teatro Español el día 7 de diciembre de 1849, y logró un triunfo franco y paladino.

Quevedo tiene en *¿Quién es ella?* un papel importante, pero desligado por completo de la intriga del drama. Ningún episodio de su vida, ni real ni fingido, figura en la obra, y sólo de modo indirecto interviene en el que forma la acción, puramente imaginativa. Isabel, la condesa y Gonzalo son los personajes que juegan en esta intriga, de índole amorosa, y que no es preciso referir aquí. Los críticos enemigos de Bretón, a raíz del estreno, hicieron notar que el elemento histórico faltaba por completo en el drama, reducido a una fábula de amores; y aunque D. Manuel Cañete, en el *Heraldo*, intentó desvanecer tales cargos, no dejan de tener muy serio fundamento, lo cual no quita para que *¿Quién es ella?* sea una obra de mérito nada común.

Quevedo no hace otra cosa sino secundar y aplaudir las buenas acciones de Gonzalo, de Isabel, de la condesa y del rey, a quien sirve de asiduo acompañante, y justificar el título de la obra. Protegido por el monarca, goza de completa tranquilidad, como dice en las primeras escenas:

Yo, que no ha mucho
gemía en un calabozo,
calumniado, enfermo y pobre,
hoy nadaría en un golfo
de honras y bienes si fuera
mi corazón ambicioso.

Compórtase y habla Quevedo, no como un poeta satírico del siglo xvii, sino como un campechano y pacífico ciudadano del xix. Su tono chancero es el de estos versos:

¿Y qué corazón,
si no es de piedra o de corcho,
no paga en Madrid tributo
a Mundo, Carne o Demonio?
Gonzalo, el mar de la corte
está erizado de escollos.
Las Circes y las sirenas
bogan armadas en corso,
a caza... ellas dicen de almas,
yo, del vellocino de oro;
y más que Ulises sagaz
y muy experto piloto
ha de ser el que no sea
de su despejo despojo.
Mas no todas son del gremio
de santo *Tomás* apóstol;
también *Dante* tiene alumnas...
que ya pasan del otoño.

Quevedo trata a Felipe IV con verdadera familiaridad. Júzguese:

REY. No es obra suya el retrato.
QUEVEDO. ¿Quién...
REY. Lo llevaba consigo
don Gonzalo.
QUEVEDO. ¿Y qué os importa,
si le habéis desposeído
de copia y original?
REY. Poco valdrá mi dominio
sin el alma de esa hermosa...
QUEVEDO. Pues ¡qué!, ¿tan poco camino
habéis andado...
REY. Tres veces
desde aquel lance inaudito
se ha desmayado Isabel.
QUEVEDO. Se desmayará otras cinco
si es forzoso.
REY. ¿Sospecháis...
QUEVEDO. Creo poco en parasismos
de mujeres.

Quevedo aparece en los comienzos de la obra como «juez inflexible» de las mujeres. Pero luego, a la vista de los actos de abnegación realizados por Isabel y la condesa, rectifica su juicio sobre las hijas de Eva. Esta es, pues,

la moraleja del drama, cuyos términos aparecen fijados en una letrilla, que se hizo famosa, y en las quintillas con que se cierra la obra.

La letrilla es esta:

Cuentan de un corregidor,
nada bobo,
que siempre que al buen señor
denunciaban muerte o robo,
atajaba al escribano
que leía la querella,
diciéndole: ¡Al grano, al grano!
¿Quién es ella?

Y como hombre procedía
de gran seso
quien tal actuación ponía
por cabeza del proceso;
que en vano más de una vez
se sigue al crimen la huella
por no preguntar al juez:
¿Quién es ella?

En todo humano litigio,
¡no hay remedio!,
a no obrar Dios un prodigio,
habrá faldas de por medio:
danza en todo una mujer
casada, viuda o doncella;
luego el hito está en saber

Quién es ella

Si Adán perdió el Paraíso
fué por Eva,
que probar vedada quiso
no sé si manzana o breva.
Desde entonces, con profundo
pesar, pudo conocella;
desde entonces sabe el mundo

Quién es ella

Si ves hecho polvo el muro
que fué Troya,
merced al griego perjuro
y a su bélica tramoya,
suspende el fallo severo
entre esta nación y aquélla
hasta que te diga Homero

Quién es ella

Si a Blas, no el lazo, la albarda
de Himeneo
sólo de su hacienda guarda
lo arrepentido y lo feo,
no preguntes: ¿Cómo Blas

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

nació con tan mala estrella?

Pregunta, y acertarás:

¿Quién es ella?

Si en la calle siento ruido

de camorra,

y algún quidam mal herido

grita: ¿No hay quien me socorra?

Requiescat digo al difunto,

doy paso al que le atropella,

y en la taberna pregunto:

¿Quién es ella?

Si ves postrado en el lecho

del dolor

a algún mozo de provecho,

no le preguntes, doctor,

qué reuma o qué tabardillo

en su salud hizo mella;

pregúntale, es más sencillo:

¿Quién es ella?

Es un sexo amable, lindo ..

sí, una plata;

yo lo confieso y prescindo

de la vieja y de la chata;

pero escamado y cobarde

digo ¡zape! a la más bella;

que temo saber ¡muy tarde!

Quién es ella

Las quintillas finales dicen así:

A la evidencia me rindo

y en la justicia me fundo.

La *Mujer*, lo juro al Pinco,

es lo más grato y más lindo

que Dios crió en este mundo.

Ni sólo estriba su palma

en este precioso don;

que, con muy rara excepción,

hermosas son en el alma

como en el cuerpo lo son.

Cuando su flaqueza sacas

a relucir y sus macas,

considera, *Hombre* demente,

que persigues igualmente

a las gordas y a las flacas.

Cifra el hombre su esplendor

en el amor de la gloria;

mas, con instinto mejor,

la *Mujer* brilla en la historia

por la gloria del amor.

¡Ah!, si por seguir tus huellas
se vicia tan noble instinto,
no culpes, *Hombre*, a las bellas,
sino a ti, con tercio y quinto,
más débil que todas ellas.

Siervas en todo lugar,
porque lo has dispuesto así,
¿no ves, *Hombre* baladí,
que ellas no pueden pecar
sino contigo y por ti?

Sé indulgente, pues ya ves
que la equidad lo reclama
y lo pide tu interés.
¿Por qué les quitas la fama...
si te arrastras a sus pies?

¿Por qué tu desprecio llora
la que con paciencia santa
cuando niño te amamanta,
y cuando joven te adora,
y cuando viejo te aguanta?

Sin la *Mujer* no hay placer.
¿Es fiel? Bendice tu estrella.
¿Es maula? ¡Cómo ha de ser!
O capitula con ella
o suprime a la mujer.

Mas tan pobre es tu chirumen,
que primero que tal hagas
consentirás que te emplumen,
porque en sus ojos te embriagas
de amor, de gozo... En resumen:

Desde la planta al cabello
la *Mujer*, insisto en ello,
y lo pruebo y te confundo,
es lo más grato y más bello
que Dios crió en este mundo.

Quevedo, algo así como el coro en la tragedia griega, personifica en este drama la conciencia pública: corea las acciones de los demás personajes, aprobándolas o desaprobándolas, según su calidad. Es una figura conciliadora que, sin formar parte integrante de la trama, se extiende indispensablemente por toda ella y relaciona sus elementos.

* * *

Una broma de Quevedo, comedia de Luis de Eguílaz, estrenada en el Teatro del Príncipe el día 24 de diciembre de 1853, es obra desmañadísima. El pobre D. Francisco aparece cometiendo diferentes tonterías como disfrazarse de alcalde de casa y corte, de rodrigón viejo, de escudero joven, y ju-

gando al escondite sin causa ni pretexto. Nadie sorprenderá en este personaje ninguno de los rasgos que pueden caracterizar al autor del *Buscón*.

Doña Esperanza de Aragón, que está en amorosas relaciones con D. Luis Pacheco, quiere evitar que éste la conozca cierto día en que, yendo tapada, la persigue, y ruega que le detenga a un caballero que halla al paso. Este caballero resulta ser Quevedo. Riñen los dos y Quevedo cae herido, aunque levemente: doña Esperanza le recoge en su casa. El poeta se enamora de la dama y juega algunas bromas a Pacheco, hasta lograr que aquélla corresponda a sus afanes. Cuando se da a conocer, y observa el efecto que su nombre causa en doña Esperanza y en su criada Inés, protesta contra las falsas apreciaciones del vulgo:

En numerosa cohorte
sabio-necia se han juntado,
y a Quevedo han aclamado
por el bufón de la corte.

Porque es su objeto reír...
yo siempre estoy chanceando,
y no sé cómo ni cuándo
hé llegado a divertir.

Ellos ríen; yo me río
de gozo que me da el vellos;
ellos de mí; yo de ellos;
van a su asunto; yo al mío.

Este soy yo, por mi cuenta.
Si alguno de mí habla mal,
es porque a veces la sal
se junta con la pimienta.

Quien sal doquiera salpica
la pimienta ha de verter.
Viénela alguna a comer,
y está claro, la sal... pica.

De picados la cohorte,
que picada vea yo,
por desquite me llamó
bufón de esta sabia corte.

Si hay escándalo, ya puedo,
aunque nada de ello sepa,
verme colgada la plepa;
porque... ¡cosas de Quevedo!

Cualquier broma algo pesada,
de seguro, yo la hago;
otros gozan y yo pago.
¡Y aún es mi suerte envidiada!

Con esto y con unas jaraneras seguidillas en que D. Francisco y doña Esperanza cantan su mutuo amor, termina la obra.

* * *

La señora de Cetina comparece también, como es natural, en *La boda de Quevedo*, de Narciso Serra. Esta comedia, pulcramente versificada, lleva en todo gran ventaja a la de Eguílaz.

De doña Esperanza están enamorados dos galanes: Marcial, sobrino de Luis Pacheco de Narváez —no podía faltar tan notorio enemigo de Quevedo—, y Andrés, especie de lindo D. Diego que se cree conquistador de todas las mujeres. El primero, enviado a Cetina por su tío, conoce a doña Esperanza y queda prendado de ella; el segundo la conoce en Madrid y declárala su amor, sin obtener más contestación que la siguiente, evidente negativa, dadas las ideas de Quevedo sobre el matrimonio:

Tanto amor como me envía
estimo en cortesanía,
aunque pagarle no puedo:
yo no me caso hasta el día
en que se case Quevedo.

Los dos enamorados hacen su confidente a Quevedo. Este, no cabía esperar otra cosa, se muestra enemigo resuelto de las mujeres:

Don Marcial, no lo extrañéis;
no lo extrañéis, don Marcial;
que la hembra que es mejor hembra
es una calamidad:
por ellas todo lo malo,
por Eva perdióse Adán,
cuando por ella hincó el diente
al prohibido vegetal.

Dalila esquiló a Sansón
el pelo y la dignidad,
y por ella despechado,
cuando tornó a pelear,
desquició una sinagoga
mayor que una catedral.

Por los ojuelos de Iole
Hércules se puso a hilar,
trocada la maza en rueca
y en mujercilla el jayán.

Anduvo con cola y cuernos
Júpiter, la alta deidad,
porque el amor por Europa
le estaba haciendo bramar.

Y si una hembra hace de un dios
un toro, sin más ni más,
pensando piadosamente,
con el que no es dios, ¿qué hará?
La Cava, por poco acaba
con toda la cristiandad.

Por tentar a San Antón
(que no se dejó tentar)
tomó cuerpo de hembra el diablo,
y es cosa muy natural:
pues todas las hembras tienen
en el cuerpo a Satanás.

No solamente por esto huye del matrimonio el Quevedo de Serra, sino también por tener la convicción de que ninguna mujer podrá amarle:

Devaneos, a fe mía
que tuve mil, se comprende,
pero el amor que se vende
no es amor: es mercancía.
Al mirarme en el espejo
en tan feo desaliño,
sin amores desde niño
he ido llegando hasta viejo;
con fealdad y poca hacienda
fuera loca presunción
el buscar un corazón
que a este corazón comprenda.

Adán de la Parra, el grande amigo de D. Francisco, surge en momento oportuno para avisar al poeta del peligro que corre, a causa de su *Sátira contra el matrimonio* y de la comedia *Quien más miente, medra más*, escrita ésta en colaboración con Mendoza, y condenadas ambas por la Inquisición. No tenía otro remedio Quevedo, a juicio de su amigo, sino contraer matrimonio, para destruir de este modo los violentos ataques de que era objeto, y anular con las obras el daño que se había acarreado con las palabras.

He aquí que, por feliz casualidad, D. Francisco era dueño, en la calle del Niño, de una casa que a doña Esperanza, recién llegada a Madrid, plugo alquilar; y al avistarse ambos, surge un diálogo que empieza así:

QUEVEDO. (*Conteniendo un grito al verla.*) ¡Ah!
¡Es que la finge mi estrella! (*Aparte.*)
ESPERANZA. La casa número cuatro,
calle del Niño...
QUEVEDO. ¡Qué bella! (*Aparte.*)
ESPERANZA. Es vuestra...
QUEVEDO. ¡Dios mío! ¡Es ella! (*Aparte.*)
¡Es ella, la que idolatro!
ESPERANZA. Vivo en casa de posada,
la primera que encontré
a Madrid recién llegada;
me disgusta: aposentada
en la vuestra quedará,
si el precio...

QUEVEDO.

Haced más aprecio

de mí, y calculad, por Dios,
que fuera al fijarle necio;
pagáisla a muy alto precio
con sólo habitarla vos.

Siempre hallaréis, noche y día,
casa y dueño a vuestros pies.

ESPERANZA.

¡Extremada cortesía!

QUEVEDO.

No quita, señora mía,
lo casero a lo cortés.

Aunque vocinglera fama
me señala con el dedo
y por descortés me aclama,
siempre honrar supo a una dama
don Francisco de Quevedo.

ESPERANZA.

¡Vos, Quevedo!

QUEVEDO.

¿Qué os extraña,

señora mía?

ESPERANZA.

Me daña

después de haberos hablado
el no haber adivinado
a la lumbrera de España.

El poeta abre su corazón a la dama y deja asomar a sus labios la profunda amargura que inunda su alma:

ESPERANZA.

Quevedo, por compasión,
aunque por galán convenio
me concedáis discreción,
qué fuera, junto al ingenio
de tan preclaro varón.
Feliz tan sólo sería
quien vuestro saber tuviera

QUEVEDO.

¡Ojalá!, señora mía,
trocar mi saber pudiera
por ser feliz sólo un día...
Lágrimas de eterno duelo,
que vierte el alma sin calma
en su amargo desconsuelo,
como son hijas del alma,
sólo las comprende el cielo.
Y encontrándome enojoso
con mi eterno heraclitismo,
para mi propio reposo
me propuse ser chistoso
y divertirme a mí mismo.
Con mi humor, siempre chancero,
engaño mi mal vivir:

que si pienso un día entero
en mis tristezas, me muero,
y no me quiero morir.
Más recurso no me queda
que embriagarme en mi alegría,
y hasta que me llegue el día,
pensar lo menos que pueda.
Esta es mi filosofía.

Tiernamente enamorado de doña Esperanza, Quevedo malogra las asechanzas que contra ella preparaban D. Marcial y D. Andrés. La dama, ya atraída por vivo afecto al poeta, entérase de que éste se ve compelido a casarse para evitar las malas consecuencias de su sátira, y supone que las amenazas de la Inquisición, y no el amor, llévanle a proyectar su matrimonio con ella. Le rechaza, pues, ofendida, y el poeta entonces habla de este modo:

QUEVEDO. No consiento que así manchéis su gloria.
Oid ahora lo que sólo un día,
que nunca llegará (vos lo habéis dicho),
salir debiera de la boca mía.
Una niña gentil, rosa temprana,
que apenas entreabría
su casto broche al sol de la mañana,
con su aromada esencia
supo embriagar el alma enamorada:
desde que vi la luz de su mirada,
hace años, es la luz de mi existencia.
Única flor con que bordó el destino
el ardiente arenal de mi camino...
Ahora que veis que lloro,
decidme si es que miento o que la adoro.
Una vez en el templo, un hombre osado
por un error que le costó la vida,
tocó aquel bello rostro tan preciado
con su mano atrevida.
Al sacrílego ultraje
del templo le saqué; cruza el acero,
y ciego de coraje,
junto a la casa del Señor le hiero.

ESPERANZA. ¡Erais vos!

QUEVEDO. Emigré: pasaron años,
años sin ver la luz por quien existo.
No me importa: bien vale haberla visto
el sufrir tan amargos desengaños.

Narciso Serra, por tanto, imaginó en esta comedia el poético recurso de suponer que la famosa dama a quien Quevedo, según Tarsia, defendió en la iglesia de San Martín, fué la propia doña Esperanza de Aragón, señora de

Cetina, que, andando el tiempo, casó con el poeta. Ya sabemos que esto se halla muy lejós de la verdad, como sabemos también que las circunstancias que concurrieron en la boda del poeta fueron muy distintas a las forjadas por Serra, y que ni en los preparativos ni en los resultados ofreció el connubio tan poéticas venturas; pero todo ello no obsta para que la comedia sea muy digna de su pluma.

* * *

Apenas merece mención cierta comedia de D. Francisco Botella y Andrés, titulada *Una noche y una aurora* (1856). Gira alrededor de una ridícula aventura amorosa de Quevedo, en que éste resulta burlado, y compiten empeñadamente los rípios del verso y la vaciedad del asunto. Reaparece, claro es, el tema del matrimonio y de la animadversión contra el bello sexo, y campean —de esto no se libró el mismo Serra— las seguidillas que nuestros autores dramáticos debían creer vinculadas al gran satírico. El autor, por no ser menos que los otros, intenta bucear en la psicología de Quevedo, en tan vulgares conceptos como los siguientes:

LOPE. ¡Sois feliz!

QUEVEDO. ¡Oh, mucho, mucho!
Tomo el mundo a mi albedrío,
y de los hombres me río
cuando llorar los escucho.
¿Qué es el mundo? Un panorama
donde pasan de mil modos
revueltos los hombres todos;
uno que ríe, otro que ama,
otro que llora, otro gloria
buscando, tras de ella vuela,
otro que un gran hombre anhela
para legarlo a la historia.
Todos miran sin cesar
ese fantasma halagüeño
que vieron pintado en sueño;
y después de despertar,
el hombre en su devaneo
quiere probar si le alcanza:
su caballo es... la esperanza,
y su espuela es... el deseo.
Mas después de tanto afán,
en que necios se acaloran,
los pobres hombres ignoran
que jamás le alcanzarán;
porque, para sus tormentos,

la dicha que andan buscando
ligera va cabalgando
en las alas de los vientos.
Ella al fin hace correr
el llanto que al hombre mata...
¡La fortuna es tan ingrata,
tiene nombre de mujer!
Por eso desde la cuna
las tuve tan poco afecto,
y me hacen el mismo efecto
la mujer que la fortuna.
Por eso feliz voy siendo
y la dicha voy hallando:
¡Si el mundo vive llorando,
Quevedo vive riendo!

* * *

Todo lo dicho, que hubiera podido dilatarse mucho más, baste para dar idea de la forma y manera en que el autor de *La hora de todos* ha comparecido sobre las tablas escénicas durante el siglo XIX. Bien está que su figura se perpetúe en el teatro, para instrucción y solaz de presentes y venideros. Perdonemos a los autores dramáticos que adulteren, según conveniencia, la vida y milagros del poeta madrileño, y deseemos que algún día el núcleo general de los hombres cultos tenga cabal conocimiento de lo que fué aquél, como dijo Lope de Vega: «Lipsio de España en prosa y Juvenal en verso.»

NARCISO ALONSO CORTÉS.

VALERIO FORT Y SU ARBITRIO SOBRE MESONES

El documento en el que se trata del arbitrio titulado de mesones, sin fecha, no podríamos referirlo más que a fines del siglo XVI por razón de la letra si no tuviéramos conocimiento por el contexto del arriendo de los naipes hacia cuarenta años; y como es extraño que, tratando de mantenimientos, no haga la más velada alusión al impuesto de Millones, creado en las Cortes de 1588-90, de tanto trastorno en Castilla y tan relacionado con cuantos proyectos en beneficio de la hacienda o con el fin de abaratar la vida eran debidos, no tanto al estudio cuanto a la fecunda imaginación castellana, entre estas últimas fechas y las de las Cortes de Valladolid de 1544, tendremos que situar el documento en cuestión, bien entendido, que ha de serlo después de cuarenta años de vigencia del arrendamiento de los naipes, es decir, posterior al 1584 y anterior, cuando más, a 1590.

* * *

Contadas son las noticias que podemos aportar acerca del autor del arbitrio que ha de ocupar nuestra atención. En la carpeta del documento en que se relata, dice «advitrio de Valerio Fort», que, a nuestro juicio, puede ser también Forte, y por ello hemos de considerar a éste y a otro del mismo nombre y apellido Forte como un solo individuo. Nuestra diligencia no ha sido bastante para hallar datos biográficos del arbitrista, sin embargo de haber examinado bastantes bibliografías y catálogos a tal objeto.

Juan Vicencio Forte, natural del reino de Nápoles, padre de nuestro arbitrista, había residido en la corte desde abril de 1579 hasta 7 de octubre de 1600. En ella tuvo el cargo de destilador de aguas, aceites y otras cosas de la botica de S. M., con 60.000 maravedís de ración y quitación anuales, conforme a cédula expedida en San Lorenzo el 18 de abril del primer año citado. Se le da licencia para ir al reino de Nápoles, y en su cargo de destilador de la casa real le sustituye su hijo Valerio Forte, con los mismos 60.000 maravedís, según cédula en Valladolid el 12 de abril de 1601. Con retención de este cargo, y por otra disposición real, su data en Valladolid, también a 6 de septiembre de 1602, dirigida al gobernador de Aranjuez, se le comunica el nombramiento de destilador de la corte para que lo sea de aquel sitio real en lugar del licenciado Juan de Ansuero, con 200 ducados y 50 fanegas de trigo y 50 de cebada en cada un año.

Como vemos, no hay, para nosotros al menos, noticia alguna de los años en que exponía su proyecto. Conforme a fechas, sólo podemos apuntar que no sería natural de Madrid, si su padre tuvo que estar en la corte los años ya expresados, porque le faltaría la edad para servir el cargo, y nada se dice de su sustituto personal, quedando en pie nuestra afirmación de los años en que pudo ofrecer su proyecto al Consejo de Hacienda: que de considerar al autor de él madrileño, no podría tener sino unos cuantos años, y no ser suyo por tanto.

Los datos posteriores se refieren al mismo cargo. En la obra de Alejandro Quintilio, al tratar de los maravillosos efectos que producen los polvos blancos solutivos de la quintaesencia del oro, se dice que, si es maravilla, mucha mayor es el agua del Duque de Lerma, «que con gran trabajo, cuidado y estudio ha compuesto y hecho, y haze Valerio Forte, digno criado de su magestad... y su destilador mayor».

Según Suárez de Figueroa, «Entre los destiladores de Madrid, tienen particular nombre de hábiles y curiosos Valerio Forte»... (1).

Son los datos únicos que pudimos hallar: los de un destilador convertido en arbitrista; caso no extraño, pues más raros los ofrecían nuestra administración y nuestras finanzas.

* * *

Si nos propusiéramos hacer una clasificación de los arbitrios de carácter administrativo y económico financiero, no vacilaríamos en calificar de mantenimientos al que nos ocupa, pues en su doble finalidad atiende por igual a proporcionar ingresos a la corona y provisión y acomodo permanente pasajeros y negociantes.

Claro es, que como el poder central concedía mercedes y ayudas pecuniarias a los proponentes de arbitrios, cuando visto el proyecto por el Consejo

(1) Examinamos, sin encontrar dato alguno, bibliografías como las de Gallardo, Cotarelo, Toda, Antón Ramírez, Serrano, Catalina, Blanco, Rada, Allende, Rocamora, Ramírez de Arellano, Hidalgo, Canga-Argüelles, Torres-Amat y otros varios, además de los que supone el examen de la Biblioteca de Economistas de Colmeiro. También vimos, con el mismo resultado negativo, los catálogos de Simancas publicados hasta ahora, los índices de la Sección de Manuscritos y el de Impresos de la Nacional, como los de las Bibliotecas de Derecho, Filosofía y Letras. Los únicos datos positivos de tal investigación son los contenidos en el texto.

Archivo general de Simancas: Quitaciones de Corte. Legajos 30 y 40.

Copia de la cédula de Aranjuez la hay en otra sección de este Archivo: «Despachos extraordinarios.» Legajo 336, fol. 109.

Los datos estos de Simancas los debo a mi amigo y compañero D. José María de la Peña. *Bibliografía madrileña*, por Pérez Pastor. Madrid, 1891-1907, tomo II, págs. 169 y 364.

Quintilio, Alejandro, *Relación y memorial de los maravillosos efectos y notables probachos que han hecho y hazen los polvos blancos solutivos de la quinta esencia del oro*. Madrid, imprenta Real, 1609, fol. 17.

Suárez de Figueroa, *Plaza universal de todas ciencias y artes*. Madrid, Luis Sánchez, 1615, ol. 211.

de Hacienda, era admitido, la finalidad práctica para el interés personal había de ser del tipo de rédito marcado en ducados o en escudos, y todo el resto de la propuesta lo constituían medios para la consecución económica.

En la historia de este arbitrio figuran como ascendentes cuantos otros trataron de la misma materia: abastos, posturas, tasas, precios, bastimentos, transportes, posadas, vituallas y varios nombres más, pero relacionados íntimamente con el asunto, estando las teorías desarrolladas en armonía con los principios dominantes de la época, por punto general.

Como consecuencia del linaje, se relacionarán también con él, en períodos sucesivos del desenvolvimiento del pueblo, las materias de la propia índole tratadas por escritores de las centurias siguientes. Así, vemos predominar el sistema prohibitivo, luego el de libertad, de contados casos en el siglo xvi, raro todavía en el xvii, más frecuente en la centuria antepasada, notándose ya la influencia beneficiosa, cada día más avasalladora, de los grandes maestros de la Economía, ya que no de la administración (1).

* * *

Vengamos al examen del arbitrio: en las tres partes de que consta, propuesta, memoria de advertencias y examen de dudas y justificación de las permisiones, claramente se comprende que fué de los admitidos por el Con-

(1) Al sistema mercantil, tan funesto para Europa en los siglos xvi y xvii, singularmente en España, sucede el giro de las ideas en sentido librecambista, por oposición al anterior sistema.

Según las normas dadas, registraríamos producciones como la del doctor Saravia, de la calle Veronense (*Instrucción de mercaderes*. Medina del Campo, 1544), que discurre con originalidad de los precios de las cosas y se muestra contrario a toda clase de monopolios cuando comenzaban éstos con gran pujanza, aun años antes del en que aparecía la obra y se levantaban protestas en la misma Alemania por el modo de contratar los Fúcares; la tan conocida de Mercado (*Tratos y contratos de mercaderes*. Salamanca, 1569), defensor, cual tantos otros, de las tasas; la del aragonés Adrián Ayusa (*Claro espejo de almuntafases*. Zaragoza, 1595), coetáneo de Fort, que consigna notas y precios de subsistencias; las de González de Cellorigo y Alberto Struzzi (*Memoriales*, 1600, y *Diálogo sobre el comercio*, 1624), monumentos levantados a la ciencia económica y mercantil de su tiempo; los escritos de los PP. Rivadeneyra y Mariana (*Tratado del Príncipe Cristiano*. Madrid, 1595. *De monetæ mutatione*. Colonia, 1609), defendiendo la tesis de que sobre las cosas de comer se impusieran leves tributos, siquiera por la tranquilidad que produce la abundancia, teoría llana hoy, ayer incomprensida, que en el siglo xviii trataba también Bernardo Lozano (*Reflexión sobre las rentas gravadas en los comestibles*, 1755), con sus juicios sobre la influencia de las contribuciones indirectas en la carestía de los alimentos. Por motivos varios podría citarse al anónimo de un arbitrio sobre la harina, anterior a 1592, al P. Juan Martínez y a Marueza, al arbitrista de un depósito de trigo en beneficio de los pueblos, a rancisco de Almaguer y a Pedro de Melgosa, Pedro Simón Abril y los Procuradores a Cortes en las de 1592-98, Alonso Díaz, Diego Gutiérrez de Salinas, Pedro Rodríguez, procuradores a Cortes, en las de 1598 a 1601, y las advertencias de Struzzi sobre la alcabala, y aún podría citarse a Ortiz Lucio, Valencia, Gómez Dávila, Deza, López Pereira, Caja de Leruela. Soria, Manojó, D. José González, y Monter. Como del siglo xviii, Reinalte, Arrieta y Berrio, Anzan, Campomanes, Danvila, Santayana, Fernández Mesa y Sánchez, citados muchos de éstos por Colmeiro o en otras bibliografías, anotados otros de la Sección de Manuscritos de la Nacional o del Archivo de Simancas.

sejo y tratado en él desde luego. Si bien es cierto que de algunos de ellos no consta en qué consistían, y que en casi todos ignoramos organización y procedimientos, no está el de Fort en tal caso, pues, a pesar del sistema secreto seguido entonces, así por el Consejo como por los particulares, atento aquél a no mermar el crédito público, cuidadosos éstos de que su invento no fuese malogrado, creemos conocer al detalle cuanto pensó y expuso el arbitrista sobre la materia, aunque se tratara el asunto con la prudencia debida y no por camino ordinario, como todos ellos pedían.

* * *

Consiste el arbitrio sobre mesones (1) en que haya de éstos número bastante en el país para alivio de pasajeros y negociantes, así nacionales como extranjeros, donde encontrara el viandante pan, vino, carne, aceite y todas las demás especies necesarias para la vida sin salir a buscarlas.

Lo encabeza el arbitrista con el provecho que del mismo se seguiría a todo género de gente, la persona real y su hacienda, de suerte que «sin interés de dos maravedís ni daño de tercero se le acrecentarán cada un año más de cien mill ducados».

Para ello había de conceder licencia S. M., a fin de que los hubiera solamente para pasajeros y negociantes, como va dicho, con la provisión de los mencionados artículos y todos los otros precisos, «hallándose la mesa puesta sin salir a buscarlo fuera».

Y es cosa muy justa —dice— que el vasallo se emplee en servicio de su señor, y cuando sin interés ni daño puede aumentar su hacienda, es racional seguir el parecer del proponente por provechoso a todos.

De no haberse hecho esto hasta aquí se han seguido dos inconvenientes: uno, privar al señor de tanta hacienda en el decurso de los años; otro, atribuir a un rey tan católico tal inhumanidad de no tenerlos, dando a España título de tirana, y de piadosas y misericordiosas a naciones como Italia, Francia, Alemania y la misma Turquía, siendo más de sentir por haber variado los términos de nuestras relaciones con el extranjero; pues ni sucede ya que al salir uno de su país había de hacer testamento, ni por las propias razones el que venía en peregrinación al sepulcro del Apóstol Santiago se avenía a pasearla, antes bien, no hay nacional, extranjero, europeo, indio, persa o chino «que no tenga España por arrimo y fundamento», y así por tan llena de todos se debe, por ellos y nosotros, darles toda clase de comodidades «por ser deuda tan natural y deuda mientras durase la sociedad de los hombres».

En la justificación de su proyecto, por la necesidad imperiosa de contri-

(1) Archivo general de Simancas: Diversos de Castilla, núm. 1.757, legajo 49, fol. 56.

buir a la asistencia pública, expone que si los españoles, como versados en las cosas de su tierra, padecen lo que Dios sabe para buscar lo necesario, júzguese de las dificultades con que ha de tropezar el extranjero, faltar, además, del vehículo de la lengua.

Cree, conforme a cálculo de probabilidades, que el establecimiento de los mesones reeditaría más de la cifra total señalada, y a este efecto le sirven de base los lugares de España con parroquia; agrupando cada cinco de éstas para tener un mesón —aunque puede haber más en ocasiones—, que rendirían anualmente 25 ducados por cada uno.

El intento es muy fácil de fundar, concediéndolo S. M. limitado a forasteros y extraños al país, sin derecho a proveerse en ellos los naturales de los pueblos o casados en ellos, teniendo presentes «los lugares de camino y estada»; y con promulgar pragmática ordenando «que como no sea natural del pueblo se le pueda vender y aparejar a donde entra a lojar y recrear su cansancio todo lo necesario, sin que él ni sus criados se vayan a cansar de nuevo sin hallar lo que tan justo es se les permita, pues no ay derecho a en contrario así natural, político o civil, ni en el de las gentes, que les vede haya una casa o mesón a donde los cansados caminantes hayan su regalo sin andarlo buscando de casa en casa».

La condición limitativa a las gentes del pueblo está impuesta, por motivos de ordenación y régimen familiar, para impedir que «bayan a bodegonos y a gastar allí el tiempo, la bolsa y la paz, como gente perdida».

Para la multiplicación de los mesones solicita el arbitrista la prohibición, respecto a los que tienen casa, de recibir en ella a la gente que viaje en carroza, cabalgadura, litera o a pie para darles de comer, quedando autorizados tan sólo cuantos, provistos al efecto de la oportuna carta, tuviesen colgada sobre su puerta una señal o escudo con las armas que se designaren.

La limitación no implica perjuicio alguno para pasteleros, taberneros ni bodegoneros, quienes pueden dedicarse libremente al ejercicio de su industria. Esto se hace únicamente para cuantos quisieran aparejar mesones con limpieza y puntualidad en las provisiones. Cuanto a los precios de las ventas, la regulación estaría en el arancel o postura, y cuando no, por el que corriere en la plaza cada día, siendo la obligación capital de los mesoneros la seguridad en la manutención para que el viandante pudiera dedicarse a sus negocios con mayor cuidado y descanso.

Las licencias, otorgadas por quien S. M. ordenare, no se darán por más de dos o tres años; pues a compás del transcurso del tiempo se multiplicará la renta, creciéndola por envidia y competencia de los propios industriales, quienes, pesado el provecho, pujarán los tipos de subasta o arriendo, y los que los alcanzaren pondrán en el frontis de sus puertas las armas de Castilla, Aragón o el reino a que pertenecieren.

Para formar con las permisiones cierto asiento o saca se ha de llevar con sumo cuidado, pues que serán muchos los pretenses; como ha de haber diferencias en la clase de mesones, las habrá también en las licencias, dividiendo éstas en de 15, 25, 50, 100, 150 y 200 ducados. La utilidad será grandísi-

ma, pues, prescindiendo del resto de España, sólo Madrid produciría muchos millares de ducados, sin perjuicio alguno ni para los industriales citados antes ni para los que gozaren de autorizaciones para ello, que les serían respetadas, ni habría daño en sisas y alcabalas.

Tal es la propuesta sintetizada; ocupémonos de la segunda parte, calificada por Fort de memoria de algunas advertencias y resolución de dudas.

En primer lugar sienta la afirmación de que las alcabalas reales no sufrirían quebranto, pues que los mesoneros habían de satisfacerla de las compras de comida y demás bastimentos, porque el tributo se satisfacía por el adquirente de la especie; tampoco a la sisa, por estar ya pagada cuando el mesonero compra, y en caso contrario la entregaría como era debido, que no se pierde blanca, ni aunque se vendiera por vecinos y mercaderes del lugar, que allí han de vivir y sostenerse ellos, y todo quedaba en los límites de su jurisdicción, donde tomaría el mesonero sus vituallas.

En cuanto a la recaudación del arbitrio, lo que más importa es que la primera vez se efectúe por el sistema de administración directa, ordenando que sea así en la pragmática, nombrando un administrador general de todas las cabezas de partido, persona abonada, quien pondrá en cada uno de ellos —corregimiento o jurisdicción— un oficial o administrador, sustituto suyo, por cuya intervención sepa aproximadamente S. M. el monto de la renta, base para futuros arriendos o asientos sin error en el tanteo sucesivo.

Conforme a la totalidad del ingreso en este primer periodo, se podrá presuponer el tipo del arriendo conforme a cálculos del progreso del arbitrio, tomar asiento o continuar la administración, con mayor aplauso que otros concertados desde hacía cuarenta años y con mayor provecho. Ni es de extrañar la admisión del arbitrio en España, donde lo fueron hasta los instrumentos de juego «con el pretexto de las razones que al caso convenían», siendo los mesones una necesidad sentida para naturales y extranjeros, provechosos al haber real, deseados por todos los lugares, establecidos en toda la cristiandad y hasta con esta organización «quizás saliera más reglado y corregido el oficio y permisión de tal mesonero».

Existen diferencias entre los bastimentos que habían de vender los mesoneros y los expendidos por tenderos y otra suerte de gentes: los que no son del pueblo hallan la cotidiana provisión en los distintos parajes del lugar, permitiéndoles que en la casa donde están de paso o por más o menos tiempo se les provea por su dinero de cuanto hayan menester a su sustento, conforme al estado y necesidad de la aldea, sin que se perjudiquen ni aun por la busca de ellos, a distinción de los pasantes que, como a peregrinos y extranjeros, cansados del camino, desconocedores de los parajes, consumirían actividad y perderían tiempo en la adquisición de los artículos precisos, mientras el mesonero ejerce su oficio cubriendo las atenciones ajenas, evitando así la murmuración y remediando la costumbre nociva de acomodar cualquiera a los forasteros.

Sería el medio provechoso para el rey, quien dispondría de un nuevo

arrendamiento, más útil que el de las lanas o naipes (1), que ninguno de ellos cubre más de cuarenta o cincuenta cuentos, mientras en el de los mesones, con su quieta ganancia, que mostrará el tiempo, crecerá el número de ellos y el precio de las licencias, acreditadas éstas con la limitación oportuna de las mismas, como medida de buen gobierno, para evitar desorden y confusión. La creación de ellos evitaría la maldad y tiranía de los venteros, quienes, como saben que forzosamente han de gastar la provisión que tienen, «benden una tajada de vaca muy dura por dos reales, el pan por un ojo de la cara, y el vino, que mejor diré vinagre, a ochenta y a ciento, todo lo qual es un publico latrocinio», ofensa de nuestro señor, agravio a los pasajeros y escaso provecho para S. M. El establecimiento del arbitrio evitaría tales desmanes «porque sabiendo el pasajero que una o dos leguas más adelante topará de comer se animará a caminarlas, y el ventero procurará irse a la mano, y por acreditar su venta procurará dar a cada uno lo que es justicia, regalándoles con mucho cuidado», y sin perjuicio de nadie; en fin, se evitarían a muchos las impertinencias, lástimas y descomodidades de perseguir por su dinero el sustento de casa en casa, cuando lo hallan.

El tercer papel es un alegato de la justicia de la causa. De no haber habido mesones, como los hay en el extranjero, se sigue a la salud gran daño, que no hay sino considerar el cansancio que supone llevar andado a pie o a caballo una jornada de diez o catorce leguas, y al cabo de ellas, en vez de descansar, perseguir las vituallas, siempre a precio doblado, de cabo a cabo del lugar, no hallarlas a veces y descansar sin alimentos, cuando se llega en ocasiones, lleno de fango o calado de agua o nieve, creciendo en todas las dificultades en el que arriba de noche, «pues aya todo su mal doblado». En caso contrario, cuánto se evitaría aderezándoles comida de la que el mesonero hubiere en casa, por su justo precio, o la que le entregaren, con el del servicio de cama, servilletas y trabajo, según la calidad de las personas. Para dedicarse por entero a su menester, el forastero sería el único atendido, y a los vecinos no les vendería nada ni crudo ni cocido, «sino es que caminasen o parasen largo, o el día que casaren hijo o hija o la bautizasen ansi suyos como de sus criados o criadas».

El mesonero tendría libertad para comprar como, cuando, y donde quisiere, sin estorbárselo ni aun las justicias, todas las provisiones necesarias, así para sus familias como para sus huéspedes y cabalgaduras de todos, tales como trigo, cebada, vino, aceite, paja y los demás bastimentos; tendrían encima de sus puertas o ventanas las armas que quisieren, diferenciándolas de otro mesón, las que saldrían de la pared cosa de una vara y estarían colgadas de un palo para que las conocieran los caminantes y les fuera permitido elegir el sitio de mayor regalo y acomodo.

(1) Archivo general de Simancas: Escribanía mayor de Rentas, legajo 366. Rentas del miembro de las lanas que se sacó del almojarifazgo mayor de Sevilla, sin perjudicarse por esto la Corona, y del de Puerto Secos, dado por asiento cerrado a Pedro de Melgosa, vecino y alférez de la ciudad de Burgos, en 13.750.000 maravedís en total, durante cinco años, por razón de crecimiento para desde 1 de enero de 1567.

Tendrían obligación de estar bien provistos de cuanto fuera preciso y al precio de postura o al que se vendiese en la plaza, pena de 10 ducados pagados sin remisión.

Con las repeticiones tan propias de la época y la machaconería al uso, vuelve a decir que no por los mesones padecerían alcabalas ni sisas, ni se quitarían bodegas ni pastelerías, ni a los mesoneros se les prohibiría recoger huéspedes como antes, ni a las demás casas de posadas, como no fuera gentes de charrojas, coches, literas y de a caballo; los tipos de licencia que ahora establece, difieren un poco de los ya citados, pues son los de 200, 150, 100, 40, 30, 25 y 16 ducados, considerando el trato, comercio y caminantes.

Se respetan las licencias otorgadas con antelación por S. M. para tener huéspedes, pero se prohíbe la admisión de ellos por toda otra clase de personas so gravísimas penas a los contraventores. Se dejarán en beneficio del tributo, para que los solicitantes puedan elegir puestos y casa acomodadas al efecto, sin que les sea permitido a los dueños subirlas de precio, a menos que medie arbitrio de la justicia de su lugar, para evitar la malicia de los propietarios que, soslayando la tasa establecida en la Corte, hacen contratos fingidos ante escribanos, no dan cartas de pago y piden por tercios para mejor paliarlos.

Son notorios los provechos que se siguen de la aceptación del arbitrio: aumento de la hacienda real, provecho de la república, a Dios por el servicio que el mesonero presta al extraño, y a la moral y a las buenas costumbres por convertirse en bendiciones las maldiciones de un día en la desesperación y contrariedades de los caminantes. Contribuye a la buena organización del trabajo, a impedir la pérdida de tiempo, a la alimentación a las horas adecuadas, a la seguridad de la provisión, sin que pueda ya acontecer que tras la busca de un pan no alcanzado, con pérdida de cuatro horas y de jornada, «el vientre que no sufre dilación por acudir a comer, suele quedarse sin comida y sin honra a las veces, y sin hacienda, olvidándose de sus negocios».

La falta de mesones es contraria a la economía doméstica, pues obliga al sostenimiento de criado o criada por quien pudiera sustentarse con cuatro reales para dos días, por ejemplo, hallando en ellos la mesa puesta. Creciendo por necesidad los criados, ocupado el dueño en sus negocios y viajes, descuidado el haber, con libertad el servidor y sin que nadie le vaya a la mano, la ociosidad les hará inútiles para el trabajo, contrarios a los peligros de la guerra, partidarios de la facilidad en la vida, comenzando por hurtar y concluyendo en ladrones y salteadores muchos de ellos, apoltronados para el trabajo y mujeriegos y escasamente belicosos, y ellas en ladronas y malas mujeres, mientras «dejan de cultivarse tantas tierras y tan fértiles».

Los arrendamientos, limitados al lugar y distrito de vecindad, se harán en las cabezas de los poblados, ante los corregidores, acudiendo a poner o recibir postura y prometidos desde primero de enero por medio del escribano, de estancos, de mesones y posadas, señalado al efecto, y cada ocho o quince días se hará alarde público para evitar quejas, y se seguirá en los remates el orden que se acostumbra en las rentas reales, quedando abierta hasta el año nuevo.

Repite la necesidad imprescindible de la pureza en la administración durante el primer año del recaudo, y del acopio de datos como reguladores de la suma total para el arriendo en su caso, o el asiento en su día, con mayor provecho y seguridad que «otros contratos hechos de quarenta o cinquenta años a esta parte, como naipes y otras cosas, que si el juego ha venido a ponerse en modo y forma de arbitrio, con quanta más razón se podrá poner lo que tanta falta hace en España a todas en común y a cada uno de los pasantes extranjeros por no haberse permitido algunos mesones, cosa tan deseada de los propios lugares, y tan pedida y justa a los extranjeros y negociantes».

* * *

Muchos puntos de contacto tiene la legislación castellana a propósito de mesones, con el arbitrio de que se trata, siquiera difiera de él por la amplitud, la consideración de monopolio, la organización y algunas otras especialidades.

Efectivamente, la legislación citada, en el corto espacio que media desde el cuarto último del siglo xv a las postrimerías del xvi, confirma esta aseveración. Lo dispuesto por Don Fernando y Doña Isabel, en Toledo, el año 1480, ocurre al desorden en los mesones y a lo que en ellos se gasta, mandando que el mesonero, si quiere vender cebada por granado o por celemín, no ganare sino el quinto más de lo que valiere en la plaza o en el mercado la fanega de tal cereal; y el alcalde, regidor u oficial, cuiden de que se dé la paja medida, haciendo la tasación de seis en seis meses, regulando conforme a tal tipo la venta al menudeo.

Por la circunstancia de cobrar a los viandantes demasiadas cuantías de maravedís por los aposentos donde se hospedaban, ordenaron los reyes a las citadas autoridades tasar los tipos por hombre, con bestia o sin ella, o con mozo o sin él, mientras en la población de que se tratara estuviese asentada la Corte, y en caso contrario, la efectuarán en el término jurisdiccional al comienzo del año, pregonando el precio establecido, y haciendo pesquisas de las trasgresiones cometidas en el antecedente, con ejecución de penas (1).

En el orden cronológico figuran luego, a nuestro objeto, varias disposiciones del cuaderno de alcabalas (2). Mandaban los monarcas que en lo sucesivo no se construyeran ventas ni mesones en términos realengos sin licencia de ellos, y si algunos estuviesen en tales condiciones, paguen toda la alcabala a los arrendadores de los lugares donde estuvieren asentados. El motivo de esta restricción obedecía a haber mostrado la experiencia los inconvenientes de ellos en lugares despoblados, con mengua del bien público y fraudes en la renta.

(1) *Nueva recopilación*, libro VII, título XI, ley 6.^a

(2) *Ibidem*, libro IX, título XVIII, ley 2.^a: Don Fernando y Doña Isabel en el Real de la Vega de Granada, a 10 de diciembre de 1491. Ley 35 del cuaderno de la renta.

Por otro precepto del conocido cuaderno, se establecía la exención del tributo nombrado a los mesoneros y venteros de los arzobispados de Toledo y Sevilla y obispados de Córdoba, Jaén, Segovia, Cuenca y Cartagena, por las viandas, cebada, paja y vino que vendieren tales industriales y sus familias y criados, por menudo y azumbres, para mantenimiento de los pasajeros, comprendiéndose en la exención el Puerto de la Mala Mujer, el de La Losilla y cualesquier otras ventas sitas en las expresadas demarcaciones, construidas hasta el día de la data o que se labrasen en ellas, por las expenciones de pan, vino, carnes muertas, pescados, aceite y legumbres con igual destino. Se exceptuaban de la merced los venteros y mesoneros del Aljárafe y Rivera de Sevilla y los de media legua de cualquier lugar poblado, con el fin de evitar para la venta, encubiertas y engaños. La franqueza se entendía de los situados en los caminos cosarios a los puertos (1).

Otro más del mismo cuerpo legal se refiere a la franqueza concedida a la venta de Pero Afán, en el obispado de Badajoz, camino que conduce de Guadalupe a Sevilla; la de los Toros de Guisando, la de la Alberguería, entre Trujillo y Cáceres, y la de Rui Terrero, que edificó María González de Lastra con iguales amplitudes que la de la disposición antecedente y con el propio destino (2).

En el cuaderno de las leyes de la Santa Hermandad, su fecha de 1496, se establece que, allí por donde pasaren los viandantes naturales o extranjeros de estos reinos, se les provea a ellos y a sus bestias de lo que hubiere en el lugar para vender, y si les pidieren demasiados precios, tomen por su autoridad las cosas precisas, delante de dos hombres buenos, pagando a la hora a sus dueños la cantidad razonable, y si éstos no la quisieren recibir, déjenla en poder de una buena persona del lugar, quedando libres y quitos. Se manda a los alcaldes ordinarios de Hermandad cuiden de que se les provea de mantenimientos necesarios, de suerte que por ello no hubiere dificultad ni escándalo (3).

Mención especial merece también, por su espíritu, la pragmática de Don Fernando en Sevilla y Doña Isabel en Jaén, en 1500, prescribiendo la visita de mesones y ventas, cuidando de que estén separados unos y otros edificios y atendidas otras cosas en beneficio del buen acomodo de los caminantes, guarda de la tasa y prohibición de juegos y tableros vedados (4).

En la nueva instrucción que se mandó observar a los alcaldes mayores, adelantados y otros funcionarios, figura esta disposición — su fecha en Alcalá de Henares, a 3 de marzo de 1543 — con el fin de evitar abusos, muy corrientes a la variación de las primeras autoridades citadas, pues en el afán de devengar derechos las entrantes ponían nuevo arancel que el alguacil llevaba, cobrando un real y otros derechos excesivos por cada uno, sin que fuera obs-

(1) *Nueva recopilación* libro IX, título XVIII, ley XX.

(2) *Ibidem*, libro IX, título XVIII, ley XXI.

(3) *Ibidem*, libro VIII, título XIII, ley XV.

(4) *Ibidem*, libro III, título VI, ley XXI.

táculo a la exacción el tenerlos ya en ventas o mesones. Prohibióse la trasgresión, permitiéndolos tan sólo cuando no los hubiera, y limitando el cobro de derechos a 10 maravedís (1).

Todavía, antes de la fecha del arbitrio que nos ocupa, registramos otra disposición importante para que los mesoneros que serían personas convenientes tuvieran el aparejo necesario en su industria, a precios moderados por los justicias. Las causas son para evitar a los caminantes los daños e inconvenientes que se les seguían de no hallar los mantenimientos precisos en los mesones donde iban a posar, teniendo que buscarlos fuera de ellos aunque estuvieran cansados: inconvenientes derivados de las ordenanzas de los pueblos, para que en ellos ni se tuvieran ni se vendieran. En contrario, Felipe II estableció por su pragmática, dada en Toledo en 1560, que los mesoneros situados en cualquier ciudad, villa o lugar, estén provistos de las especies de comer y beber y otras cosas convenientes a los caminantes, con derecho a enajenarlas para las personas que se hospedaren en ellos, sin embargo de cualquier ordenanza y mandamiento contradictorio. Los justicias consentirían la venta, con cuidado especial de mirar y proveer sobre los dueños de la industria, y que éstos tuvieran los aderezos de cama y todo lo demás necesario, con la limpieza y buena provisión atendible; los bastimentos serían buenos y vendidos a justos y moderados precios, de suerte que redundara la medida en beneficio de los caminantes, siendo potestativo en éstos tomar mantenimientos en el mesón o fuera de él, como quisieren, sin hacerles vejación (2).

Tal era la legislación de la época del arbitrio, que no difería, por cierto, sino en detalles, de la de las dos siguientes centurias, pues los municipios que tenían mesones en propiedad, atemperando sus juicios a los preceptos en vigor, cuando los arrendaban en subasta, lo mismo que cuando los regían por administración, consignaban buenas provisiones, mejoras en el justo precio de la cebada, aranceles a la puerta de entrada, buen trato en el hospedaje, asistencia a los pasajeros, visitas de estos lugares, permiso para comprar todo género de viandas, exención de derechos a los mesones y ventas sitos en despoblados, moderado encabezamiento a los situados dentro de los lugares y prohibición de reventas.

* * *

Como hemos visto, la legislación castellana anterior a la propuesta de nuestro arbitrista era previsoras en cuanto a los reparos y sanidad de ventas y mesones; exención de alcabalas a los que estuviesen en los caminos cosarios a los puertos; prohibición de labrarlos en términos realengos sin licencia, ocu-

(1) *Ibidem*, libro IV, título IV, ley XLVIII.

(2) *Ibidem*, libro VII, título XI, ley VII.

rriendo a los perjuicios irrogados a las rentas reales por los situados en despoblado, sin duda como base de contrabando posible, por estratégicos, a distancia conveniente de aduana o tabla; la regulación de viandas, mantenimientos y albergues; las mismas que pedía el arbitrista por arancel, postura o precio en la plaza, exigiendo la guarda de la tasa; el depósito de la cantidad razonable en caso de demasía; la intervención de los justicias; las visitas de éstos; el aparejo de los centros citados; las buenas provisiones, sin embargo de la oposición de las ordenanzas de los pueblos; la libertad para tomar vituallas en el mesón o venta, o fuera de éstos, principio a que no podía referirse Fort, y el arancel a la puerta de los establecimientos, para conocimiento del público. Las mismas exenciones de que posteriormente gozaran los de los despoblados evidencian la negligencia que hubiera en la construcción de ellos, variando el juicio del legislador en este punto.

* * *

No tenemos conocimiento de que el arbitrio en cuestión hubiese sido implantado en la época en que se proponía ni aun muchos años más tarde, ni en los presupuestos que conocemos de tal tiempo y de la siguiente centuria figura ingreso alguno por este concepto, a menos que se consignara como miembro del de alcabalas. Nos inclinamos a creer, pues, que fué, como apuntamos antes, uno de tantos admitidos por el Consejo de Hacienda, satisfecho el tanto legal, consecuencia de la estimación, y arrumbado, como otros proyectos, fuera cualquiera la causa de la determinación.

Habría tenido un carácter de monopolio de venta, indudablemente, en el primer período del mismo, hasta tanto que las cifras del rendimiento líquido dieran base para el arriendo, medio normal en la administración pública de la época, o al asiento, al que se acudía tantas veces en necesidades extremas, presentadas, por desgracia, con frecuencia. Por consiguiente, el monopolio como derecho exclusivo de venta, que se reservaba la Corona con el fin de recaudar un impuesto a título de licencias, aunque limitado sólo a los mesones, prescindiendo de las combinaciones a que se prestara la tasación de los mantenimientos, monopolizaba la venta en los centros citados, añadiendo al precio de adquisición el impuesto y dejando libre la producción, pero prohibiendo el comercio, aun dentro del sistema de tasas y posturas, y de las excepciones que representaban las mercedes otorgadas anteriormente en este sentido y los derechos y limitaciones de los vecinos de los poblados.

La pugna contra el monopolio en nombre de la libre concurrencia apenas si podía esgrimirse en aquel tiempo lejano como razón fundamental de conducta pública, porque, aun sin relacionarlo con el criterio de la época, en verdad que la concurrencia libre en el mercado no podía tener lugar por faltar en él individuos que se dedicaran a la oferta de las mismas mercaderías en tales

condiciones, sino a un monopolio también, aunque de hecho ajeno y horro de toda garantía de provisión, como ya lo notaba el arbitrista.

Sin que nuestros abuelos pensaran siquiera en que este sistema de abas-tecimiento de artículos excedía de los fines del Estado, pues no estaban deli-mitados derechos y obligaciones representados por la Corona en el régimen político de entonces, sí demostraban en sus escritos, las personas más o menos versadas en tales estudios y los oficinistas y practicones, la incapaci-dad productora del poder público, como se venía confirmando, salvo peque-ños periodos de nuestra historia financiera, desde aquellas Cortes de Toledo de 1436, por ejemplo, cuyas peticiones en cierto orden sirvieron de piedra angular a las Ordenanzas de Contaduría mayor del siguiente año, las prime-ras existentes, que sepamos, como cuerpo de doctrina en su materia. Claro es que la Corona, comprendiendo su estado frente a la administración y sus necesidades diarias, habría de tratar del arriendo en su caso, o más bien, de ser posible, del asiento, sin los límites a la producción, con los medios de li-cencias que gravaban la venta y teniendo presentes los provechos racionales de la industria, el trabajo, etc.

El arbitrio habría tenido de ventajoso el actuar sobre especies de consu-mo general como materias de primera necesidad, medio de que el rendimiento fuese aceptable, y de que la facilidad del cobro del tributo, envuelto en el precio de la mercancía, le privara del carácter de imposición. Otro motivo más era el que por la multiplicación de los mesones podía comprobarse y vigilarse el contrabando, evitando también, con la multiplicación del trabajo y la suma de capitales, aunque fuesen mínimos, dedicados a la industria mencionada, los gastos de los intermediarios. Las mismas tasas venían a ser una ven-taja en este sentido, porque, atemperando el impuesto a las más mínimas de ellas, había de evitar, por las valoraciones excesivas, toda disminución del consumo, que en este caso sería el del tráfico, y con él estaba garanti-zada la difusión del impuesto, por deberse únicamente a la difusión de su consumo.

La estimación de que hubiera en cada grupo de parroquias o de pueblos un mesón, teniendo, sin duda, en cuenta las vías de comunicación, el comer-cio de tránsito, la configuración del terreno, las ferias, los mercados, los san-tuarios y el interés personal por el capital y el trabajo expuestos, no le quita-ba, arrendado o sin arrendar, la condición de monopolio, y cada uno de los tenedores de licencias sería vigilante ante el Estado por su propio interés y por el interés de la Corona o de la compañía o persona que quedara con el servicio.

Si el arbitrio no llegó a implantarse sería culpa de los derechos adquiri-dos, que tanto pesan; de los concesionarios de mesones y ventas en rutas es-tratégicas, las más productivas; acaso de los arrendatarios de los puertos secos; sin duda de las representaciones de los Concejos, cuyo criterio, vacia-do en las ordenanzas de la época, estimaba cualquier novación como contra-ria a su derecho legendario, a la defensa de sus propiedades, como mesones y posadas, de los que había muchos en Castilla, como los hubo en la Andalucía

alta, cual legado de los moriscos, con baños, hornos y otros inmuebles, y traspaso de ellos a los Comunes, singularmente en la época gloriosa, de grato recuerdo para España, de nuestros Reyes Católicos.

* * *

Los juicios, generalmente parciales y de una extremada superficialidad, de los extranjeros, en cuyos países debe ser todo perfecto, aves de paso en el nuestro, tan especial y de costumbres singularísimas, no dejan bien parada la situación de nuestros mesones y ventas, siendo ejemplo de estas críticas y de los pocos aposentamientos que había en las rutas la señalada en el itinerario, de Andrea Navajero, aludiendo a la venta del Palacio, saliendo de Andalucía para Castilla, «hecha en medio de los montes por los Reyes Católicos para comodidad de los caminantes». En ella, como en las demás ventas de España, no había más ajuar que el que los viajeros llevasen consigo (1).

Aunque es cierto que a través de los renglones de nuestra legislación se ven los abusos de los venteros y la precaria situación en que estábamos respecto a tales alojamientos, con el descrédito por tal motivo, al decir del arbitrista, como obligación tan sentida mientras durase la sociedad de los hombres, acude a ella Fort con su propuesta en beneficio común del rey y de los viandantes, en razón al estado de nuestras ventas y a los abusos de estos industriales, atendiendo en la Corona a un saneado rendimiento, como súbdito que apreciara a diario los aprietos de nuestro monarca, y teniendo en cuenta, de otra parte, la seguridad en la manutención, el ahorro de dinero, tiempo y trabajo y la comodidad mayor, siendo por ello de empeño la provisión de ar-

(1) Creo que más bien merece aplauso la medida ordenada por los Reyes Católicos para que en los despoblados y caminos de ruta hubiese ventas para alivio de caminantes. García Mercadal, *España vista por los extranjeros*, 1923, tomo II, pág. 119. La afirmación de este español parece exagerada, porque la ley obligaba a algún acomodo en las ventas, siquiera relativo, y es de presumir que en parte al menos se cumplirían los preceptos legales, tratándose del reinado de Don Fernando y Doña Isabel.

REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO del Ayuntamiento de Madrid, año I, julio de 1924, núm. III, págs. 286 a 336, *Memorial de Pedro Tamayo, de la guardia a pie de S. M.*, artículo publicado por Morel-Fatio. Conforme a datos de 1590, había en Madrid, según Tamayo, 55 mesones, 842 posadas, y en ellos 2.614 camas, teniendo tablilla 541 y 2.073 sin ella.

Los albergues de los monasterios, que nuestra literatura también menciona, son demostración de que las órdenes religiosas cumplían, conforme al tiempo, con un deber social y un trato distinto, según la condición de las personas. Entre otros, pudiera citarse el de San Bartolomé de Lupiana, de jerónimos, cuyo edificio, frontero de la puerta de ingreso del convento, era bastante amplio. Los libros de actos del monasterio, martirologio periódico en su organización y su disciplina, justifican la afirmación con los otros documentos de la orden existentes a la sazón en el Archivo Histórico Nacional. En España, como país católico, las órdenes locales siguieron llenando sus funciones benéficas aun después que en otros países había ido decayendo, en el siglo xv, el albergue gratuito por haberse convertido en beneficios, transformándose la mayor parte de las instituciones dedicadas a tal misión.

tículos conforme a abastos, tasa, postura y valor diario en la plaza, respectivamente.

También toca el punto de la necesidad en los albergues y de que se tasen éstos como en la corte, a fin de que los propietarios no vulneren lo dispuesto en la tasa mediante contratos fingidos y sin los recibos de garantía, pidiendo el precio anual por tercios de año; a este efecto, proponía se marcara tiempo bastante para que, dentro de él, los mesoneros futuros pudieran elegir parajes acomodados e inmuebles capaces al objeto a que se les destinara.

Argumenta bien en pro de su tesis, comparando con razón la diferencia de situaciones entre el nacional y extranjero, mejor dijera, entre estos dos y el comarcano, para la provisión de artículos, sus precios y el principio de poderlos alcanzar, difícil y aun imposible en ocasiones al mismo coterráneo.

En la organización del arbitrio no deja también de tener buen sentido como conocedor de las costumbres, maneras de ser de su tiempo y crédito de las instituciones que nos regían.

Estableciendo los mesones por grupos de parroquias, mejor que de pueblos, teniendo como guía el mejor sentido y mayor cuidado de la iglesia frente al poder civil, atiende a consideraciones de índole práctica, muestra cuantos mejores datos presentaban los eclesiásticos, demostrándolo el censo mandado formar con ocasión del donativo de ocho millones de ducados y las consecuencias de las cifras erróneas en las quiebras de los partidos (1).

Las limitaciones impuestas a los vecinos y domiciliados del pueblo, las prohibiciones de tener albergues los del lugar, las exenciones en beneficio de pasteleros, bodegoneros y taberneros, el respeto al derecho establecido, indica la defensa del monopolio y la consagración de mercedes antiguas, cuyos tenedores se habrían levantado contra la propuesta.

Es elemental en un arbitrista la afirmación de que no se dañarían ni alcabalas ni sisas, y aún pudo decir que ningún otro derecho del monarca, y de que sin interés de dos maravedís ni daño de tercero, como dice este nuestro, se acrecentarían las rentas reales; y fuera contradicción notoria, en quien presupone con su proyecto un aumento de los ingresos, que, a la postre, resultarían merma das otras rentas.

Las muestras y escudos para guía del público, en Castilla con el de este reino, y así en todos los demás, y las armas que cada interesado gustare fijar, es otro acierto comercial, tan elemental como se quiera.

(1) González, D. Tomás, *Censo de población de las provincias y partidos de la Corona de Castilla en el siglo XVI*. Madrid, imprenta real, 1829.

Está hecho sobre datos financieros basados en documentación original de S. m. c. La iglesia fija, por lo común, menor censo de población, pero excluye a los exentos, y son más ciertos.

El mayor número de casas pobladas de humos o de fuegos, por ejemplo, y la exageración de las cifras, fué, en realidad, una de las causas de las quiebras de muchos partidos. Las reclamaciones de los poblados a Contaduría mayor justifican tales extremos. Por estas consideraciones y poseer la clerecía para el efecto que nos ocupa más documentación, más precisa y mejor cuidada, juzgamos merecen mayor crédito las noticias de ella.

La limitación de tiempo en las licencias y la cuantía de éstas son principio de buen gobierno; pues que es racional suponer hubiera ventas y mesones diferentes en el trato y, por consiguiente, en la cuantía, como diferentes eran los viandantes, sus situaciones, costumbres, clases y disponibilidad, y así debía haber de precios varios, conforme a circunstancias tan distintas.

Lo mismo decimos de las licencias, siempre por plazo corto, para que se pudiera estimar no sólo el rédito para el cálculo, sino la forma y manera como habían de comportarse los mesoneros, para retirarles, en su caso, hasta las autorizaciones concedidas, sirviendo además de base a los arriendos o asientos por medio del sistema de administración.

Como defensa de su proyecto atestigua también Fort con la cuantía mayor del rendimiento respecto a los de las lanas y naipes, opuesto a este último, como vemos por las frases que emplea, de haberse tomado como base de tributación hasta los instrumentos de juego y la consideración de que todo el mundo estaba deseando la fundación de los mesones.

Poniendo en parangón la maldad y tiranía de los venteros —especies en que todos los viandantes y conocedores de la situación habían de estar conformes—, defiende la buena misión del mesonero —como interventor, sin duda—, cumpliendo en su oficio, de las demasías de aquellos otros, desconociendo o no queriendo comprender que eran unos y otros gentes de la misma condición e idénticos principios morales relativos a la limitación del dominio, en cuyo pleito querrían ejercer de compensadores, y el efecto sería producir los propios resultados que los intentados evitar con la amplitud y la reforma.

Argumentos también que se esgrimen con razón son los de la salud de los individuos por el orden en las comidas, el cansancio del camino, las ventajas del servicio, la organización del trabajo y la mayor productividad de éste con disciplina atinada, quedando los caminantes más libres para ocupaciones de empeño que debían absorber toda su atención; la ganancia en la economía doméstica para evitarse, con tal acomodo, sostener casa abierta en sus poblados, cuando estaban fuera constantemente; limitación a la holganza en servidores libres de la adecuada y saludable inspección del dueño, evitando que, tras una libertad sin freno, apuntara la inmoralidad con el lujo por compañero, y con ellos la anulación de las voluntades, aptitudes y energías, así en los hombres como en las mujeres, convirtiendo a unos y otras en perdidos, y a los primeros incapacitándolos para empeños de gran esfuerzo, como el de la guerra.

Trata también de los casos de excepción a los vecinos en circunstancias extraordinarias para ellos, tales como casamientos y bautizos, de sus hijos o de sus criados, mostrando respecto de éstos la tesis de tutoría y auxilio mutuo de la sociedad heril, tan defendida por la Iglesia; y en sentido económico, por las mayores facilidades de adquisición para gastos determinados, sin posibilidad de subvenir a ellos en los antiguos poblados, aunque hubieran permanecido en nuestra legislación las limitaciones en los gastos de fiestas y comidas

cón motivo de algún suceso relevante para las familias o alguna tristeza de ellas (1).

No obstante las ordenanzas de los pueblos, los mesoneros podían adquirir sus viandas donde mejor les pareciere, sin poder oponérseles los justicias, en armonía plena con el principio del monopolio y de las tasas, pues cuanto más bajo fuese el precio de adquisición, mayor bonificación pudiera haber en la diferencia hasta el de la ganancia, sistema contrario a la libertad de adquisición también, pero para los viandantes, de que habla una de las disposiciones citadas y que en verdad, con el nuevo régimen, dudoso fuera que en la práctica pudiera tener aplicación con el monopolio y el interés privado como norma.

Es de notar también en el proyecto el principio de la subordinación, tan sentido y practicado en la época, en cuyo extremo opuesto figuraba el ordeno y mando, fructuosos ambos en toda colectividad, siempre que se disponga con tino, se palpe la autoridad y se ofrezcan normas de conducta como cimientos de crédito, para pedir obediencia con satisfacción, sin reservas mentales.

Toca, en suma, nuestro Fort, otro argumento, de Derecho internacional: el de considerarnos, por nuestra situación privilegiada entonces, el eje de toda Europa, y del mundo por tanto, circunstancias por las cuales concurrían a nuestro país gentes de todas latitudes, a las que era preciso tratar a la altura de crédito de que gozábamos; pero exageraba la nota, a nuestro juicio, cuanto a la concurrencia, pues ni aun en las mismas ferias notables nuestras que llegaron a tener alguna vez, como las de Medina del Campo, condición internacional en mercaderías y, sobre todo, en dinero vivo y a cambio, concurrían tantos indios, chinos, persas, etc.

CRISTÓBAL ESPEJO.

(1) Simancas: Registro del sello. Provisión al gobernador de Galicia, en Barcelona. a 14 de octubre de 1493, prohibiendo los gastos excesivos que se hacían en bodas, bautizos, misas nuevas y estrenos de casas; limita el número de personas, que no dure la fiesta sino un día y que nada se exija a los convidados. En Granada, a 15 de mayo de 1501, se extiende la anterior orden para Asturias de Oviedo, Condado de Vizcaya, Villas y Tierra llana, Encartaciones, Guipúzcoa, Trasmiera y Costas de la Mar de Castilla y León. En Fontiveros, a 23 de julio de 1519 para el Condado de Vizcaya, Encartaciones y Tierra llana, se prohíbe en los entierros y funerales los gastos, endechas, llantos y otras demasías. En diciembre de 1511, otra general para que en un bautismo no pudieran comer más que seis personas, y varias más.

ARQUEOLOGÍA DEL ESTE AFRICANO

LAS CULTURAS NAKURU Y ELMENTEITA Y SU RELACIÓN CON LAS INDUSTRIAS PALEOLÍTICAS DE MADRID

No con el propósito de establecer una teoría, ni siquiera con el de apuntar las posibilidades de ella, sino simplemente con el deseo de dar noticia de algunos descubrimientos arqueológicos interesantes, cuyo estudio está aún pendiente de nuevas investigaciones, nos aventuramos a reclamar la atención del lector sobre un asunto que, si no ofrece los encantos de una absoluta novedad, tiene en cambio el de rozar, aunque muy de pasada, curiosos problemas de la Prehistoria madrileña.

Son estos problemas bien conocidos de cuantos a esta clase de investigaciones se dedican y hasta del gran público, al que alguna vez han llegado reflejos de los mismos; pero por el hecho de que siguen siendo problemas, es decir, conjeturas sin demostración palmaria, no parece que está de más ocuparse de cuanto con ellos pueda tener relación, aunque —como en este caso ocurre— la aportación sea de muy humilde categoría y el que la hace por ningún concepto indicado para hacerla.

La industria lítica del paleolítico superior de nuestra zona ha delatado con rasgos muy firmes extrañas influencias que transformaron totalmente la técnica de los talladores de piedra. Indica con ello que invasiones remotísimas ejercieron en la primitiva población de la cuenca del Manzanares cambios étnicos de insospechada importancia, que ya se han atribuido a los pueblos africanos y es indudable que el estudio de las mentadas influencias es uno de los preferidos por nuestros más sagaces investigadores.

Una campaña científica, que en nada parecía tener relación con este asunto, nos sorprende, sin embargo, con una serie de notables coincidencias que le dan, para nosotros, particular interés.

A los resultados de esta campaña, realizada por la Comisión arqueológica británica del Este africano, quiero referirme, como antes digo, sin más propósito que el de registrar unos trabajos que hasta ahora —salvo error— no han aparecido en ninguna revista española.

Para ello he juzgado necesario puntualizar el estado de esta cuestión entre nosotros, valiéndome de datos nada dudosos de investigadores de toda

solvencia, con lo cual, aunque sólo accidentalmente y sin previo designio, he venido a trazar en rasgos grandes y nada perfilados el conjunto de un problema hasta el momento disperso en diversas publicaciones, en las cuales aparece con las características que tenía cuando aquéllas vieron la luz.

Si el escaso fruto de este trabajo corresponde o no a la atención que su lectura reclama, es duda que impidió más de una vez que me decidiese a acometerlo.

Juzgue el lector si erré la última, y disculpe en todo caso el yerro con la bondad de la intención.

RESUMEN DE LA INVASIÓN CAPSIENSE EN EUROPA

Sigamos a Obermaier, el sabio maestro, para establecer un cuadro de conjunto que permita situar consideraciones ulteriores:

«Aun cuando el paleolítico superior y el inferior, por lo que a su delimitación respecta, hayan estado en relación recíproca bastante intensiva, no creemos que el *auriñaciense* en Europa occidental y central haya evolucionado directamente del *musteriense* en el mismo lugar; más bien se ve que estamos en los comienzos de una transformación y modificación total y fundamental de los elementos de la civilización, lo que corresponde por otra parte con la presencia y con la entrada de otros elementos de razas nuevas y superiores. Como hemos indicado antes, con el paleolítico superior acaba la anterior técnica pétrea» (1).

El paleolítico inferior, en su vasta dispersión, ofrece caracteres generalizados, lo que ha permitido clasificar en regiones distanciadas y hoy totalmente opuestas por sus condiciones geográficas y climatológicas, tipos que se corresponden casi exactamente; pero el superior no pasa de ser una civilización mediterráneo-europea, y en el mismo marco geográfico presenta grandes variaciones. Fuera de esta zona, el equivalente no se ha encontrado aún bien definido; es, pues, necesario pensar que su desarrollo, a la vez de tener un área menos extensa, responde a técnicas más variadas con características particulares.

Hemos de aceptar, porque así lo establecen las autoridades, que esta nueva civilización fué debida a una oleada de pueblos auriñacienses que barrió de Europa a la raza neandertal.

Según el mismo Obermaier, no pasa de ser una hipótesis la creencia de que el centro de formación de estos elementos nuevos está en la zona mediterránea, por lo que, circunscribiéndose a los conocimientos actuales, marca dos cuencas auriñacienses: la de la Europa occidental y central (Francia, Norte de España, Bélgica, Inglaterra y parte central de Alemania) y la de la provincia

(1) Hugo Obermaier *El hombre fósil*.

auriñaciense mediterránea, *que parece tener un centro de dispersión en la porción Noroeste de África.*

Conviene subrayar este extremo. El centro de dispersión citado anteriormente es acaso el mejor estudiado. H. Breuil, en *Les gisements présolutréens du type d'Aurignac*, y *La question aurignacienne*, Pallary, Gobert y Boudy, han aportado elementos bastantes para el conocimiento de este centro de dispersión, que nos interesa principalmente porque, no como centro, sino como ramificación de un brazo de más honda raigambre africana, lo hemos de encontrar al exponer las teorías de Mr. Leakey.

El *auriñaciense* africano pasa a España, y con la denominación de *capsiense*, derivada del nombre de Gafsa (Túnez), se extiende por las regiones meridional, oriental y central de nuestra Península. Con arreglo a la clasificación del citado profesor, a quien nos proponemos seguir, el *capsiense* se divide en *capsiense inferior*, que corresponde al auriñaciense de la provincia europea, y *capsiense superior*, un *post-auriñaciense*, que representa una dirección independiente, pero paralela y sincrónica con el *solutreo-magdaleniense* de nuestro Continente.

El *capsiense inferior* tiene gran semejanza con el auriñaciense típico de Europa y ofrece una industria en que aparecen mezclados los tipos del auriñaciense inferior y los del superior, las formas de Chatelperron y de la Gravette, que en Europa están separadas por un nivel intermedio. El superior es una forma de evolución con tipos pétreos geométricos, grandes agujas de hueso y cortes redondeados de hueso de avestruz, que declina en el aziliense y proto-neolítico.

Además del centro o ramificación del Noroeste de África, se han encontrado huellas del hombre del paleolítico superior en Egipto, donde Blanckenhorn ha recogido sílex tallados en la terraza media del Nilo, en el desierto, cerca de Heluan, de donde proceden las series de P. Sarasin, *y en África del Sur con material de hojas en unión de restos de huesos de dos especies desaparecidas de antílopes, emparentadas con el gnu y el antílope pallas* (1).

«Un tercer centro mediterráneo parece estar en Siria; sus investigaciones científicas se deben principalmente al mérito del P. G. Zumoffen, que estudió la cueva de Nahr-el-Kelb y la de Antelias, cerca de Beyruth, que contenía *capsiense inferior* y fauna esencialmente forestal, lo que indica que entonces se extendían grandes selvas desde el Libano a la costa» (2).

Otro supuesto centro es Italia, y, con grandes reservas, se habla de los yacimientos de Rusia meridional.

Pero unos y otros importan poco por el momento.

(1) Véase más adelante las últimas noticias que nos llegan de las excavaciones que se están realizando en las fronteras del Transvaal y el informe de Dart sobre el valor de los restos fósiles encontrados.

(2) Obermaier, obra cit.

EL CAPSIENSE EN ESPAÑA

Para establecer exactamente la localización de la industria capsense en España sería necesario que existieran estudios de conjunto, especialmente de las regiones meridional y oriental. Llegará día en que las excavaciones, cuya urgencia aumenta en las zonas que indicamos, den una base para establecer sólidas conclusiones, quién sabe de qué magnitud; no es tampoco descabellado pensar que esta exploración proporcionará algunas sorpresas; pero por ahora tenemos que limitarnos a registrar los hallazgos aislados.

Industria capsense se ha encontrado en la cueva de Ambrosio, alrededores de Vélez-Blanco, provincia de Almería; cueva Chiquita de los Treinta, abrigo de la Fuente de los Molinos (F. de Motos y H. Breuil), cueva del Serrón (L. Siret), cueva de Zájara (L. Siret), cueva Hermosa (L. Siret), en la misma provincia. En Murcia, en la cueva de Palomarico, cueva de las Perneras, cueva de la Bermeja, cueva de las Palomas, cueva de Tazona, cueva Ahumada, cueva de los Tollos, cueva del Tesoro, descubiertas por L. Siret; abrigo El Arabí (H. Breuil). En Valencia, cueva del Parpalló, cueva de Gandía (H. Breuil), cueva de las Maravillas (H. Breuil), abrigo de Truche. En Teruel: Cocinilla del Obispo, al aire libre (H. Breuil y J. Cabré); abrigo de Calapatá (H. Breuil y J. Cabré), abrigo del charco del Agua Amarga (J. Cabré). En Lérida, Cogul, al aire libre (Ramond Huguet).

Dejamos para más adelante la zona de Madrid.

«Los sondeos de Siret—dice Obermaier—nos permiten sacar la conclusión de que estas regiones tienen grandes analogías con el *capsense africano* y la de que España formaba durante el período *auriñaciense* una región de tránsito del África a Francia. Contrastando con este hecho, el auriñaciense medio es de origen septentrional (francés), habiendo, según parece, avanzado hacia el Sur, solamente hasta la región cantábrica, donde está típicamente representado en la cueva del Castillo, Horno de la Peña y cueva del Conde.»

INDUSTRIAS CAPSIENSES EN LA ZONA DE MADRID

Reducidos a los límites de un trabajo de esta naturaleza, y sin otro propósito que el de señalar la importancia de unas investigaciones que ahora se realizan, no creemos oportuno extendernos en la influencia capsense en el arte prehistórico español. Difícil es prescindir de un aspecto tan sugestivo por todos conceptos y que tan soberbiamente ha sido estudiado (1); pero la obliga-

(1) Véanse, entre otras, *Les peintures rupestres du bassin inférieur de l'Ebre*, H. Breuil y J. Cabré; *Les peintures rupestres de Cogul*, C. Rocafort; *Les peintures rupestres de Cogul*, L. Vidal; *Les peintures rupestres d'Espagne. Les Toriers d'Albarracín*, H. Breuil y J. Cabré; *Les abris du Bosque à Alpéra*, H. Breuil, P. Serrano y Cabré, y *El arte rupestre en España*, J. Cabré.

da brevedad nos aconseja circunscribirnos a los tipos industriales, ya que ellos indican sobradamente el parentesco estrecho entre las civilizaciones que cotejamos.

Pasemos, pues, a la zona paleolítica de Madrid, la soberbia cuenca del Manzanares, que por su riqueza debería figurar al frente de las comarcas más pródigas en hallazgos, y que, por el abandono en que aquí se han tenido estos estudios (en los que, no obstante, descollaron hombres tan eminentes como D. Casiano del Prado), y por la política absorbente de los investigadores extranjeros, no ha alcanzado el prestigio que legítimamente le corresponde.

Al estudiar el *capsiense español* y su estrecha relación con el africano, la zona de Madrid proporciona elementos de primera magnitud.

Desde hace tiempo se viene trabajando en este sentido. M. Paul Wernert, primero, y después Wernert y Pérez de Barradas que han hecho estudios interesantes, y aún creo que prosiguen sus investigaciones, firmemente convencidos de que en Madrid existen industrias idénticas a las africanas.

Veamos alguna afirmación, que conviene tener en cuenta.

«En primer lugar hemos encontrado una industria muy evolucionada del musteriense—dicen—, que ofrece relaciones con las nuevas industrias del Norte de África, últimamente estudiadas por M. Reygasse, quien las ha bautizado con los nombres de Esbaikiense (S'baikien) y Ateriense (Aterien); también hemos hallado un conjunto muy evolucionado de hojas, sincrónico con el achelense, de probable origen africano.

Ambas industrias prueban que en el paleolítico antiguo hubo pueblos africanos que invadieron la península ibérica y produjeron modalidades en el desarrollo de sus industrias líticas.

Pero lo más curioso de todo este interesante problema es que aquellos pueblos primitivos africanos de la vieja Edad de Piedra poseían una civilización más evolucionada que la de los aborígenes europeos.»

Las industrias aludidas ocupan los niveles 5 y 16 del corte ideal del cuaternario, descritos como (5) gravillas superiores o garbancillo, estrato de gravillas, gravas y arenas con *Equus* y *Cervus* y con industria de musteriense superior, puntas tenuifoliadas, raspadores, buriles y hojas con retoques marginales y dorso rebajado, que denominan *musteriense ibero-mauritano*, y (16) arenas blancas, sólo encontradas en el yacimiento de El Sotillo, con *Cervus*, lascas de desbastamiento, puntas, raederas, un buril plano, muescas, perforadores, raspadores y un 30 por 100 de hojas, cuatro de ellas con dorso rebajado. Esta la denominan *precapsiense*.

Las conclusiones a que conduce el estudio a que aludimos, y que nos interesa recoger, son:

Los yacimientos del Manzanares permiten fechar el *esbaikiense* como sincrónico del *musteriense*.

Esta industria tuvo su origen en el Norte de África.

Probablemente en el musteriense hubo grandes migraciones de pueblos africanos que penetraron en la península y llegaron hasta Francia.

Estas industrias hacen pensar en la existencia de antiquísimos focos de civilización paleolítica en África (¿Sahara? ¿Sudán?), que han evolucionado con independencia de Europa.

No es necesario ahondar más en el estudio de estas industrias de origen africano. Basta con lo dicho para comprender el alto interés que ha de tener toda investigación que se encamine a buscar las raíces de estos pueblos, tan extendidos por toda España, y que en el mismo Madrid (¡qué será en Levante y Andalucía!) dejaron honda huella de su paso.

Ahora vamos a ver lo que hasta este momento se ha avanzado en este sentido y lo que se puede esperar para un porvenir inmediato.

MR. LEAKEY Y SU EXPLORACIÓN DEL ESTE AFRICANO

En el mes de agosto salió de Inglaterra la misión científica dirigida por Mr. Leakey, prestigioso arqueólogo. Esta misión marchó a la Colonia de Kenya amparada por la Royal Society y el Percy Sladen Trust Fund. Trátase, pues (casi no es necesario decirlo), de una empresa perfectamente científica acometida por personas prestigiosas y con el apoyo de los más célebres Centros de investigación de la Gran Bretaña.

Lleva Mr. Leakey planes muy vastos, de que luego hablaremos; pero conviene advertir que todos ellos no son sino ampliación de los resultados obtenidos en sus excavaciones durante la campaña de 1926-27, continuación de una obra que ha dado frutos positivos.

Acerca de estos frutos se puede resumir, siguiendo las declaraciones del insigne arqueólogo, el siguiente cuadro:

El hombre cazador-artista pasó de África a Europa, con la cultura denominada *capsiense inferior*. Esta cultura permaneció en parte estacionada en el Norte de África y su desarrollo fué sincrónico con el de la cultura *auriñaciense* en Europa. Pero no existe ninguna razón seria para afirmar que esta civilización se origine en el Norte de África; parece, por el contrario, más verosímil que proceda de otra parte, y al buscar este punto originario las opiniones se dividen en dos grupos:

a) El *capsiense* llegó al Norte de África desde Asia por el istmo de Suez, como sostienen los que consideran al *homo sapiens* procedente de Asia.

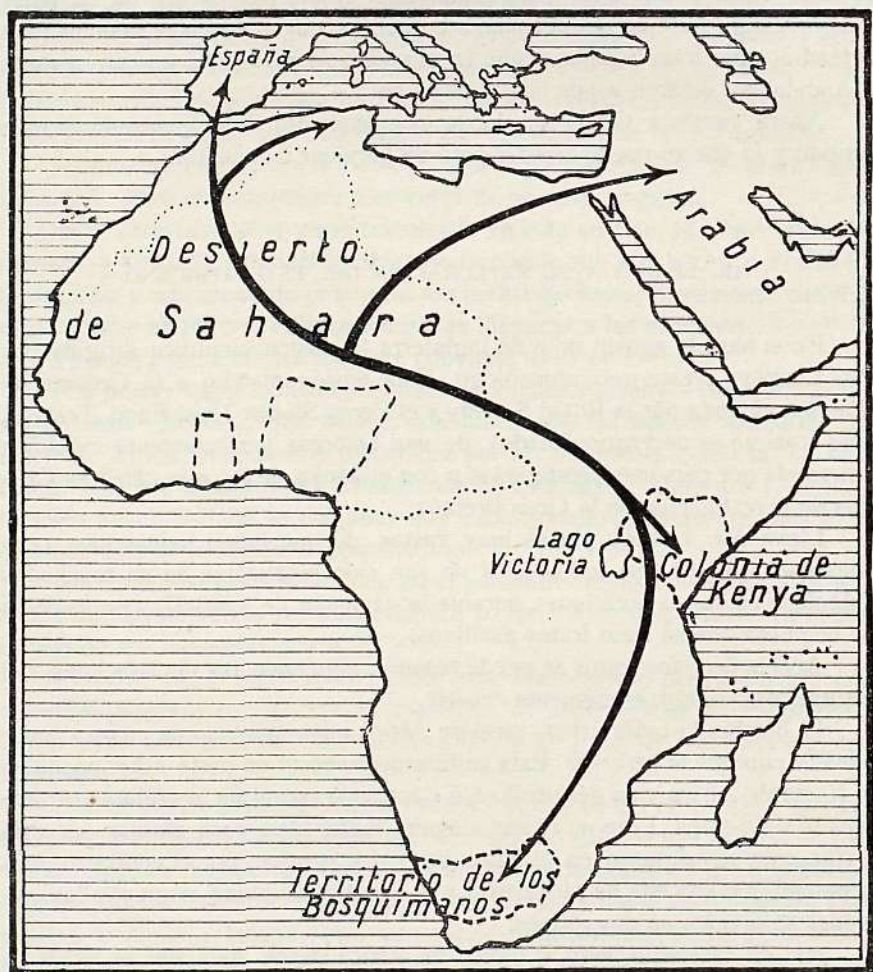
b) El *capsiense* nació en un punto comprendido en la vasta región que hoy se conoce por desierto de Sahara.

Mr. Leakey cree esto último.

El Sahara—piensa—tuvo un clima benigno y lluvias intensas durante la época que corresponde a las glaciaciones europeas. La desecación se produjo como consecuencia de la última retirada de los hielos hacia el Norte; pero durante el cuarto periodo glacial una raza de hombres del primitivo tipo de *homo sapiens*, posiblemente desarrollado de un modo directo de otro tipo

humano ligado al hombre de Rhodesia, vivía en el Sahara, bien distinto del que hoy conocemos, con una cultura más elemental que el capsense inferior.

La desecación hizo imposible la vida en aquellas regiones. Fué necesario



Rutas de dispersión del *capsense* desde un punto imaginario del desierto de Sahara.

emigrar. La distribución de una industria de origen común nos indica que esta emigración se verificó en distintas direcciones; la edad de los yacimientos marca varias épocas.

Un grupo marchó al Norte, y de él se segregó el núcleo que invadió Europa por España; otro se dirigió al Sur, penetrando en África ecuatorial en época más remota; un tercero pasó por Egipto y Suez, y a él es debi-

da la industria *auriñaciense capsense* de Palestina (1). Éste es posiblemente el que antes abandonó la región que hoy está comprendida en el desierto.

LAS INVESTIGACIONES EN KENYA

Supone Mr. Leakey que el Este africano estuvo sometido a una serie de períodos de lluvia y sequía durante el Pleistoceno y que el último diluvial coincidió con la postrera glaciación de Europa.

Este último diluvial representa, con arreglo a esta teoría, un larguísimo espacio de tiempo, que, a su vez, fué seguido por una sequía persistente. Sucedió a ésta una etapa de grandes lluvias con relación al régimen actual, pero infinitamente menos copiosas que las que la precedieron. Gradualmente se llegó a las modernas condiciones climatológicas.

«Aún no es posible—dice Mr. Leakey—asegurar que las glaciaciones de Europa fueran la causa de los períodos lluviosos de África Oriental, aunque tampoco lo es desechar totalmente esta hipótesis. Ahora bien, como ambos constituían manifestaciones de un mismo fenómeno, nada tiene de extraño que se produjeran casi simultáneamente.»

Este principio sirve de punto de partida para considerar la estratificación de los yacimientos que en 1926-27 fueron descubiertos en Elmenteita, en terrenos que pertenecen al último período de lluvias. En estos depósitos se encontró una industria de grandes afinidades con la *capsense* y *auriñaciense*.

De ello deduce el investigador que una rama del tronco común se dirigió al Sur y penetró en África ecuatorial en los comienzos del último período de lluvias. Esta emigración considera más probable que procediese del Sahara, que no de Asia.

Las investigaciones de Elmenteita dieron como resultado el hallazgo de restos humanos, aún no acabados de estudiar, pero que desde luego difieren de la moderna población de Kenya, mientras que, por el contrario, ofrecen visible semejanza con el esqueleto de Combe-Capelle de la cultura auriñaciense inferior de Francia. No faltan tampoco restos de animales, pero en estado fragmentario que hace difícil su clasificación.

En cuanto al esqueleto humano que está completo, Mr. Leakey dice:

«Es pieza importante por varias razones, la principal de ellas porque confirma nuestra clasificación del yacimiento. Este esqueleto es, en lo que hasta hoy sabemos, igual al descubierto en 1913 por el Dr. Hans Reck en Oldoway (Tanganyika), a 150 millas de Elmenteita. Fué descubierto *in situ* un yacimiento del último pluvial y los restos de fauna que con él aparecieron proporcionan más de un 50 por 100 de especies desaparecidas.»

(1) Las recientes investigaciones de M. Eugenio Pittard en Anatolia, en las que ha encontrado industria musteriense perfectamente definida, son del más alto interés para seguir el desarrollo de esta ramificación tan discutida por M. J. Morgan y otros.

Más sorprendente resultará ahora que con el esqueleto de Mr. Leakey se haya encontrado abundante cerámica de fabricación muy estimable, es decir, lo que en Europa se considera como característica de los yacimientos neolíticos.

Si, como se supone, estas industrias proceden de hombres de la misma raza y se presentan en periodos equivalentes, hay que aceptar una diferencia de progreso en favor del Este africano, que en otros aspectos veremos confirmada.

Las pinturas rupestres atribuidas a los bosquimano y por las cuales se ha llegado a sospechar que este pueblo se extendió por todo el continente (1), son para Mr. Leakey, de dos clases: las genuinamente bosquimanas, de muy vaga y discutible semejanza con las obras de arte *capsiense*, y otras claramente *capsienses*, que fueron ejecutadas por los grupos dispersos, tanto al Norte del desierto como al Este y al Sur.

Sin más que los antecedentes arriba consignados, fácil es comprender que la denominada cultura elmenteita es un rico venero de las más atractivas sugerencias.

Así lo juzga Leakey, que, sólo en la esperanza de que las futuras excavaciones confirmen sus sospechas, ha dicho:

«La presencia de cerámica en una estación paleolítica de tan remota fecha —lo que para muchos sería indicio de que la edad del yacimiento está equivocadamente establecida— fué para nosotros motivo grave de duda hasta que pudimos comprobar que ninguna precaución se había olvidado y ningún cálculo tenía error. Las investigaciones del Dr. Hans Reck vienen a darnos la razón. Hay, pues, que admitir la existencia de un pueblo de industria *capsiense* que conocía la técnica cerámica y aprovechaba este conocimiento, como después lo habían de hacer los hombres del período neolítico.

En cuanto a los restos humanos, ¿cómo no pensar en un antiguo tipo de *homo sapiens*, el más antiguo de los conocidos?

Espero que hallazgos más completos confirmen todas estas esperanzas y espero también que las nuevas excavaciones nos permitan descubrir la ruta por la que llegaron a Kenya estos pueblos hermanos de los que invadieron el Sur de Europa; es decir: buscamos la cuna del hombre actual.»

OTRAS CULTURAS. ARMAS DE PIEDRA TALLADA, CERÁMICA E INDICIOS DE CULTIVO

Las excavaciones de Kenya han proporcionado vestigios de civilizaciones más recientes, obra de un hombre que no está tampoco emparentado con el actual habitante de la colonia.

(1) Acerca de esto publicará en breve un estudio el sabio profesor Hugo Obermaier, quien examinó la cuestión en sus diversos aspectos y aporta copiosísimos elementos gráficos en apoyo de su tesis contraria a que las llamadas pinturas bosquimanas sean obra exclusiva de este pueblo.

Estos yacimientos tenían, con restos humanos muy abundantes, útiles microlíticos de labor ordinaria, vasos de piedra bien trabajados, cerámica, morteros y molinos de mano.

Cultura Nakuru llama Leakey a ésta de que ahora nos ocupamos, y en ella encuentra las características siguientes:

Un esqueleto emparentado con el de Elmenteita y sin diferencia aparente ninguna; una industria, grosera en los útiles de piedra tallada y muy evolucionada en la cerámica; ausencia de armas pulimentadas y, como elemento de indudable importación, dos cuentas de collar de cerámica fina la una y otra de ágata.

Este pueblo construyó viviendas con piedras superpuestas; conoció el cultivo, puesto que necesitaba y utilizaba elementos trituradores, y construyó caminos, cuyos firmes aún se descubren en considerables extensiones.

¿Cómo se produjo la evolución del pueblo paleolítico?

Sin concretarlo, Leakey piensa, atendiendo a la probable edad de los yacimientos, en la incursión de traficantes egipcios o mesopotámicos que irían en busca de estaño, cobre u oro. Si estos traficantes utilizaron a los naturales del país como braceros en sus explotaciones, los abalorios podían representar salarios, y la construcción de casas y caminos quedaba explicada por la imitación de una cultura superior representada por estos traficantes.

De cualquier modo, el pueblo Nakuru, como descendiente del capsense, tiene indudable valor, y su evolución, que no corresponde a la de los pueblos sincrónicos europeos, aumenta el interés hacia los núcleos dispersos del gran tronco originario.

CONSIDERACIONES FINALES

Muchas son las reflexiones que sugieren los estudios de Mr. Leakey, que tan varios y curiosos aspectos presentan; no sería discreto, sin embargo, ir más allá de lo que el propio investigador juzga posible, y pretender soluciones que él mismo considera prematuras y necesitadas de más detenida comprobación.

Por otra parte, para nuestro objeto basta, y aun sobra, tener en cuenta las afinidades apuntadas para que la actividad de la Comisión arqueológica británica del Este africano merezca nuestra atención.

Es, no obstante, imposible sustraerse a la influencia de algunas posibilidades que muy concretamente destacan del conjunto, como son: la existencia de cerámica en estaciones de tan remota edad y los indicios de cultivo asociados a rudimentarios estados de civilización, al parecer, preneolíticos.

El origen del cultivo, el tránsito del cazador nómada al estado de agricultor sedentario, las causas de esta transformación, que implica un cambio total y radical en el género de vida, son actualmente, y acaso lo sigan siendo por mucho tiempo, tema a cuya sugestión se rinden los espíritus más atentos.

¿Será necesario revisar alguna teoría tan desdeñosamente rechazada

como la de E. Piette, que colocaba el origen de la agricultura en el aziliense? ¿Convendría ahondar en las afirmaciones de Hahn acerca de la aproximación instintiva de ciertas plantas al hombre? ¿No será pueril aceptar como terminantes las explicaciones que se oponen a las despectivamente llamadas teorías racionalistas?

Hallámonos, esto es indudable, en un momento culminante de la investigación prehistórica. Legiones de hombres de ciencia persiguen con más rigor que nunca los vestigios de las edades sumidas en sombras, apenas rasgadas por geniales atisbos; sociedades poderosas sistematizan e impulsan estos trabajos en todo el mundo.

No es excesivo esperar resultados sorprendentes.

Por lo que a la cuestión que ahora tratamos respecta, África, el gran continente desconocido, parece ofrecer sus entrañas preñadas de prodigiosos secretos, de inagotables filones para el saber humano.

Ruda es la tarea de descifrar el colosal enigma; pero son muchos los empeñados en lograrlo.

Y así, mientras Leakey va desmenuzando los estratos pluviales de Kenya en los montes de Pilandsberg, en los confines del Transvaal aparecen estaciones paleolíticas asociadas a dientes de mamut, según Dart, el descubridor de la calavera de Rhodesia, de una especie desconocida para la Ciencia.

RAFAEL ALVAREZ.

LA VIDA MADRILEÑA EN TIEMPO DE FELIPE IV ⁽¹⁾

IX

EL BUEN RETIRO Y SUS FIESTAS

En los dos artículos anteriores de esta serie histórica he descrito el viejo alcázar de los reyes, sus reformas bajo Felipe IV, la vida palatina habitual y las fiestas extraordinarias celebradas en la primera parte del reinado de aquel príncipe. Corresponde al presente artículo tratar del nuevo Palacio y real sitio de recreo constituido por el rey poeta en el Buen Retiro, y describir las particulares diversiones y suntuosos espectáculos con que allí se recreó la majestad católica del más divertido soberano de España e Indias.

* * *

1.—Origen del Buen Retiro: el Gallinero: impopularidad de las obras

La única gran obra realizada por Felipe IV en Madrid, y una de las más trascendentales, fué la fundación del real sitio del Buen Retiro, entonces parque y Palacio para solaz de Felipe IV y su corte, y hoy pulmón de los madrileños todos por el Este de la villa.

Los orígenes de tal fundación fueron bien humildes. En el monasterio de San Jerónimo, trasladado por los Reyes Católicos a las proximidades del Prado, solían hospedarse aquellos monarcas y su nieto, Carlos V, mientras se restauraba el alcázar real. Felipe II hizo ampliar el monasterio con aposentos especiales para su uso, y le rodeó de un jardín, que agrandó y adornó con un estanque cuando entró en la corte su cuarta esposa, Ana de Austria. Se llamó al expresado paraje *Cuarto Real de San Jerónimo*, y también *Retiro*, por ser lugar donde se retiraban los reyes en lutos, Cuaresma, penitencias, etcétera. De modo que aquel punto era ya estancia real al advenimiento de Felipe IV, pero estancia modestísima.

(1) Los artículos anteriores de la serie se insertaron en los números de esta REVISTA correspondientes a octubre de 1924, julio y octubre de 1925, abril y julio de 1926, enero, abril y octubre de 1927 y julio de 1928.

«En su perímetro, y arrimada a la huerta del monasterio, se contaba también una casa de aves extrañas, denominada por esta causa *El Gallinero*, y precursora de la *Casa de fieras* o *Jardín zoológico*, la cual casa dió nombre entre el vulgo a aquellos agregados del monasterio, a los que continuaban llamando los documentos oficiales, ya *Quarto Real de San Jerónimo*, o ya sencillamente *Casa Real*» (1). Este *Gallinero* era una gran pajarera, perteneciente a la condesa de Olivares, la cual había reunido allí una colección magnífica de aves, muy estimada por ella y su marido, y de la cual hicieron donación a los reyes. Tal fué en rigor el punto de partida del Retiro. El conde-duque ideó agrandar y embellecer aquel punto para recreo de Felipe IV, requiriendo el concurso de la villa, que aportó 20.000 ducados, cifra enorme para la época.

Vista la obra en la perspectiva de los siglos, y atendiendo a sus ventajas de hoy, sólo elogios cabe tributarla. Sin embargo, fué de las cosas más impopulares de aquel reinado, y no sin causa; pues absorbió sumas cuantiosas, que contrastaban con la miseria general de la nación, y exigía gabelas al pueblo exprimido. Además fué, como veremos, el centro preeminente de la frivolidad y la disipación para el rey y sus cortesanos.

Las fiestas y las orgías de aquel espléndido parque contrastaban demasiado con los males públicos para que la opinión sensata las viese con indiferencia. Es cierto que la fundación de aquel sitio real no era cosa insólita, y correspondía a una inclinación-corriente en las monarquías absolutas de la época. El rey de Francia tenía su Versalles que, bajo Luis XIV, el *Rey Sol*, iba a resplandecer con todos los adornos, suntuosidades y refinamientos del poder, el lujo, la corrupción y la elegancia. Felipe IV, a quien llamaban sus cortesanos el *cuarto planeta*, no se sentía en la primera etapa de su reinado menos poderoso y magnífico, ni había en él menos afición a los placeres y a las diversiones. Su genio expansivo ahogábase tras las altas ventanas del alcázar viejo, que semejava más prisión que palacio; y aunque dueño de otros sitios reales, como El Pardo y Aranjuez, necesitaba uno en la propia corte, que fuera su hechura, y llevara el sello de su grandeza y su fastuosidad. El Buen Retiro fué, pues, un Versalles español. Como aspiración de emular las glorias pomposas del real sitio francés, es comprensible el deseo de Felipe IV, que le dió vida. Veía en él, no sólo un centro de expansión, sino un signo externo de superioridad como rey.

Cierto es que los esplendores brillantes, los gastos cuantiosos y la inmoralidad refinada de Versalles, superaron en mucho a los del Buen Retiro, siendo compatibles con la grandeza y prosperidad del reino francés. Pero allí había hombres eminentes al frente del Gobierno, administradores y hacendistas notables. De todo ello se carecía en España, y los gastos y la disipación del Buen Retiro, aun siendo menores, habían de causar mayor estrago en la economía y aun en la moral del país.

(1) Amañor de los Ríos, D. Rodrigo, «Los Jardines del Buen Retiro», *La España Moderna* número de enero de 1905.

Esto es lo que, de modo difuso, vieron los contemporáneos; aunque sea cierto también que en sus diatribas contra el Buen Retiro hubiese algo de pasión política hacia el fundador, el entonces omnipotente Olivares.

La voz pública vió en aquella construcción un propósito, por parte del valido, de halagar las inclinaciones de su señor y tenerle más aislado y apartado de los negocios públicos, preso en la mansión de deleites que allí iba a establecer, como en jaula de oro, para asegurar su privanza.

Quizás la imputación fuera excesiva; pero los coetáneos no achacaban a miras desinteresadas la empresa de D. Gaspar de Guzmán.

El historiador y antiguo ayuda de cámara de Felipe IV, Matías de Novoa, dice en sus *Memorias*: «Habíase dado ahora el Valido a labrar un edificio junto al convento real de San Jerónimo, ridículo y sin provecho y de todas maneras inútil, de paredes delgadas y de flacos fundamentos, desfavorecido de la naturaleza y del cielo, estéril y arenoso, queriendo forzarle a la fecundidad y al ornamento de las plantas a peso de dinero, no suyo ni de su patrimonio, sino de sisas de la villa, venta de oficios, de gracias y de otros negocios... El primer nombre que tuvo fué llamarle Gallinero; y no siendo nuestras empresas ni hazañas las que fueran ni las que habían de ser, tomaron los enemigos ocasión de burlar de nosotros, y traducían el nombre de español en el de gallina, y así lo gritaban por toda Francia cuando pasaba por ella nuestra gente, llamándonos gallinas; y para enmendar este absurdo, por no decir afrenta, mudó el nombre en otro de su capricho, y se hizo esculpir en una piedra, y poniéndola en un paso del Prado a la vista de la obra, la llamó Buen Retiro, cargando pena al que lo llamase Gallinero... Andaban más hombres en esta obra y más instrumentos que en lo de la torre de Babilonia... pero todo eran tapias... Murmurábase este exceso en la corte y en todos los reinos de la monarquía; dejó ahora la plebe, que aún ésta discurre sin talento ni consideración, sino entre los políticos y letrados y los hombres de más gravedad y peso; y decían que cuando se pedían las haciendas a los vasallos se exhalaba por aquí el caudal» (1).

Así prosigue Novoa acumulando cargos y suponiendo que el rey no tenía gusto en la empresa, y que era empeño personalísimo de Olivares, afirmaciones que acaso pecaban de gratuitas.

El embajador de Venecia, Corner, en su correspondencia, se hace eco igualmente de las pullas, chistes y comentarios malévolos que acompañaron al nacimiento del Retiro. «El origen del edificio —escribe— se ha hecho tema de chanzas. El emplazamiento estaba primitivamente ocupado por una colección de volátiles pertenecientes a la condesa; pero aun cuando las gallinas fuesen bonitas y de especie bastante curiosa, no deja de causar asombro ni de parecer ridículo que el conde, a quien absorbían los cuidados de tan graves negocios, pudiese tomar tan marcado interés en contemplar gallinas...

(1) Colección de documentos inéditos para la *Historia de España*, tomo LXIX, páginas 283 a 285.

Todo el mundo llama al Buen Retiro el *Gallinero*. Sobre ello se han escrito innumerables pasquines. No hay quien no haga algún chiste acerca de las gallinas y el gallinero, incluso el cardenal Richelieu, y hasta en presencia de un secretario de Felipe IV, que se hallaba en París.»

«La casa es de poco precio para tal Rey —escribía desde Madrid por entonces el inglés Hopton (1)—, pero el pueblo... murmura mucho por ella... La queja es la nota dominante, pues el trabajo no se ejecuta sino dejando hambrientos los estómagos por medio de impuestos sobre el pan, la carne, etc.

El descontento es aún mayor, cuanto que, según se dice, se trata de un capricho del conde.»

Eco fiel de tal desagrado son ciertos humorísticos versos, atribuidos a Quevedo, de los que copio el fragmento siguiente:

.....
«pero no es buena ocasión
que, cuando hay tantos desastres,
hagas brotar fuentes de agua,
cuando corren ríos de sangre.
No es razón que, cuando el cielo,
desenvainando el alfanje,
se mira contra nosotros
por nuestros pecados graves,
andes haciendo *retiros*
y no haciendo soledades.»

II. — La construcción del Real sitio: el Palacio y el Salón de Reinos

A primeros de 1630 se comenzó a construir el Buen Retiro conforme a los planos de Juan Gómez de Mora y Giovanni Battista Crescenci, marqués de la Torre, actuando como maestro de obras Alonso Carbonell, a quien se deben especialmente los planos del Casón, contruido en 1657. Para las obras se adquirieron amplios terrenos colindantes, entre ellos varios jardines, huertas, y algunas ermitas próximas. Por real cédula de 10 de julio de 1630, nombró el rey alcaide del *Quarto Real de San Jerónimo y Casa Real* al conde duque, «significando así el placer que en su ánimo producía la adúladora empresa», dice Amador de los Ríos (2).

Tan rápidas fueron las obras, que ya en 1632 estaban terminadas la plaza y el cuerpo principal de Palacio.

«Un millar de hombres trabaja para que todo esté concluido en el término señalado. Se labora día y noche sin detenerse siquiera los domingos ni días festivos» (3).

(1) Registro manuscrito citado por Hume en su *Court of Philip IV*, cap. VII.

(2) Artículo cit.

(3) *Cartas del embajador inglés en Madrid* (Hopton). Ms. existente en el British Museum y citado por Hume, obra cit., cap. VI.

El conde-duque puso a contribución de la empresa las arcas del erario, los donativos de los particulares (1), la inspiración de los artistas, la actividad y el ingenio de arquitectos, ingenieros, mecánicos, horticultores y artífices de toda índole.

Se apropió numerosas parcelas de tierras pertenecientes al monasterio de San Jerónimo; hizo trazar planos de grutas, jardines, bosques, lagos, riachuelos, cascadas, pabellones, teatro, palacio real nuevo (menos sólido, pero más alegre que el de las orillas del Manzanares), cuarteles para las guardias y viviendas para cortesanos y servidores.

Todo se construyó en el corto plazo de diez años.

La corte *del Buen Retiro* fué, pues, un pequeño mundo aparte, en el que nada faltaba para hacer de él una mansión de delicias. La extensión y el emplazamiento del real sitio variaban algo respecto al parque actual que lleva su nombre, pues aquél comprendía desde el mismo límite oriental de hoy (moderna Avenida de Menéndez Pelayo) hasta la línea del Prado, y desde la calle de Atocha a la de Alcalá. De modo que su ángulo noroeste ocupaba lo que es en la actualidad Palacio de Comunicaciones, en cuyos solares hemos conocido aún los famosos *Jardines del Buen Retiro*, centro de espectáculos veraniegos, llamados así en recuerdo del real sitio, de que formaron parte.

Abarcaba éste una superficie de más de 17.000.000 de pies, que entonces sólo en parte se hallaba cercada. En recinto tan amplio, agrupábanse, sin contar las dependencias del monasterio (que fué su primitivo núcleo), más de veinte edificios, cinco grandes plazas, un estanque casi cuatro veces como la Plaza Mayor, y otros más pequeños, ocho ermitas, dos teatros, una construcción especial para saraos y bailes, un juego de pelota y el famoso *Gallinero*, modesto origen de la suntuosa fundación. Tales construcciones — dice un moderno historiador de Madrid — no eran monumentales ni magníficas, sino, al contrario, extensas, pero vulgares, bajas y completamente faltas de toda belleza arquitectónica» (2). Completaba las obras un número considerable de huertas, bosques, jardines y glorietas. Los agudos y deslumbrantes chapiteles de sus torres eran como vigías que dominaban el contorno, señalándole desde lejos. Podemos hoy conocer admirablemente y *de visu* lo que era tal lugar, por el detalladísimo plano de Texeira, grabado en Amberes en 1656, que pone ante nuestros ojos todos sus compartimientos; además de conservarse los lienzos de Mazo y algunas estampas antiguas. La entrada principal hallábase frente a la Carrera de San Jerónimo, dando acceso a una plaza cuadrada, llamada entonces *de la Pelota*, por hallarse hacia allí el local destinado a este juego. A la derecha, alzábanse las obras que integraban el Palacio real, formado por cuatro pabellones, ocupando el lugar en donde ahora se hallan la Real Academia Española y el Museo de Artillería. Formaba el Palacio real un gran rectángulo, que remataba cada uno de sus ángulos por una sencilla torre, asemejándose un

(1) El embajador Corner escribía que cuantos querían congraciarse con el privado, le enviaban algún objeto valioso para adornar el Buen Retiro.

(2) Fernández de los Ríos, *Guía de Madrid*, pág. 340.

poco así al monasterio de El Escorial. Tres puertas se abrían en la fachada preferente del edificio, adornadas por columnas a sus lados.

Constaba de dos pisos, de los que sólo el principal tenía balcones, y entre ellos había jambas y dinteles de piedra berroqueña; distinguiéndose las estancias reales por los agudos frontones externos en forma triangular. La parte inferior era de sótanos harto visibles con ventanas pequeñas, y un barandal coronaba la techumbre, ocultando sus guardillas.

«La parte construída —escribía Mme. d'Aulnoy— tiene poca elevación, y esto me parece un defecto; sus habitaciones son anchurosas, magníficas y adornadas con bellas pinturas. En todas partes lucen el oro y los colores vivos» (1).

No obstante la modestia del Palacio, los cronistas y poetas de la corte le loaron como un alcázar maravilloso.

Según el testigo presencial Núñez de Castro, «ni en la hermosura ni en el arte tiene por qué ceder a los más famosos del orbe» (2).

Lope, en la comedia que escribió para la fiesta destinada a inaugurarle, le elogiaba así:

.....
un edificio hermoso
que nació, como Adán, joven perfecto,
tan breve y suntuoso,
que fué sin distinción obra y concepto,
en cuya idea, a fuerza de cuidado,
fué apenas dicho, cuando fué formado.

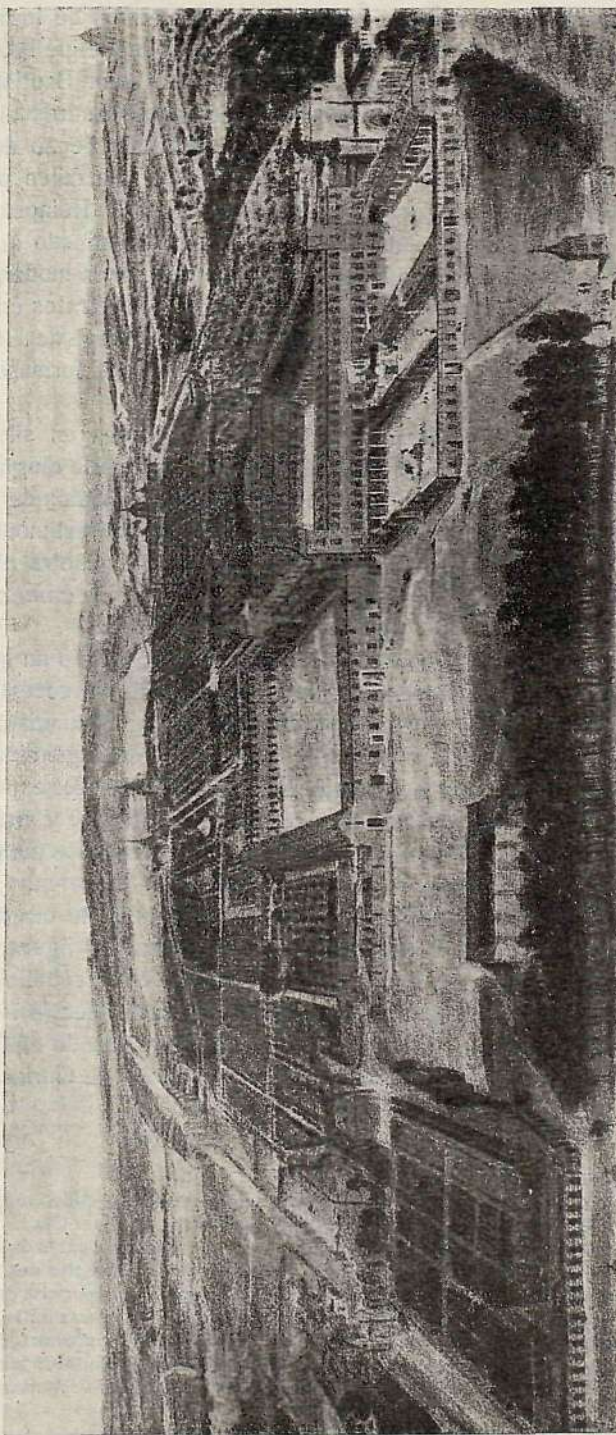
De aquella construcción palaciana sólo resta en pie el salón principal, llamado *Salón de Reinos*, donde se instaló en 1841 el Museo de Artillería. Subsisten la antigua torre y el magnífico techo de aquel salón, con artesonado de oro, donde aún descuellan las armas y blasones de los dilatados reinos que formaban entonces la corona de las Españas dentro de la península, en el resto de Europa y en el Nuevo Mundo.

Por esa causa se llamaba *de Reinos* aquel salón, destinado a la reunión de Cortes hasta 1789. Su amplitud, luces y rico decorado hacían de él la más admirable de las reales estancias. Adornábanle entonces los lienzos más valiosos de los grandes pintores de cámara, muy singularmente de Velázquez, constituyendo un espléndido museo, con cuyos despojos se han formado las mejores salas del que es hoy nuestro orgullo en el Prado de Madrid (3).

(1) *Relación de su viaje*, ed. castellana, pág. 133.

(2) *Sólo Madrid es corte*.

(3) El catedrático de Historia del Arte D. Elías Tormo ha estudiado a fondo esta cuestión, aportando a ella nuevas luces en los artículos que, con el título común «Velázquez, el salón de Reinos del Buen Retiro y el poeta del Palacio y del pintor», inserta en el *Boletín de la Sociedad española de Excursiones* (tomo XIX, año 1911, págs. 24 a 44, 85 a 111, 191 a 217, 274 a 305), y en los apéndices de dicha monografía (tomo XX, año 1912, págs. 60 a 63).



Palacio y Jardines del Buen Retiro. (Cuadro de Mazo existente en el Palacio Real de Madrid)

En él figuraban doce grandes cuadros, representativos de los hechos de armas favorables a España en los primeros tiempos de Felipe IV, debidos a los pinceles de Vicente Carducho, Eugenio Caxés, Juan Bautista Mayno, José Leonardo, Antonio Pereda y Félix Castelló; doce cuadros atribuidos a Zurbarán, sobre las hazañas de Hércules; acaso algún lienzo de Mazo y Nardi (1); y sobre todo, obras admirables de Velázquez, a quien parece que el conde duque encargó la decoración general del Salón de Reinos.

Allí se hallaba su cuadro inmortal de *las lanzas*, destinado a conmemorar la rendición de Breda, ocurrida en 1622. Investigaciones modernas permiten sostener que también ornaban el Salón de Reinos los retratos ecuestres de Felipe III, la reina Margarita, su esposa, Felipe IV, Isabel de Borbón y el príncipe Baltasar Carlos, pintados por Velázquez para que formasen un solo conjunto decorativo (2).

Así parece también deducirse de un enfático poema en silva, escrito en 1637 por el portugués Manuel de Gallegos, en desaforado elogio del Palacio y parque del Buen Retiro, y más especialmente de su Salón de Reinos.

Este salón es probablemente el mismo que otros testimonios llaman *salón dorado* o *salón de comedias*, distinguiéndose de otra pieza inmediata de menor tamaño, a la que se llamaba *saloncete de comedias* o sólo *saloncete*.

El Palacio real formaba con el teatro y las casas de oficio un gran cuadro central, con plantas, destacándose en medio de él la estatua ecuestre de Felipe IV, obra del famoso escultor florentino Pedro Tacca, la misma que adorna hoy el centro de la plaza de Oriente. El propio rey la encargó al artista, por medio de Cristina de Lorena, gran duquesa de Toscana (3), expresando su deseo de que el caballo apareciese en la difícil, pero original y artística, actitud de corvete, y por tanto, sostenido sólo sobre las dos patas traseras. Tacca llevó a cabo con el mayor acierto el capricho del monarca, y, según parece, le ayudó a resolver el problema del equilibrio que se le ofrecía el genio del inmortal Galileo. Para representar lo más fielmente la figura del rey, le fueron remitidos a Florencia dos retratos de éste, uno a caballo y otro de medio cuerpo, debidos ambos al glorioso pincel de Velázquez (4).

El Palacio Real uníase por un paso con el edificio llamado *el Casón*, que se destinaba a sala de bailes, y donde desde el reinado de Carlos II lucieron

(1) Así lo cree el Sr. Tormo.

(2) Así lo afirma con abundantes y firmes razones el Sr. Tormo en los artículos antedichos, procurando demostrar que el retrato ecuestre del príncipe Baltasar Carlos era una *apaisada* sobrepuesta (lo cual explicaría la extraña disposición del vientre y patas de la jaca), y que los retratos de Felipe IV e Isabel se hallaban en el mismo testero, a los pies del Salón de Reinos, entre los dos lienzos laterales que formaban su puerta, y cortados por ella en pequeño ángulo por su parte inferior. De igual modo supone que formaban la puerta de la cabecera del Salón los retratos de Felipe III y Margarita, y que, al trasladarse los cuatro retratos, en el siglo XVIII, al nuevo Palacio de la plaza de Oriente, se los completó con tiras pintadas.

(3) José Rincón Lazcano, *Historia de los monumentos de la Villa de Madrid*, pág. 27. Madrid, 1909.

(4) Obra cit., págs. 28 a 30.

hermosas pinturas de Lucas Jordán, representando *La institución de la Orden del Toisón de Oro* y *Los trabajos de Hércules* (1). El Casón sirve hoy de Museo de Reproducciones, y, aunque se trata de un edificio vulgar, es gran suerte, como hace observar Pierre Paris, que su conservación nos permita admirar aún la grandiosa pintura con que Lucas Jordán decoró el techo de su gran sala (2).

Seguían el caserío, con otra plaza, y las construcciones llamadas de la *Grandeza*, de la *Despensa*, etc., hasta llegar al monasterio de San Jerónimo, enclavado en el recinto real, según se indicó.

III.— El Parque

Por detrás y a los lados de los edificios, se extendían inmensas arboledas, plantaciones de flores, elegantes fuentes y algunas esculturas. Además de la que representaba al rey galante, había en el jardín llamado *del Caballo* varios bustos de mármol, «que los más se han traído de Italia, y se deja ver que se han ejecutado por profesores muy medianos, copiando en parte de cosas antiguas» (3). En el centro del mismo lugar destacábase una fuente, cuya taza figuraba estar formada por conchas, que sostenían a un tritón. En el testero de aquel jardín descollaba una estatua antigua, representando una musa, muy bien ejecutada. Pero la mejor estatua-fuente era la de Narciso, imitación de una escultura antigua y situada en el jardín de San Pablo. Una figura de bronce—culminante sobre un pedestal y tres tazas de piedra—representaba al mitológico doncel que se prendó de su propia hermosura, en el acto de recrearse contemplándose en el agua (4).

Existía ya en su emplazamiento actual el famoso estanque grande—que es hoy el mar de los madrileños—, con una extensión de 1.006 pies de largo por 443 de ancho, o sea una superficie de 445.658 pies (5). Cercábale una barandilla de hierro que se unía a los cuatro lados con embarcaderos o torrecillas. También le rodeaban varias norias, y en su centro admirábase un islote oval, con árboles, que se convirtió varias veces en teatro de mitológicas fiestas.

Al lado oriental del *Estanque*, hacia la casa de fieras, extendíanse los bosque llamados *Atarazanas* y *Cazadero de las liebres*. «Por el Oeste, a espaldas del paseo actual de las Estatuas, se hallaban..., la *Ermita de San Bruno* y la *Sala de las Burlas*; frente a aquélla, ocupaba el centro de una

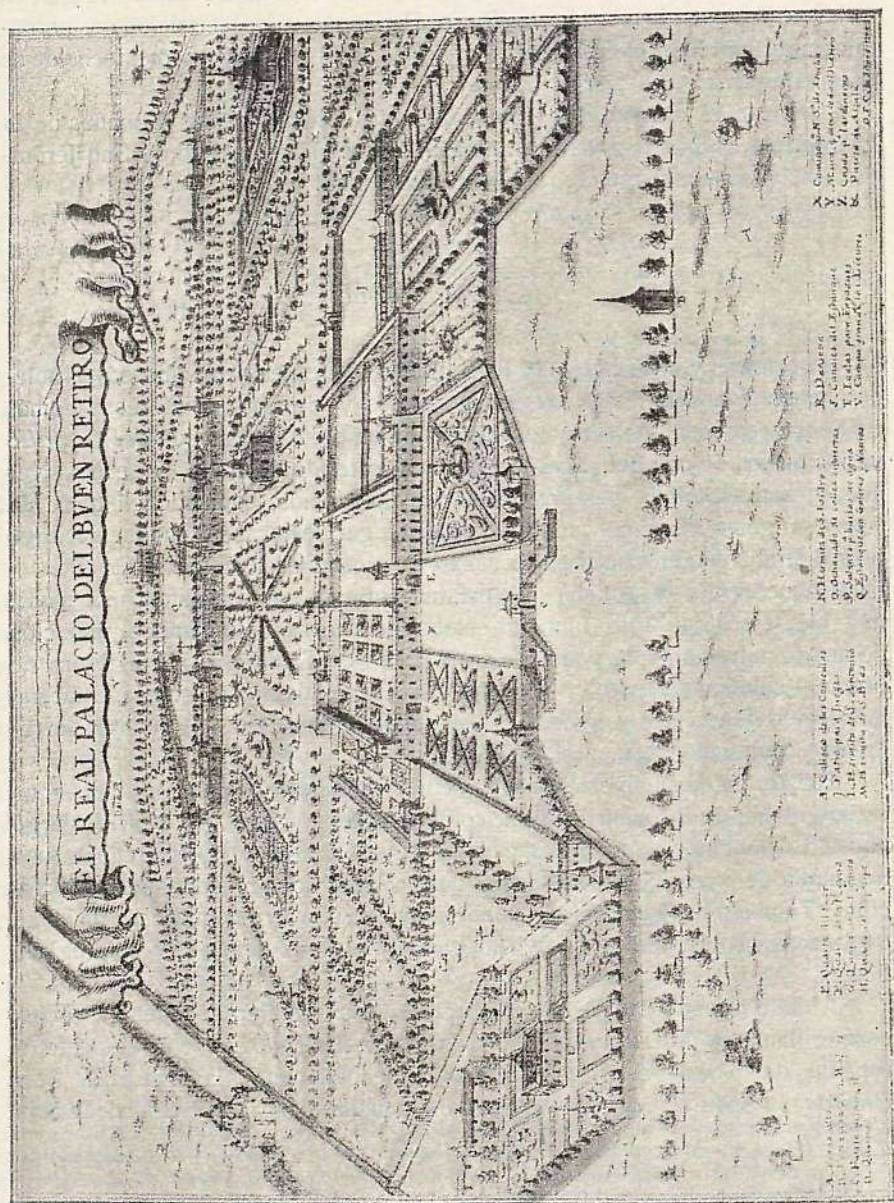
(1) Fueron borradas en 1834 al destinarse el salón para Estamento de próceres. La historia del Casón puede verse en el novísimo catálogo del Museo de Reproducciones.

(2) Capítulo «L'Art en Espagne au xvii siècle» del tomo VI de la *Histoire de l'Art*, publicada bajo la dirección de André Michel.

(3) Según un escrito antiguo citado por Rincón Lazcano, obra cit., pág. 722.

(4) Rincón Lazcano, obra cit., pág. 723. Esa fuente se trasladó luego a Aranjuez.

(5) Mesonero Romanos, *El antiguo Madrid*, cap. II, pág. 171.



glorieta un estanque ochavado con un templete o torrecilla al medio, siguiendo al Sur de la glorieta una calle a cuyo extremo se hallaban las *Jaulas de las aves*, con una pequeña plaza en forma de semicírculo, cercana a la ermita de San Pablo y al delicioso *Jardín del Ochavado*, que era un rectángulo, en el cual se inscribía un círculo, formado por entoldada galería, tejida con las verdes hojas de los árboles; de este círculo partían ocho radios simétricamente distribuidos, que eran otras tantas calles cubiertas de flotantes y deliciosas bóvedas, llevando los intersticios olorosas plantas, que embalsamaban lozanas el ambiente y predisponían, en aquellas noches de fiesta, a disfrutar los halagos seductores del amor, en medio del misterio de que tan pagados aparecen Venus y el clásico Cupido» (1).

Aquel famoso *Ochavado* ocupaba lo que es hoy el Parterre. La ermita de San Bruno lindaba con el sitio que fué luego el estanque de *las Campanillas*.

Del estanque arrancaba un canal llamado el Mallo o Río grande, «que iba hacia el sitio en que está actualmente emplazada la casa de fieras; de allí, en línea recta, se dirigía al baño de elefantes, torcía a la derecha hasta la plaza en que se alza ahora la estatua del Angel Caído, donde se bifurcaba para formar una isla, y, vueltos a juntar los brazos, por el olivar de Atocha seguía a la iglesia de San Antonio, que también circundaba. El río era en todo este camino navegable. Llegaron de Nápoles para surcarlo (1639) seis góndolas muy ricas y lucidas, obsequio del virrey duque de Medina de las Torres. Estaban guarnecidas de plata, cosa grandiosa, estimadas en 80.000 ducados. SS. MM. las estimaron mucho, embarcando en ellas las más de las tardes, y haciéndolas figurar en las constantes diversiones de la Corte» (2). Trajeron para dirigirlas grumetes expertos, cuyo uniforme era de damasco carmesí, calzones y ropilla blancos con alamares de seda rosa, medias blancas, ligas rosadas y bonetes rojos (3).

De la puerta de Alcalá al terreno que hoy ocupa el Palacio de Comunicaciones, se extendía la *Huerta del Rey*, con una ermita de la Magdalena, el *cebadero de las aves* y otro canal llamado *río chico*. Seis ermitas formaban parte del recinto real: cuatro, anteriores a Felipe IV, y otras dos, que en su tiempo se construyeron: la de San Bruno, ya citada, y la de San Antonio, en una isleta del Río grande.

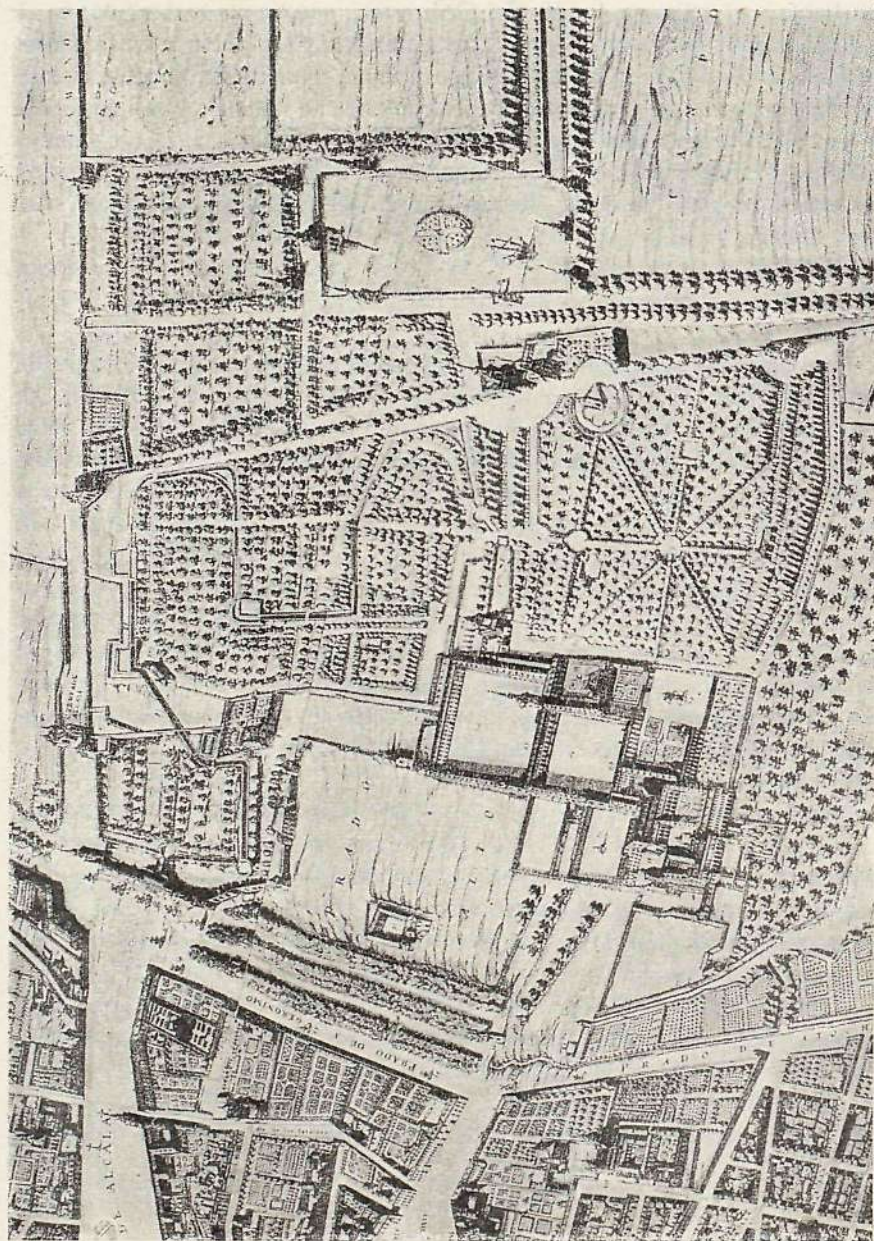
El resto del Retiro fué paulatinamente poblándose de templete, ermitas, huertas y plantíos. Otra puerta, además de la principal, la del Angel, existente aún, le daba también acceso por su parte trasera.

En conjunto, la nueva fundación constituía una fábrica grandiosa, que casi duplicaba el perímetro de la villa; pero, como hace observar Mesonero

(1) Rodrigo Amador de los Ríos, obra cit., págs. 110 y 111.

(2) Fernández Duro, *Armada española desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón*, tomo V, págs. 65 y 66. *Memorial artístico español*, tomo XV, pág. 261.

(3) Así lo afirma un documento de 1639, citado por Altamira, *Historia de España*, tomo III, pág. 733.



Palacio y Jardines del Buen Retiro (Del plano de Texeira)

Romanos, ofrecía el inconveniente de oponer una barrera infranqueable entonces a la expansión del caserío, que tendía a extenderse por el lado oriental; de suerte que las cercas del Real sitio «puede decirse que eran las columnas de Hércules, el *Non plus ultra* para la villa de Madrid por aquel lado (1)».

Los cronistas del siglo XVII que vieron terminada la obra, hablan de ella con pasmo de admiración llena de hipérbole. «Prodigiosa invención —dice Méndez Silva—, cifra de realces primorosos, cuadrada forma torreada, en quien abreviados mares de agua, por dilatados estanques, sin envidia de mayores golfos, marítimas ondas emulan. Florestas, huertas y jardines son excesos de sutil arquitectura, que de escogidos pimpollos dibuja ingeniosos cuadros, ricos penachos y airosos países. Las espaciosas calles toldadas y entretejidas de plantas, separan con verdes celosías del sol ardientes rayos, conservando matices en las flores y perlas del aurora en sus hojas. Plazas, repartimientos, cuartos de los reyes, salones, coliseos, pinturas, estatuas y costosos adornos, suspenden por lo grande, por lo poderoso confunden, por lo opulento admiran» (2).

Realmente, el Buen Retiro, con sus lagos, explanadas y grandes salones para espectáculos y fiestas; con sus bosques para la caza; con su mezcla de ermitas católicas y desnudas divinidades paganas; con sus apartados pabellones y rincones floridos y umbrosos, propicios al culto de Eros, era el más adecuado marco para aquel rey galante y libertino, y aquella corte caballeresca, sensual y fastuosa.

Algunos de sus poéticos lugares quedaron ungidos por el recuerdo de reales o imaginarias aventuras de amor. Conocida es la tradición del *Ciprés del Buen Retiro* (3), el más antiguo árbol de esta especie conservado allí junto al estanque de las campanillas, a cuyo pie supónese que se entrevistaron la reina Isabel y el conde de Villamediana en la noche del 21 de agosto de 1622, y pocos momentos antes de ser el conde asesinado. Aparte de la falsedad del amorío entre ambos personajes, base de tal leyenda, bastaría para desmentirla el hecho de que el Retiro no se empezó a construir hasta ocho años después de la muerte del conde.

IV.—Los primeros festejos

Creado este Real sitio como lugar de solaz para el cuarto Felipe, cumplió su objeto a maravilla.

Una especie de Carnaval perpetuo habíase instalado en aquel espléndido

(1) Obra y tomo cit. , pág. 182.

(2) *Población general de España*.

(3) Un moderno escritor, enamorado de la época austriaca, Rodríguez Chaves, recoge esa tradición en un romance inserto en su libro *La corte de los Felipes*.

vergel, y las alegres fiestas gentílicas, con trajes caprichosos y pintorescas mascaradas, se efectuaban allí en cualquier época del año. Los aristócratas, como los cómicos, los poetas como las beldades de la corte, acudían a regocijar con su fausto, su ingenio, su inspiración o sus hechizos, al epicúreo monarca que, bajo las frondas propicias del encantado jardín, rindió la virtud de no pocas mujeres.

Las mojigangas, las zambras moriscas, los certámenes, las justas, las cabalgatas mitológicas, las cuadrillas festivas, los toros y las cañas, los banquetes, las comedias de aparato, las músicas, los bailes y otros mil festejos variados, se sucedían sin interrupción en aquel centro del bullicio y del placer.

Olivares, según escribió su coetáneo Matías de Novoa, pasaba el tiempo «inventando saraos, máscaras, farsas y otras fiestas, en que se perdía el tiempo y quizás algunos negocios de importancia; y parecía más a los de Nínive, a los días de Nerón y a los últimos de los romanos en el uso y en el proceder (1)». Claro es que Novoa, enemigo del privado, suele abultar los cargos contra éste.

La primera fiesta fué en el año 1631, a poco de comenzar las obras del Retiro. Olivares quiso festejar la terminación del Cazadero de liebres (2), y dispuso celebrar con tal motivo la verbena de San Juan en los jardines del Prado, con gran banquete, baile, mascarada y rúa. La fiesta, sancionada con la presencia de los reyes y la flor de la grandeza, dejó recuerdo perdurable en los fastos matritenses. En otro lugar haremos su descripción.

A fines del año siguiente, apenas terminadas la plaza y el cuerpo principal del Palacio, se efectuó la verdadera inauguración oficial del Buen Retiro, conmemorando allí el nacimiento del príncipe D. Fernando, hijo de la emperatriz doña María, hermana del rey (3). Llegó éste pomposamente al nuevo Real Sitio, y Olivares, como *alcaide* honorario de él, salió a recibirle a la puerta, entregándole las llaves de aquella mansión en fuente de plata; llaves que el soberano le restituyó muy satisfecho, como a guardián de tal recinto.

Con esa ocasión hubo un sarao, repartiéndose a las damas bolsillos de ámbar llenos de escudos, y cortes de vestidos elegantes. Siguieron fiestas suntuosas que duraron varios días, siendo la primera un juego de cañas (4), en que corrió y alcanzó la victoria Felipe IV, acompañándole en tal deporte el conde duque y varios magnates. Inmortalizó el festejo Lope de Vega, cantándole en la *Vega del Parnaso*, en los versos dedicados *A la primera fiesta del Palacio Nuevo*.

Para correr las cañas se había construido una espaciosa plaza circular,

(1) *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomo LXIX, pág. 289.

(2) Sepúlveda, *Madrid viejo*, pág. 43.

(3) Así lo dice Pinelo en sus *Anales*, describiendo las fiestas.

(4) Según Mesonero Romanos, se efectuó el 5 de diciembre de 1632. Según D. Rodrigo Amador de los Ríos, fué un miércoles de diciembre del mismo año.

cuyas gradas ocupaban damas de la corte con lujosos atavíos. Lope las llamó «nuevo pensil hispano», añadiendo:

«Sus lugares tenían
concejo, reino, nuncio, embajadores;
la esfera componían
graves ministros, nobles senadores.»

«Corriéronse en los siguientes días, toros, lanzas y sortijas —escribe Amador de los Ríos— y, como era de esperar, los premios, consistentes en fuentes de plata dorada, fueron ganados por el rey, quien obsequió con ellas a la reina y al príncipe, no pareciendo sino que con la construcción de tan menguado edificio se había logrado triunfo tal, que debía ser con públicos regocijos celebrado.»

Para las obras de 1632 tomó la villa, por orden del monarca, 40.000 ducados. Posteriormente contribuyó con otras fuertes sumas, tomadas *a daño* (como se decía entonces a los préstamos recibidos con interés), a la terminación del Buen Retiro.

En diciembre de 1633, sin terminar las obras ni los jardines, se celebraron dos fiestas de toros y cañas, alquilándose balcones, tablados y nichos de la plaza, que dieron regular rendimiento. En 1633 también, se aumentó la colección zoológica del *Gallinero* con un león, regalado por el duque de Berganza, y una tigresa cachorra (1).

Prosiguieron las fiestas sin dilación en los años siguientes. Notables fueron las farsas escénicas acuáticas de 1635, que en otro lugar se reseñan. En ellas se estableció remuneración por presenciarlas, alcanzándose para la Tesorería real la suma de «un cuento y 530.000 maravedís», que casi se duplicó en los festejos de 1636. Empezaron éstos en mayo, por las capitulaciones matrimoniales del conde de Oropesa con la marquesa de Alcaudete, consistiendo en una gran cena, música y mascarada, por San Isidro; hubo toros en junio, y se representó en julio la *Fábula de Dafne*, con notables tramoyas, ideadas por el ingeniero italiano Cosme Lotti.

V.—*Los espectáculos de 1637*

Por lucidas, múltiples y ostentosas que fuesen las fiestas de aquel reinado, quedaron todas eclipsadas por el brillo, la variedad y la magnificencia que revistieron las de 1637 en el Buen Retiro. Y es lo más singular que la ocasión o pretexto para el comienzo de ellas fué cosa de tan exigua importancia, respecto a nuestro país, como la elevación de Fernando III de Hungría, primo del Monarca, a la dignidad de rey de Romanos.

(1) Así consta en el Archivo de Palacio. Véase Amador, obra cit., pág. 92.

Numerosas y circunstanciadas son las relaciones de época hechas al efecto, y en las cuales basan las suyas algunos modernos escritores (1). No menos que al cronista oficial del rey, Gonzalo de Meneses, se encargó de escribir una detallada narración de todo.

Felipe IV, que recibió la noticia mencionada en el Pardo, en los primeros días del año aquel, se trasladó con la Corte al Buen Retiro, disponiendo allí los suntuosos festejos, que iban a durar diez días sin interrupción, del 15 al 28 de febrero. Poco antes había llegado a la corte la princesa de Carignan, de la familia de Borbón, que fué ostentosamente recibida por el rey, de suerte que coincidieron dos motivos para hacer más lucidas las fiestas, luego renovadas en el mismo año por las festividades religiosas de rúbrica, la venida de los embajadores grisonos y de la célebre duquesa de Chevreuse.

Los preparativos del primer festejo fueron considerables. Se empezó por construir una gran plaza de madera en el mismo lugar en que luego se hizo otra de fábrica que se llamó de la Pelota (2).

Pinelo asegura que para ello «hubo que quitar un monte que allí había desde que Dios crió el mundo», lo cual costó a la villa 100.000 ducados. Lee-mos en una gaceta coetánea que se despacharon «jueces para traer de los contornos de Madrid hasta 80.000 tablas que son menester para los tablados que la han de rodear por todas partes. Trabájase con tanta diligencia, así en llenar la plaza como en levantar los tablados, que no se cesa ni de día de domingo ni de fiesta, y el Corregidor ha plantado allí un madero con una argolla para castigo de los obreros que no cumplen con su tarea y para ejemplo de los otros» (3).

Quedó formado así un vasto palenque de 608 pies de largo por 480 de ancho entre edificios de madera de dos pisos, divididos en 408 aposentos, que lucían colgaduras de brocado y ostentaban cenefas de plata en su parte delantera. Descollaba entre ellos el palco real, por sus paredes verde y oro, provistas de grandes espejos, y sus columnas y techumbre, también doradas. Bajo los aposentos había tablados para alojar el público de inferior categoría. Delante de ellos había una cerca que rodeaba el palenque, pintada al exterior, remendando obra de fábrica, y por dentro adornada con tapices de seda. Por doquier campeaban coronas reales e imperiales, blasones, escudos de armas y divisas.

La primera fiesta se efectuó allí en la noche del 15 de febrero, alumbrándose al efecto la improvisada plaza en forma que pareció deslumbradora entonces, pues la iluminaban 900 candelabros gigantescos de cuatro luces cada uno. «Estaba coronada de lampiones y linternas de vidrio, los lampiones te-

(1) Alenda, en *Solemnidades y fiestas*, etc., págs. 287 a 289, enumera y resume los principales relatos coetáneos impresos, a los que debe añadirse el manuscrito del analista Pinelo.

Las anónimas *Noticias de Madrid* de aquellos días, existentes en la Biblioteca Nacional, sirven de base a las modernas narraciones de Fernández de los Ríos, Amador de los Ríos (don Rodrigo) y Morel Fatio, *L'Espagne aux seizième et dix-septième siècles*. Las gacetas de 1637, publicadas por Rodríguez Villa, *La Corte y la monarquía de España*, y el relato anónimo de la época, inserto como apéndice por Mesonero Romanos, contribuyen a darnos una información copiosa. Martín Hume utiliza la correspondencia del testigo Sir Walter Aston.

(2) Ya se indicó su emplazamiento.

(3) Noticia citada por Rodríguez Villa, obra cit., pág. 66.

nían hachetas y las linternas media docena de velas de cera blanca. En cada división de aposento había una hacheta de cera blanca y otra en el aposento a que correspondía. Entre lámpara y lámpara había media docena de linternas, que hacían una hermosísima vista... Encendiéronse las luces al anochecer y estaba la plaza hecha un cielo» (1).

El rey, Olivares y los principales nobles, tomaron parte en la fiesta, todos con traje de terciopelo negro y argentado, y jinetes en corceles briosos. Su paso por el centro de Madrid hacia el Buen Retiro fué un acontecimiento. Marchaban delante bandas de música; seguían los magnates, con un cirio en la mano, divididos en cuadrillas; detrás, Felipe y el privado; luego dos grandes carrozas artísticas, obra del artífice Cosme Lotti. Cada una de ellas iba iluminada por 100 antorchas y arrastrada por 24 bueyes con gualdrapas de paño carmesí. Los acompañaban hombres con traje oriental, y cerraban la marcha 40 individuos con disfraz de salvajes. Todos llevaban antorchas, y antorchas tenían encendidas también las gentes que, alineándose, presenciaban en las calles el paso del cortejo, del cual se hicieron lenguas mucho tiempo después los habitantes de la villa.

Por haber sido varias veces descritos en libros y artículos de prensa, y por no alargar demasiado éste, prescindo de referir aquí en detalle los espectáculos de 1637, los más divulgados de cuantos el Buen Retiro celebró.

Hubo cuadrillas con hachas de luces, iluminaciones y adornos fantásticos, comedias, mojigangas y cabalgatas carnalescas de intención satírica y maleante, y no siempre limpia presentación, como las de escribanos, contribuyentes, frailes, cardenales, médicos y pícaros, sin que el respeto al gobierno y a la religión evitara pullas chocarreras e irrespetuosas de los enmascarados.

Más de medio millón de ducados se consumió en aquellas frivolidades, con la intención en sus organizadores —según rumor que acogen los noticieros matritenses coetáneos— de mostrar el rumbo español a los franceses, nuestros émulos, que por entonces hacían ya de París la metrópoli del placer.

VI.—Nuevas diversiones: los «elementos» contra el Buen Retiro

Aunque con menos esplendor, prosiguieron las fiestas en los años siguientes. El Carnaval de 1638 se solemnizó «con juegos de estafermo y sortija, a que siguieron corridas de toros en que se lancearon no menos de veintiocho, rejoneando, entre otros, D. Juan Pacheco, heredero del marqués de Cerralbo, y en el Carnaval hubo máscaras y comedias, a que fueron convidados los religiosos de todas las comunidades y algunos predicadores, haciéndose el martes, por vía de entremés, *La boda de una dama*, en que se repartieron los papeles los caballeros (2).

En 3 de diciembre de 1640 hubo corrida de toros en la plaza pequeña del

(1) Carta del P. Sebastián González al P. Rafael Pereyra (de las *Cartas* de los jesuitas).

(2) Amador de los Ríos, *Historia de la villa y corte de Madrid*, tomo II, pág. 104.

Real sitio, a la que asistieron el embajador de Dinamarca y un hijo ilegítimo del rey de este país, toreando, entre otros caballeros, el almirante de Aragón, los marqueses de Guadalete y Almenara y el tan reputado lidiador conde de Cantillana (1).

Durante los espectáculos, no dejaron de sobrevenir incidentes funestos, tenidos algunos como signos de presagio fatal.

Así, en la noche de San Juan de 1639, a punto de dirigirse los reyes a tomar un estrado o balcón, alzado para que presenciasen unas danzas, se rompió un estanque que se hallaba detrás y en alto, inundando y destrozando el balcón, cosa que, de ser minutos después, hubiera acarreado una catástrofe. En igual noche del año siguiente, 1640, se representaba una fiesta dramático-mitológica en la isleta central del estanque grande, ocupando la orquesta y los espectadores gran número de barcos. En plena función, una fuerte corriente de viento apagó las luces, arrastró los toldos del tablado y los artificios teatrales, y dispersó las embarcaciones, estando a punto de hacerlas zozobrar, con gran riesgo de sus ocupantes, que se salvaron a nado. Hubo heridos y contusos (2).

En las Carnestolendas de 1641 se incendió el Palacio, ardiendo sus dos principales torres y un lienzo de la pared que miraba a Madrid, con lo que perdiéronse cuadros, muebles y alhajas de valía, muriendo algunas personas que acudieron a sofocarle.

El rey, la reina y las damas, a medio vestir, salieron o fueron sacados de sus habitaciones, donde había prendido el voraz elemento, que duró más de un día sin interrupción.

«Alborotóse Madrid y acudió todo al lugar, unos al robo, otros al remedio. Rodearon las guardas todas, hasta las viejas de Castilla, el sitio. Entraron dentro las religiones, grandes, señores y caballeros; y sobre ser día muy claro y sereno como de verano, ardía por diversas partes, como si fuera un leño muy seco (3)».

Y según escribe el antes citado historiador de la villa y corte... «estas tres calamidades, ocurridas en el espacio de pocos meses al nuevo Real Sitio, dieron pábulo a los comentarios del vulgo malicioso, el cual, aludiendo a ellas y a la privanza de su fundador, el odiado conde duque, se dejó decir que en la primera ocasión había dado en *agua*, en la segunda en *aire*, en la tercera en *fuego* y a la cuarta daría en *tierra*, como así sucedió, efectivamente, de allí a poco, en enero de 1643, en que cayó de su alto valimiento»... (4).

(1) Pellicer, *Avisos* de 4 de diciembre de 1640, *Sem. erud.*, tomo XXXI, pág. 240.

(2) Mesonero Romanos da la expresada fecha siguiendo a Pinelo, pero el coetáneo Pellicer, en sus *Avisos*, de 14 de junio de 1639, refiere el percance aéreo, atribuyéndolo a dichos mes y año, afirmando que la fiesta, costeada por el virrey de Nápoles, se preparaba para el primer día de Pascua, con tramoyas de Lotti, más de 3.000 luces, comedia en el estanque, en teatro navegable, y cena en el mismo lugar; pero el ciclón, desbaratándolo todo, alarmó al rey, haciendo cesar la fiesta. *Sem. erud.*, tomo XXXI, pág. 33.

Por la discordancia entre dos testigos coetáneos y autorizados, no es fácil saber si ambos se refieren al mismo percance, confundiendo alguno las fechas.

(3) Pellicer, *Avisos* de 28 de febrero de 1640, *Sem. erud.*, tomo XXXI, págs. 142 y 143.

(4) Mesonero Romanos, obra y tomo cit., pág. 167.

VII.—El coliseo.—Sus representaciones

Dado el entusiasmo que a Felipe IV inspiraban las comedias, es consiguiente que aquel Real sitio, creado para su placer, no podía estar sin lugar a propósito para representaciones teatrales, que permitieran al rey satisfacer su distracción favorita, sin el incógnito y el misterio con que asistía a veces a los corrales públicos. Hasta 1640 se representaba en un salón de aquel Palacio, pero, a partir de entonces, se construyó en una de sus alas un coliseo especial, que fué como el teatro de la corte, adonde, durante algún tiempo, sólo asistían las personas distinguidas que el soberano gustaba de invitar.

Sin embargo, la mayoría de las veces estaba abierto al público, con entradas de pago, al menos en parte de las localidades. Así leemos en un *Aviso* de Pellicer: «Hase empezado a representar en el teatro de la comedia, fabricado dentro, y concurre la gente lo mismo que a los de la Cruz y del Príncipe, celebrándose para los hospitales y autores de la farsa» (1).

Tal uso acabó al morir Felipe IV, sin duda por acarrear escándalos y molestias.

Así, Mme. D'Aulnoy, refiriéndose a la visita que catorce años después hizo al coliseo, escribía: «Antes dejábase asistir mucha gente a estas representaciones, aun cuando el rey las presenciara, pero esta costumbre ha cambiado y ya no entran en la sala más que los grandes señores»... (2).

Como obra real, era el nuevo edificio muy superior a los corrales de la Cruz y del Príncipe, en su construcción y artificios escénicos. Al revés de estos últimos, constituía aquél un local cerrado por todas partes y provisto de techumbre, como los teatros de hoy. El salón destinado al público era menor que en ellos; pero el escenario los aventajaba en magnitud, y podía abrirse por el fondo hacia el jardín, haciendo que éste formara también parte del edificio destinado a las representaciones, cuando se trataba de paisajes con árboles —preludio del novísimo teatro de la naturaleza—. Además, tal ensanchamiento permitía mayor amplitud escénica a las obras que necesitaban movilidad y abundancia de personajes.

Dos relatos de extranjeros que asistieron a representaciones en aquel teatro por entonces, Bertaut y Mme. D'Aulnoy, nos permiten conocer aspectos del mismo y la etiqueta que entre los asistentes se practicaba.

El primero de ellos, refiriendo una representación (3) dada en 1659 en honor del embajador francés, mariscal Graumont, que venía a solicitar la mano de la infanta María Teresa para Luis XIV, escribía: «El salón estaba sólo

(1) *Aviso* de 7 de febrero de 1640.

(2) Relación cit., pág. 142.

(3) Según algunos datos que da, se representaba *La conquista de Orán por el cardenal Cisneros, arzobispo de Toledo*.

alumbrado por seis antorchas, o más bien seis grandes cirios en candelabros de plata, de un tamaño verdaderamente gigantesco. A ambos lados del salón, y fronteros uno del otro hay dos palcos o tribunas con cancelas de hierro. Ocuparon uno las infantas y algunas personas de palacio, y destinóse el otro al mariscal. A lo largo de los dos costados había dos filas de bancos cubiertos con tapices de Persia, y una docena de damas vino a sentarse en aquella alfombra, unas enfrente de otras, apoyando sus espaldas en los bancos posteriores. Mucho más abajo, hacia el escenario, estaban algunos señores en pie... Nosotros, los franceses, nos hallábamos también de pie, detrás del banco en que se encontraban las damas. Entraron luego el rey, la reina y la infanta, llevando delante una vela una de las damas. El rey, al entrar, saludó a todas ellas quitándose el sombrero, y se sentó en un cancel; la reina a su izquierda y la infanta a la izquierda de la reina. El rey, durante toda la representación, salvo una sola palabra que dijo a su esposa, no movió pie ni mano, ni cabeza, solamente movió los ojos a un lado y a otro, y cerca de él sólo había un enano. Terminada la comedia, abrazáronse todas las damas y fueron saliendo una tras otra, juntándose en medio, como en los Divinos Oficios salen los canónigos de sus sillones; asíéronse de las manos e hicieron mutuamente reverencias, que duraron medio cuarto de hora, porque las hacían una tras otra. En tanto, el rey estaba con el sombrero en la mano. Al fin se levantó también, e hizo una reverencia a la reina, la cual hizo lo propio con la infanta» (1).

«El teatro —escribía Mme. D'Aulnoy— es muy bonito...; está pintado y dorado, y sus aposentos se cierran con celosías semejantes a los de la Ópera en París.» «En el que ocupa el rey son doradas»... «Es magnífico»... «Con mucho desahogo pueden estar quince personas en cada uno de los aposentos.» «El salón... de bastante capacidad, está hermozeado por estatuas y bellas pinturas... No hay orquesta ni anfiteatro, y el público se sienta en largos bancos» (2). Del relato de Bertaut (algo adulterado en la transcripción de Schack) resulta que las damas se sentaban sobre alfombras, por ser uso de la época que no estuvieran sentadas en alto.

Otra superioridad del escenario del Buen Retiro era su adecuada disposición para efectos de complicada tramoya y de gran aparato escénico, desconocidos en los pobrísimos corrales públicos, y por los que tenía singular predilección el rey, como por todo lo vistoso, magnífico e impresionante. La propiedad, exactitud y verdad histórica en las representaciones de antiguo asunto, brillaban por su ausencia, igual que en los públicos coliseos; pero en cambio se prodigaban los efectos maravillosos, trucos de ingenioso artificio, riqueza en trajes y decorado. Halagando los gustos del rey, menudeaban obras de puro espectáculo, que recuerdan algo a las comedias de magia —entusiasmo de nuestros abuelos— y a las brillantes operetas y aún más fastuosas revistas,

(1) *Journal d'un voyage d'Espagne.*

(2) Relación cit., fragmento de sus págs. 133 y 142.

que se han sucedido hoy en el favor de cierto público, aunque con asuntos distintos, preferentemente religiosos, mitológicos y caballerescos, que entonces el gusto exigía, y que daban ocasión a cuadros maravillosos, transformaciones y efectos sorprendentes. En tales obras, cual en las modernas análogas, la literatura era lo de menos, y lo esencial el arte del maquinista y del decorador, como ahora; aunque hoy haya que añadir a esos recursos los efectos de la luz eléctrica y de los desnudos de típles, coristas y figurantas.

Ante los ojos del atónito espectador se hacían surgir inundaciones, lluvias de fuego, tempestades furiosas, terremotos, o bien aparecían centenares de comparsas en desfiles de ejércitos y pasos de procesiones. Las más costosas de tales farsas se reservaban para grandes solemnidades, componiéndose *ad hoc* por los poetas cesáreos. El rey tuvo a su disposición tramoyistas y pintores teatrales expertos, como el valenciano Candi y otros venidos *exprofeso* de Italia, donde la mecánica teatral estaba en su cumbre. Así Vaggio y el destrísimo artifice de Florencia, Cosme Lotti, a quien Felipe IV tomó a su servicio, y que fué el tramoyista máximo de su reinado y el alma de sus farsas escénicas: un formidable *metteur en scène*, que se diría hoy. «No es posible dudar —escribe Schack— de que había llevado a tal perfección su arte, que quizás no fuese aventajado ni aun por los maquinistas de ópera de nuestra época (1). No sólo sabía figurar montañas vomitando fuego y temblores de tierra; a la mar con navíos que lo cruzaban en distintas direcciones; palacios de la más rica y artística arquitectura; el Olimpo, con la asamblea de los dioses en su cima, y el Tártaro, con los condenados allá en lo hondo, todo ello de una manera maravillosa; sino castillos que aparecían de repente con la varita mágica; a Faetonte dirigiendo el carro del sol y precipitándose luego en el abismo; a Perseo que cabalga por los aires montado en el Pegaso; a Venus atravesando el cielo en un carro de nubes, tirado por cisnes. No se escaseaban sin duda, los gastos, por cuantiosos que fueran, para representar esas escenas con todo el brillo posible» (2).

Con razón afirma el mismo historiador de nuestro teatro que ese lujo escénico, desconocido en la mitad del siglo xvii, contribuyó a la decadencia teatral; pues si en dramaturgos del fuste de Calderón pudo armonizarse, y no siempre, el valor literario con los efectos de visualidad, en los cultivadores que vinieron después, sin su estro soberano, contribuyó a matar la espontaneidad por el forzado pie de las tramoyas, haciendo de éstas y no de la obra dramática en sí el objeto del primordial interés (3).

¿No es eso lo propio que ha dicho mil veces la crítica actual respecto a una zona extensa del teatro contemporáneo, sostenida por efectos de luz, turencias femeninas y filigranas de atrezzo y decoración?

(1) Schack escribía esto en la primera mitad del siglo xix, antes de los grandes adelantos artísticos, mecánicos, ópticos, acústicos, eléctricos y de todo orden, que han transformado la escenografía.

(2) *Historia de la literatura y del arte dramático en España*, tomo IV, págs. 144 y 145.

(3) Obra y tomo cit., págs. 151 y 152

Las funciones del Buen Retiro duraban cinco o seis horas, sirviéndose a los asistentes, durante ellas, manjares y refrescos. En cada una solían invertirse varios miles de ducados (1).

Muchas fueron las comedias que se representaron en el coliseo real, especialmente con ocasión de fiestas palatinas, componiéndose con frecuencia a propósito para tales solemnidades por los más altos ingenios dramáticos de la corte, tales como Rojas, Solís, Mendoza y Calderón. Solía llamarse para el caso a las compañías más prestigiosas de comediantes que actuaban dentro o fuera de Madrid; pero no era cosa desusada que las interpretaran las meninas o damas de la reina, los nobles, los cortesanos y hasta las mismas reales personas.

Se inauguró el teatro del Buen Retiro el 4 de febrero de 1646, con el estreno de la obra de Rojas Zorrilla *Los Bandos de Verona*, representada por la compañía de Bartolomé Romero, asistiendo gente que pagó su entrada como en los corrales públicos (2).

Siguieron las representaciones los años siguientes, aunque no consta las obras que se representaron. Entre las que dejaron mayor recuerdo figuran *La fábula de Perseo*, en 1654, compuesta por Calderón para festejar el restablecimiento de la reina doña Mariana de una enfermedad; y otra, también de asunto mitológico, *Psiquis y Cupido*, escrita por D. Antonio de Solís, y que se representó con gran lujo y aparato en 1658, como término de las fiestas destinadas a conmemorar el nacimiento del príncipe Felipe Próspero. Las máquinas escénicas construidas para esta función lo fueron por el ingeniero italiano Antonozzi. Desde 1661, las representaciones de aquel teatro tenían como inspector al duque de Medina de las Torres, nombrado por real decreto (3).

A veces, para la representación de una obra se construyeron tres escenarios distintos, uno para cada acto, actuando en cada uno de ellos diversa compañía. Así se interpretó *Los tres mayores prodigios*, de Calderón (4).

VIII.—Farsas acuáticas

No sólo se representaban obras escénicas en el teatro del Buen Retiro, sino que los jardines y el estanque grande servían a veces para el mismo fin, convenientemente dispuestos.

«La noche de San Juan (1640) —escribe Pinelo— hubo en el Retiro muchos festines y, entre ellos, una comedia representada sobre el estanque grande con máquina, tramoyas, luces y toldos; todo fundado sobre las barcas.

(1) Monreal, *Una comedia en el Buen Retiro*. (Véase *La Ilustración española y americana* de 1872, pág. 571.)

(2) Ms. de la Biblioteca Nacional, citado por Monreal, *Cuadros viejos*, pág. 124, nota.

(3) El decreto obra en el Archivo del Real Palacio. Es citado por Schack, obra cit. tomo IV, pág. 132, nota.

(4) Monreal, obra y caps. cit., *Una comedia en el Buen Retiro*.

Estando representando se levantó un torbellino de viento tan furioso que lo desbarató todo, y algunas personas peligraron de golpes y caídas» (1).

Este fué el percance aéreo a que aludo en otro lugar. Fué preciso suspender la comedia que se representaba, y era una de Calderón, llamada *Certamen de amor y celos*, compuesta a propósito para aquella ocasión por encargo del rey (2).

De otra farsa acuática, mitológica y de gran aparato, representada en el propio lugar, y que llegó a puerto feliz sin tropiezo, tenemos detalladísimas descripciones de la época, que extractamos aquí por su extensión desmedida. Titulábase la tal *Los encantos de Circe*. La isla central del estanque estaba revestida de corales, moluscos y otros productos marinos, adornándola cascadas con surtidores de agua que caían al estanque, y en su recinto destacaba un alto monte cubierto de árboles.

Empezó la fiesta con una loa, en que aparecía la diosa del mar sentada en su trono en el interior de la barca, arrastrada por dos grandes peces y rodeada de nereidas y tritones que cantaban y bailaban en el agua. De las vestiduras de la diosa surgían surtidores del mismo líquido. Comenzaba la comedia con la representación del navío de Ulises, grande, dorado y con gallardetes, donde iba el famoso rey de Itaca con sus compañeros. Leones, tigres y otros animales feroces salían a recibirlos, y los árboles exhalaban una dulce música de encantamiento. Surgía al punto horrísona tempestad. Un relámpago brillaba en lo alto del monte, y éste desaparecía bajo su luz, trocándose en maravilloso palacio de oro, mármol, cristal y pedrería, con estatuas y mágicos jardines en torno. Ante él, la maga Circe, señora de la isla, aparecía sentada en su trono y rodeada por sus doncellas. A una señal suya surgía de la tierra una mesa magnífica, con succulentos manjares y vinos exquisitos, que se ofrecían a los huéspedes. Éstos, apenas los gustaban, quedaban convertidos en cerdos, como todos los que a la isla fatal iban abordando. Uno sólo se sustraía al maleficio y marchaba en busca de Ulises a darle cuenta de tal desventura. Intentaba el jefe griego marchar a destruir el encanto; pero una voz, de un árbol exhalada, le advertía el riesgo con que le iban a amenazar los artificios de la astuta hechicera. Para anularlos, recibía entonces del cielo el presente de una flor, que le bajaba el dios Mercurio. Con ese talismán se atrevía Ulises a comparecer ante Circe; pero la belleza y las seducciones de ésta arrastrábanle a una repentina y arrolladora pasión, que le hacía seguir a la fatal mujer. Embarcaba con ella en una lancha transportado por apasionado idilio; y tras la pareja seguían seis cupidos con otras tantas damas, emparejados también, en barcas diferentes. Con tal motivo, los actores recorrían, en efecto, el estanque embarcados. Para rendir a Ulises pleitesía, mostrábanse en la superficie del agua los monstruos del mar. Ballenas y delfines arrojaban

(1) *Anales de Madrid*.

(2) Así lo dicen nuestros historiadores del teatro; pero Cánovas, *Casa de Austria*, pági na 284, de la ed. de 1911, narra el ciclón como ocurrido al representar *Circe*, de que trato seguidamente.

al aire columnas de agua olorosa, que salpicaba a los espectadores; tritones y sirenas bailaban en derredor de la barca que conducía a los reales enamorados. Aparecía después la Virtud, pretendiendo librar a Ulises de la pérvida que le absorbía. Ésta evocaba en su defensa visiones terribles; pero era derrotada al fin, y, al caer en sus brazos el héroe griego, el encanto se disipaba, derrumbábase el palacio, sepultando a sus moradores, y los encantados en figura animal recobraban su verdadera forma humana (1).

Recordaban tales representaciones las antiguas naumaquias de los romanos, y, aunque con aparato mayor, las pantomimas acuáticas que en nuestros días han constituido números de circo.

* * *

El Real sitio del Buen Retiro dejó, pues, una estela brillantísima en los anales de la pompa regia y del epicureísmo cortesanos.

Fué la apoteosis del placer, de la galantería, del arte decorativo, del lujo, de la magnificencia y de la visualidad. Ni Babilonia, ni Roma, ni Venecia, ni París disfrutaron tal vez de fiestas más ruidosas y alegres, ni de pedestal más propicio para cimentar las glorias fáciles de un soberano gozador.

Pero hasta aquel paraíso no llegaban los clamores públicos. El rey, arrastrado en él por el vértigo del bullicio, pasó los mejores años de su largo reinado, ajeno a los graves problemas de gobierno. Y mientras se agotaban allí el ingenio y las arcas del Tesoro en combinar nuevos y divertidos espectáculos, perdíamos Portugal y el Rosellón; sufríamos sangrientas insurrecciones en Cataluña, Nápoles y Sicilia; fraguábanse planes separatistas en Andalucía y Aragón; carecíamos de recursos para pagar a nuestros soldados, que luchaban en media Europa, y a quienes el hambre obligaba a la indisciplina y a la depredación, y nuestros tercios, de gloriosa historia, caían, definitivamente deshechos, en Montesclaros y en Rocroy.

Se divertía el rey, pero lloraba España.

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA.

Universidad de Valencia.

(1) Pellicer (D. Casiano), en su *Origen de la comedia y del histrionismo en España*, tomo II, apéndice, págs. 146 a 166, reproduce un completo relato contemporáneo acerca de la comedia *Circe* y su representación. A esta fiesta debe de referirse el relato mencionado en los *Avisos* de Pellicer (D. José), de 21 de junio de 1639, llamándola naumaquia a estilo romano, que se representó en días sucesivos, luego ante el Consejo de Castilla y, finalmente, ante las comunidades religiosas y el pueblo todo, estando francas las puertas a todos los que quisieran entrar al espectáculo. • *Sem. erud.*, tomo XXXI, pág. 36.

MATANZA POR EL RITO JUDÍO

(SCHECHITAH)

Hay un precepto en el fuero viejo de Madrid, otorgado por Alfonso VIII en 1202, relacionado con el consumo de carne, a cuyo esclarecimiento quiero dedicar estas notas.

Dice el fuero: «Todo carnicero qui carne de iudeo trifa, nel aliqua carne de iudei uendieret, pectet XII mº. Et si non habuerit istos mº seat inforcato.»

Como no he podido encontrar textos de la época de cómo hacía la matanza el carnicero judío, he recurrido a noticias modernas, a las prácticas que actualmente ejecutan los carniceros de las diferentes comunidades hebreas que existen dispersas por varios países; he recogido noticias durante mis viajes en Alemania, Austria, Hungría, y las más interesantes para nosotros en el Norte de Africa, en Melilla y Tetuán.

En esta labor me han ayudado el Dr. Vet. B. Lauff, director del Matadero de Mülheim, a/R., a quien conocí en el «Institut für Nahrungsmittelkunde», de la Escuela Veterinaria de Berlín, y autor de un documentado trabajo titulado *Schechitah und Bedikah*. Berlín, 1925, trabajo que he de citar con frecuencia; también me ha ayudado mi querido compañero el veterinario militar D. Francisco Centrich, director del Matadero de Tetuán, que me ha recogido valiosas informaciones, y por su gestión he conseguido que los *sabios* de dicho Matadero, Haim Bibas e Isaac Bibas y el «schoncer» (inspector) Samuel Bachilón, me haya remitido curiosas noticias e interesantes interpretaciones de los preceptos bíblicos relacionados con la matanza de reses para el consumo, aprobadas por el gran rabino, que ha permitido y sancionado las observaciones que demandé para completar mi trabajo.

* * *

La matanza de reses para el abasto público en el pueblo hebreo constituye un precepto religioso sometido a varias prescripciones, señaladas unas, las más principales, en la Biblia, y otras, los detalles, en el Talmud, y todos en el fondo contienen los fundamentos de prácticas de higiene primitiva que se remonta a la más lejana antigüedad.

Los judíos defienden la creencia que la sangre es el asiento del alma, y ésta pertenece a Dios, y que a Él debe volver. Levítico XVII, 14. «Porque el alma de toda carne, su vida, está en su sangre; por tanto he dicho a los hijos

de Israel: No comeréis la sangre de ninguna carne, porque la vida de toda carne es su sangre; cualquiera que la comiere será cortado».

En cumplimiento de este precepto obliga al matarife hebreo a dar a las reses muerte mediante una sangría completa y absoluta, ciertamente la yugulación cruenta, sin que preceda atontamiento, reúne las condiciones más adecuadas para facilitar el sangrado a fondo, y facilita el cumplimiento del precepto del Deuteronomio, XI, 16, «la sangre sobre la tierra la derramaréis como agua».

La operación de degollar se verifica en la actualidad con la misma pureza en las prácticas como se hacía en los tiempos primitivos; los hebreos no han puesto la menor resistencia a la nueva obligación de concurrir a los Mataderos para sacrificar las reses que abastecen sus peculiares carnicerías, siempre que les autoricen sus prácticas de matanza; han accedido a esta costumbre porque el sacrificio profano puede hacerse en cualquier paraje; así lo dice el Deuteronomio, XII, 15, «podrás matar y comer conforme al deseo de tu alma, según la bendición de Jehová, tu Dios, que Él te habrá dado»; más adelante, en el versículo 21, insiste sobre la misma libertad.

Contrasta esta libertad con la obligación de que los sacrificios sagrados no tienen lugar de elección; el holocausto había de ofrecerse «en el lugar que Jehová escogiere en una de sus tribus».

Semejante libertad para elegir un lugar de matanza tiene una sola condición que refiere las ordenanzas de *Siwche Schlomim*, 17, en estos términos: «No se puede matar en un lugar sucio o faz a un animal impuro, por ejemplo, un cerdo, porque en estas condiciones no puede haber acción de gracia. Puede sacrificarse sobre cubas, depósitos, siempre que pueda verse no contienen agua sucia; no se consiente que la matanza se haga por hombres desnudos, necesariamente deben vestir, por lo menos, una blusa sujeta con ceñidor a la cintura» (1).

Conocida es la aversión que los judíos sienten por la carne de cerdo. Levítico II, 7. «También el puerco, porque tiene pezuñas y es de pezuñas hendidas, mas no rumia, tendréislo por inmundo». Y en el versículo 8 continúa: «De las carnes de ellos no comeréis ni tocaréis sus cuerpos muertos, tendréislos por impuros».

Los animales declarados impuros contaminan cuanto les rodea, tanto las vasijas como las mesas donde se depositan y los vestidos que las rozan; todo ello debe ser purificado: así el obrero no puede tocar el cadáver de ningún animal declarado inmundo, porque queda inmundo hasta la tarde.

La observancia de estas creencias ha sido fácil para los hebreos, porque en los modernos Mataderos de Europa, y así también se ha hecho en Tetuán, la distancia entre las naves de matanza de los rumiantes y de los porcinos es grande; se evita toda posibilidad de contacto entre estas y aquellas reses; el

(1) *Siwche Schlomim*, neu herausgegeben von Dr. Gronemann. Frankfurt a. M. 1899 (citada por Lauff).

alejamiento impide en ocasiones se oigan los gruñidos tan desagradables que dan los cerdos cuando son agarrados para matar.

En cuanto a la obligación de vestirse quiere explicarla Lauff con la lectura del Levítico VIII, 7. «Y puso sobre él la túnica y ciñolo con el cinto». 13. «Hizo llegar los hijos de Aarón y vistióles las túnicas y ciñólos con cintos». Admitida la interpretación, tiene además de un simbolismo religioso un gran valor higiénico que obliga a la limpieza que predicó Moisés en varias ocasiones.

Relacionado con la hora de matar no hay nada obligatorio, sin embargo Siwcher Schlomin, 16, aconseja se haga con luz clara, condiciones que exige para un buen reconocimiento. Si hubiere necesidad de hacer una matanza de noche, exige «una llama clara o dos luces para que pueda verse si la matanza se ha hecho conforme a lo ordenado». En cuanto a los días, el sábado es el único día de la semana que no se puede matar; durante ese día el hebreo no hace nada ni en su hogar ni fuera del mismo; en épocas pasadas, en Marruecos los jueves y domingos eran días destinados por los judíos para la matanza de sus reses; además del sábado tampoco se puede matar el día de «Kipur pascua» (1). Además, en Tetuán es tradicional no matar en los días festivos, tales como los dos primeros y dos últimos del «Pesah» (2) y «Sucoth» (3) y los dos días respectivos de «Sabubot» (4) y «Roch Hachana» (5).

* * *

La matanza en hebreo se denomina «schechitah», y el encargado de este servicio se llama «schohet», palabra que procede del verbo *schahot*, que significa degollar, traducida literalmente quiere decir degollador. En Marruecos llaman al que sacrifica «el sabio». Semejante cargo es puramente religioso, generalmente los nombrados son rabinos titulados con estudios especiales; este diploma o autorización sólo puede concederle uno que haya adquirido con anterioridad el diploma. Siempre corresponde el nombramiento a la comunidad judía, que procura designar a una persona de conducta moral y religiosa irreproachable, porque su misión obliga a ser fiel observante con todos los preceptos impuestos por el rito y cumplir escrupulosamente su función higiénica de rechazar reses no comestibles. En Tetuán la matanza de toda clase de ganado es privilegio exclusivo de la familia Bibas, originaria de Castilla; para la matanza de aves no existe este privilegio.

(1) «Kipur» o día del perdón, a los ocho días del «Roch Hachana».

(2) «Pesah», pascua de la galleta o de la torta a final de marzo o principios de abril.

(3) «Sucoth», pascua de las cabañas, cuatro días del «Kipur».

(4) «Sabubot» o Pentecostés, la pascua del agua a fines de marzo o principios de junio.

(5) «Roch Hachana» o Año Nuevo. Se celebra en septiembre o en octubre, según la luna.

Otra condición esencial que exigen a la persona encargada de la matanza es que reúna condiciones de aptitud física; para este trabajo no sirven los sordos, cegatos, ni menores de edad; en la práctica se considera como más conveniente una edad que oscile entre los diez y ocho años para los jóvenes y la máxima de ochenta para los viejos; se supone que entre estos límites el hombre tiene suficiente fuerza para manejar el cuchillo y degollar con acierto, y que la mano no le tiemble para dar corte neto y limpio.

El nombramiento se otorga después de dos pruebas: una teórica y otra práctica, esta última consiste en degollar por lo menos tres reses y una gallina.

Para la preparación de los aprendices existe un libro que trata del sacrificio de reses vacunas, lanares y cabrías, titulado *Halajot Cheita*, según cita Ortega en *Los hebreos en Marruecos*, Madrid, 1919, pág. 206.

Los nombramientos de «schachter» en las poblaciones alemanas, austriacas, etc., son sancionados por la municipalidad a que pertenece el Matadero donde ejercen su profesión; en Tetuán y otras poblaciones marroquíes «el sabio» lo nombra el gran rabino con absoluta independencia de la autoridad civil; el aspirante hace los estudios en Fez, y para su nombramiento se atiende, más que a su competencia «técnica», a su prestigio religioso y reputación familiar.

El degüello de las reses se practica estando derribadas en el suelo, operación preliminar que obligatoriamente se hace en presencia del degollador; esta obligación supone el reconocimiento en vida, el que la res entra por su pie en la nave de matanza. Con referencia a las reses sacrificadas en holocausto el Levítico, XXII, 22, prohíbe el consumo de carnes de animales «inutilizados o verrugosos, sarnosos o roñosos»; para el consumo profano está prohibido sacrificar reses dañadas; en los Mataderos alemanes los judíos no sacrifican ninguna res que no pueda levantarse del suelo cuando se la ostiga un poco.

En el Matadero de Berlín, que se sacrifican diariamente un gran número de vacas por el rito judío, se derriban de la forma siguiente: la res se sujeta mediante una cadena que pasa por los cuernos, llega al suelo, donde se engancha a una argolla, que hay en todas las naves, operación que también se hace en la matanza mediante atontamiento por los matarifes cristianos, de esta forma queda sujeta la cabeza; para sujetar las extremidades se emplean tres trabones puestos en las dos manos y una pata, la otra extremidad se deja libre para que la res caiga más lentamente sin lesión y sin estropearse, condiciones estas últimas muy importantes y que influyen mucho en el destino de la carne, un cabo de la cadena une las anillas de los trabones y pasa por una polea colocada en el techo y después se arrolla en un torno mural. Así sujeta la res la operación del derribado es sencilla y rápida, sólo exige dos personas: una que sujeta al animal por la cola y otra que hace girar el torno, obligando a juntar las extremidades de la res; cuando le falta la sustentación cae suavemente, apoyándose en la pata libre y sostenida por el matarife que sujeta la cola. Tanto en Alemania como en los demás países centroeuropeos

que se practica el rito judío existen muy diversos métodos para derribar las reses vacunas. El Dr. Schwarz describe en una de sus obras (1) medios y aparatos más o menos ingeniosos y complicados para este objeto; repito, la única condición que exige el derribado es la de evitar crueldades inútiles y traumatismos posibles que perjudiquen a la bondad de la carne; el Levítico, XXII, 24, establece esta prohibición: «comer carne de animal perniquebrado, herido, magullado».

Derribada la res se ata la cuarta pata y se mantiene la cuerda o cadena muy tirante para que no pueda mover las extremidades y desviar la postura del cuerpo.

Sujeta la res con estas ataduras un ayudante obliga apoyar el testuz contra el suelo manteniendo una extensión forzada del cuello del animal, esta operación exige destreza y fuerza en el obrero para privar de todo movimiento a la cabeza y sostener la postura en el acto del degüello, cualquier descuido en este momento puede ser causa de una matanza «newelah» y la carne no servir para el consumo.

Con el ganado lanar y cabrío no se necesita tomar tantas precauciones, pues se derriban fácilmente y la sujeción de la cabeza no exige esfuerzo de ninguna clase. La posición para el degüello es la misma e idénticas las precauciones del rito.

Mientras los ayudantes realizan estas operaciones el rabino es un simple espectador, ni ayuda ni ordena nada, en cambio se preocupa de examinar con mucho cuidado el cuchillo que debe servir para degollar. Según el rabino Jehuda (Chulin, ij) el «schoter» necesita tres cuchillos: uno para degollar, otro para cortar la carne y otro para cortar las grasas que no se comen (2). El cuchillo más interesante es el de degollar, generalmente mide de 60 a 80 centímetros, sin punta. El cuchillo, con arreglo al rito, debe estar afilado como un bisturí y carecer de la mella más insignificante, este defecto impediría hacer el corte neto, cuya importancia es decisiva para el aprovechamiento de la carne (3).

La inspección del cuchillo se hace como ensayan los Barberos las navajas de afeitar, pasando el borde cortante por la superficie de la uña para ver si el filo está sentado, y de paso comprobar si está cortante y limpio.

Todo sacrificio con un cuchillo mellado o de corte embotado que deje desgarras en la superficie cortada es considerado como «terephah» y la carne no se puede destinar al consumo. El Éxodo XXII, 31, aconseja: «y no comeréis la carne desgarrada de las fieras en el campo». La matanza con desgarrar produce carne no aprovechable; no es inmunda, pero a los judíos observantes les está prohibido el consumir esta carne, y por lo tanto, no consienten su venta.

(1) Dr. O. Schwarz, *Maschinenkunde f. d. Schlachthofbetrieb*. Berlín, 1901.

(2) *Neues Gutachten über das jüdischrituelle Schlachtoverfahren*. Berlín, 1908.

(3) Hay en Tetuán una tradición establecida según la cual es indispensable la asistencia de los sabios o «schohatim» (plural de «schohet») en el Matadero para el examen del cuchillo y la «bedikah» o inspección de carnes de toda clase de ganado; en cambio para las aves es suficiente la presencia de uno solo.

Convencido el sabio de la integridad del cuchillo (1) se acerca solemnemente al animal, apoya una rodilla en tierra, y según dispone el Levítico IV, 4.º, «pondrá su mano sobre la cabeza del becerro y lo degollará», al mismo tiempo que bisbea esta oración: «Bendito tú, Dios, Rey del mundo, que nos santificastes con tus preceptos y nos encargastes el degüello» (2).

Inmediatamente, y de un solo corte, que llega en ocasiones hasta las vértebras del cuello, el rabino secciona el cuello de la res con todos sus vasos sanguíneos, tráquea, exófago: la sangre corre a borbotones, y la muerte del animal sobreviene en dos o tres minutos. La misión del sacerdote ha terminado en cuanto a la matanza. Se levanta y vuelve a observar el cuchillo por si tiene alguna mella hecha al chocar con los huesos, etc., y convencido de su normalidad, lo seca y limpia cuidadosamente, guardándolo en el estuche portador.

La región preferida para seccionar el cuello, según Benjamín, se encuentra por debajo de la laringe en el ganado vacuno, a unos cuatro traveses de dedo, y en el ganado lanar, a dos, salvo en los machos, que por tropezar con los cuernos conviene hacer el corte más próximo al pecho. Los rabinos más pulcros suelen limpiar el cuello de las reses cuando están manchados de ceno, estiércol, etc., para conseguir una escrupulosa limpieza en los bordes de la degolladura; en los carneros de lana larga separan o arrancan un poco el vellón, siempre preocupándose de la limpieza del corte.

Frecuentemente la sangre sale mezclada con trozos de alimentos, mucosidades pulmonares, etc.; esto no tiene ninguna importancia para los judíos, pues no consumen la sangre, y cumpliendo el precepto del Levítico, XVII, 12. «Derramará su sangre y cúbrasela con tierra», en los mataderos de Marruecos se tira al colector; en los mataderos alemanes se recoge en unas bandejas especiales y se destina a la fabricación de albúmina, harina de sangre y otras preparaciones industriales.

La «Gemarah» del Talmud señala cinco causas para considerar defectuosa una matanza, y son:

- 1.^a Corte pausado: *Tardatio*.
- 2.^a Presión con el cuchillo: *Concultatio*.

(1) Me informan los rabinos de Tetuán que no es indispensable que el mismo «sabio» o schohet haga la operación de examinar el cuchillo con su propia mano; puede hacerlo un lego, siempre que sea bajo la inspección del schohet. Esta es la costumbre en Tetuán. Sin embargo, los rabinos alemanes y austriacos que he visto degollar, son ellos, en su «propia mano», los que ensayan el cuchillo.

(2) Creo que por vez primera se publica en español esta oración, gracias a la amabilidad del gran rabino de Tetuán. En un libro del Dr. Mañueco, *Carnes y Mataderos*, Madrid, 1909, pág. 108, publica la oración que rezan los sabios alemanes en alemán, y después la traducción española, que difiere mucho del texto tetuani. El profesor R. von Ostertag, en su obra *Fleischbeschau*, octava edición, Berlín, 1922, tomo I, pág. 268, cita también el rezo del rabino, muy parecido a la transcripción de Mañueco. En mi obra *La inspección veterinaria*, segunda edición, Barcelona, 1925, pág. 40, doy otra versión de la oración, según me fué comunicada por el «sabio» del Matadero de Melilla, también distinta a las dos. Por la autoridad que tiene el gran rabino de Tetuán estimo, según su palabra, «la exacta traducción del rezo» en los términos que se transcriben en el texto.

- 3.^a Obstrucción con el cuchillo: *Ocultatio*.
- 4.^a Desvío del corte: *Aberratio*.
- 5.^a Desgarrar, arrancar con el cuchillo: *Eradicatio*.

Estas faltas durante el degüello no siempre dan origen al decomiso, porque hay diferencia entre las faltas ocasionadas por defectos de la operación o por defectos de la res; en el primer caso, motivado por la impericia del sabio, movimientos del animal, mala sujeción, etc., la matanza será «newelah»; en el caso segundo, cuando la matanza sea defectuosa por causas orgánicas que se encuentran en el animal, entonces será «terephah».

En los casos de «newelah» (mortecina) la carne se puede consumir, aunque después necesita purificarse, dice el Levítico XVII, 15. «Y cualquier persona que comiere cosa mortecina (newelah) lavará sus vestidos, y asimismo se lavará con agua y será inmundo hasta la tarde y se limpiará». Sin embargo, como decía antes, los observantes más escrupulosos rechazan comer carne de «newelah», aun cuando pueden purificarse mediante el lavatorio; esto afirma Lauff como criterio en los mataderos alemanes. Sin embargo, el gran rabino de Tetuán sostiene que la carne «newelah», lo mismo que la «terephah», está prohibido su consumo.

Según esta segunda opinión se prohíbe consumir la carne cuando es «newelah» por defectuoso sacrificio, o es «terephah» por lesión o alteración de la res.

Durante la operación del desangrado, según R. Eliezer, hay que observar si el animal mueve las extremidades, tanto en las reses mayores como en las pequeñas, y que no hay retraimiento en la salida de la sangre; en este caso sería sintomático de que la res estaba enferma y se ha de considerar la carne impropia para el consumo, pues esta inmovilidad equivale a señal de la res mortecina. La explicación es terminante: *perinclitas est animal, quod in agone mortis versatur, de quo dicitur, omne quod se non erigit, neque in pedes consistit*.

Las operaciones subsiguientes a la matanza: desuello, visceración, etc., se hace por personal laico. En el matadero de Tetuán hay un rabino que desempeña la función de inspector (*schoner*) para vigilar a los operarios laicos del matadero, evitando que por falta de cuidado u otro motivo confundan las carnes inservibles con las buenas destinadas al consumo.

Por este servicio de degüello e inspección de carnes reciben los rabinos o sabios sus emolumentos según tarifa, práctica muy antigua. Fernández y González (1) dice que en 1432 las aljamas hebreas cobraban un arbitrio llamado *nebda* o servicio para Talmud-tora (enseñanza de la ley), con cuyos ingresos se atendía a la subsistencia y decoro de los profesores. El arbitrio en aquella fecha se establecía en esta forma: por cada res mayor, cinco maravedís; por cada becerro o ternera, hasta cien libras, dos; por cada res menor,

(1) F. Fernández y González, *Estado social y político de los mudéjares de Castilla*. Madrid, 1866, pág. 236.

carnero, oveja, cabrón, cabra, etc., uno; los cabritos y corderos de dos a cuatro arreides pagaban un coronado, y si pasaban de más de cuatro arreides pagaban cinco coronados. En la actualidad los sabios degolladores cobran más caro: en Berlín cobran diez marcos-renta; en Viena, ocho schelines austriacos por cada res vacuna mayor; en Tetuán son más modestos: cobran diez reales hassani por degollar y reconocer cada res vacuna mayor. Las reses que salen «tere-phah» no se cobran; es un buen principio moral para evitar el aprovechamiento; en cambio exige una gran confianza en la conducta del sabio para evitar el aprovechamiento de reses impropias para el consumo.

C. SANZ EGAÑA.

VARIEDADES

El estreno de «Jugar con fuego», contado por Barbieri ⁽¹⁾

«Cuando estos escritos lleguen a manos de cualquiera que no me haya conocido o no tenga idea de la franqueza de mi carácter, estoy seguro que leyendo lo que voy a apuntar sospechará de la veracidad de mis palabras, o cuando menos formará una idea poco ventajosa de mí al considerar con cuánta extensión hablo de mis obras o de las cosas que me favorecen. No es culpa ni mérito mío si la obra de que voy a tratar es tal y como Dios la hizo; lo que sí puedo asegurar es que he aprendido a mirar mis cosas y a apreciarlas tal y como son, y con el mismo descaro me echo piropos como agriamente me censuro. Digo que no es culpa ni mérito mío, porque si como la Providencia me puso en el caso de acertar, me hubiera puesto en el de equivocarme, ni tenía por qué enorgullecerme de lo primero ni por qué desesperarme de lo segundo. Lo único que creo me es lícito es contentarme cuando alguna cosa buena me toca y resignarme si me toca otra mala, por más que yo vea claro y hasta me ensañe con todo lo que de mí mal me parezca, según mi leal saber y entender.

»Todo este exordio viene a cuento sólo para armar el incensario y perfumarme de mi propia cuenta, por haber escrito la música de *Jugar con fuego* y haber tenido la suerte de que al público le entre por el oído derecho.

»En la época de que trato estaba nuestra empresa en muy mal estado de intereses (2); ya se habían consumido no tan sólo los productos del teatro, sino los 40.000 reales de Salas, y no nos llegaba la camisa al cuerpo temiendo un fracaso, cuando empezamos a ensayar *Jugar con fuego*, sin haber todavía concluido de escribirse ni por el poeta ni por mí. Es de advertir que el libro y la música lo es-

(1) Bastaría para justificar la publicación de estos fragmentos el hecho de referirse a una obra justamente considerada por su autor como «piedra angular de la zarzuela moderna»: obra que en la época de su estreno alcanzó éxito inusitado y que, sin nunca desaparecer del todo de los carteles, regocija, después de quince lustros, a públicos de hoy con la gracia de su música y el ingenio de su libro. Mas, aparte esta consideración, el texto que publicamos tiene el interés de proporcionarnos una muestra de las que pudiéramos llamar «Memorias de Barbieri». Hay, en efecto, entre los numerosos materiales de estudio reunidos por el insigne músico y erudito, dos abultadas carpetas con datos referentes al desarrollo de la zarzuela en España desde 1839 a 1863. Muchas de estas páginas son autobiográficas, y aunque se da preferencia en ellas a los asuntos musicales, encuéntranse también curiosas informaciones literarias y referencias a personas y sucesos de la vida madrileña. De desear sería la pronta publicación de tan atractivas páginas, como homenaje a la memoria de su autor y como importante aportación a nuestra historia musical y literaria del siglo XIX.

(2) Se refiere a la sociedad legalmente constituida en 12 de julio de 1851 para fomentar el desarrollo de la zarzuela española. Dicha sociedad estaba formada por Joaquín Gaztambide, Francisco Asenjo Barbieri, Cristóbal Oudrid, Rafael Hernando y José Izenga, compositores; Luis Olona, autor dramático, y Francisco Salas, cantante.

cribíamos al mismo tiempo; iba yo todos los días a casa de Vega, que vivía en la calle del Prado, frente a la del León, cuarto segundo, y allí consultábamos, tanto los versos cuanto la música que yo llevaba, con la mujer de Ventura, Manuela Oveiro y Lema, que era toda una artista, no sólo como cantante, sino que poseía un sentimiento y un talento nada vulgares y probados ya, cantando como *prima donna* en los teatros de Madrid anteriormente, y a la sazón en el teatro particular de Palacio, del que era cantante de cámara.

»Adjuntos van los autógrafos de Vega que me sirvieron para escribir la música; entre ellos hay versos que se diferencian de los impresos en el libreto: consiste esta diferencia en que primero me hizo unas seguidillas para final del dúo de la carta, y no pareciéndome bien este metro le hice componer los impresos (1); también del acto tercero quité una pieza musical que había entre los dos coros de locos, y el final músico, que era un *dueto* entre la Duquesa y Feliz, porque nos pareció preferible que concluyera la obra como está en el impreso.

»Recuerdo que después de haber yo compuesto la romanza de tiple del acto tercero me empeñé en que la cantara Manuela Oveiro de Vega para que Ventura la oyera. Manuela se resistía, pero al fin me senté yo al piano y ella, casi sin mirar la música, la cantó con una expresión tal, que no es posible que yo la vuelva a oír mejor cantada. ¡Pobre Manuela!

»Seguían los ensayos de la obra, y yo dos noches antes de estrenarse estaba a las tres de la mañana rodeado de copiantes a quienes iba dando la partitura hoja por hoja.

(1) Las seguidillas suprimidas son éstas:

DUQUESA. «De sufrir mis desdenes
lleváis un año:
os confieso que ha sido
buen noviciado;
mas no es bastante:
una prueba que os falta
tenéis que darme.
La gratitud es lazo
de fuerza tanta
que más que amor, a veces,
prende las almas;
probad la mía
y me tendréis amante
y agradecida.»

MARQUÉS. «Un año me han tenido
vuestros desdenes
dándome coscorriones
por las paredes;
pero, por fin,
hoy a mí me ha llegado
mi San Martín.»
Si juráis a mis ansias
corresponder,
en cambio de un abrazo,
suelto el papel;
ved si os agrada
y firmamos las paces
del toma y daca.»

»Recuerdo otro incidente que no deja de ser chistoso: vivía yo en un cuartucho de la Carrera de San Jerónimo y estaba pensando la música del coro de locos, a grito pelado e imitando trompetas y tambores con la voz, al mismo tiempo que bailaba como un desesperado; al oír semejante estrépito, entra mi madre y dice: «¿Qué es eso, te has vuelto loco?» Entonces yo, muy contento, la contesto: «Eso es, eso es». Y me puse a escribir el coro sin más dilación y sin contestar otra cosa. Mi pobre madre no sabía qué pieza era la que yo componía.

»También recuerdo que para la primer romanza de tenor compuse yo primero la música y luego Ventura hizo los versos: *la vi por vez primera*, etc.

»*Por fin* la noche del lunes 6 de octubre de 1851 se estrenó *Jugar con fuego*.

»El primer acto le oyó el público con atención, dando sólo algunas palmadas en la introducción y en el dúo de tiple y tenor, pero al llegar al final, cuando el coro dice: *Se fué, se fué*, estalló una risa y aplauso general.

»El segundo acto se oía también con atención, pero al llegar el dúo de la carta hubo una explosión general de aprobación, hasta el punto de pedirse la repetición del dúo, y, concluido el acto, fuimos los autores llamados a la escena.

»Quedaba el acto tercero, al que todos teníamos miedo por lo que se separa del género de los otros dos. (Miedo que prueba cuán difícil es pronosticar el éxito de una obra teatral.) Oyó el público el primer coro con agrado; aplaudió mucho la romanza de tiple, y cuando Feliz hace al Marqués entrar por el patio de los locos, y éste dice: «voy corriendo a conocerla», se armó tal escándalo de risa y aplausos, cual no recuerdo haber oído en el teatro.



Ventura de la Vega



Francisco Asenjo Barbieri

»Así, pues, el coro de locos y aria del Marqués que sigue se hizo repetir y produjo una verdadera ovación para todos: tanto Sa'as como cada uno de los coristas, principalmente Pombo, que hacía el loco tambor mayor, estaban entusiasmados y llamaban la atención especialmente; en una palabra, el éxito fué lo más magnífico y estrepitoso que se puede apetecer para una obra teatral; baste decir que se llenó el teatro por espacio de mucho tiempo, que la obra toda se hizo popular, y que el público a una voz decía: *Esto es la verdadera zarzuela*.

Diez y siete noches consecutivas fuimos los autores llamados a la escena; y por cierto que en todas ellas, después de salir al público, Ventura y yo bajábamos a Contaduría a cobrar nuestro tanto por ciento, que en mucho tiempo no bajó de una onza para cada uno, lo cual, sabido que entonces se cobraba sólo el tres por ciento, se puede calcular que pasaba la entrada de diez mil reales cada noche.

»Esta obra, en fin, dió grandes resultados a nuestra empresa, nos sacó de apuros, y, para que se vea lo que es el mundo, después nos venían, aquellos que nos habían negado un maravedí, a ofrecernos todo el dinero que quisiéramos para sostener el teatro, dinero que no aceptamos, porque esta obra producía sobradamente para cubrir todas las atenciones de la empresa.

»Finalmente, *Jugar con fuego* no sólo salvó el teatro, sino que marcó la senda que había de seguirse en adelante, por lo cual todo el mundo la considera como la piedra angular de la zarzuela moderna. Mucho más podría extenderme al tratar de ésto, pero sólo diré que, sin amor propio, creo que hice una cosa buena y artística, si he de creer a mi pobre maestro Carnicer que vino a mi casa al día siguiente, llorando de alegría, a dar la enhorabuena a mi madre y a asegurarla que yo era un discípulo que le hacía honor.

»Mi fortuna me valga en haber dado en el clavo, conforme podía haber dado en la herradura.

»La popularidad de *Jugar con fuego* fué tan grande que alcanzó a todas las clases de la sociedad; en prueba de ello citaré una anécdota:

»La reina Cristina me había mandado escribir una tanda de rigodones con motivos de *Jugar con fuego* para uno de los bailes que iba a dar en su palacio de la calle de las Rejas. Por entonces figuraba mucho en política un personaje llamado D. Alejandro Llorente, el cual estaba ansiando subir a ministro y trabajaba para conseguir su objeto, aunque sin resultado. Los trabajos de este sujeto se habían relatado por los periódicos, y burlescamente le habían aplicado el título de marqués de Caravaca, haciendo referencia a los versos del dúo del segundo acto:

Lleváis un año
de merecer;
tanta constancia
yo premiaré.

»En una palabra: Llorente era más conocido por el título de marqués de Caravaca que por su nombre. Conocidos estos antecedentes, falta saber que estando yo en el baile de la reina madre, y en el momento en que se tocaba el rigodón hecho sobre el motivo de

Oh, marqués de Caravaca,
suelta, suelta, daca, daca,

todas las miradas se dirigieron a Llorente, que entraba a la sazón, y se oyó una risa general, que prueba que todo el mundo conocía la música de *Jugar con fuego*. ¡Fué chistoso epigrama!—FRANCISCO ASENJO BARBIERI.»

Transcrito por
J. D. B.



La canción y la danza populares en el teatro español del siglo XVIII⁽¹⁾

Importantísimos por su valor folklórico son los documentos musicales procedentes del teatro madrileño de la segunda mitad del siglo XVIII, que conserva la Biblioteca Municipal de Madrid. Incluyen tonadillas o breves óperas cómicas que intermediaban las «jornadas» de las comedias —cuyo número rebasa la cifra de 1.900—, y, además, sainetes, entremeses, bailes dramáticos, comedias, zarzuelas, loas, fines de fiesta, melólogos y pantomimas. Ofrece todo ello un caudal de varios miles de obras, cuyo estudio proporciona sorpresas de sumo interés.

Los compositores que contribuyeron a acumular ese caudal, apenas son conocidos, no sólo fuera de España, sino aun dentro del mismo país; pues al cambiar las modas y costumbres teatrales, esas obras cayeron en el olvido más absoluto. Los principales se llamaban: Antonio Guerrero, Luis Misón, Pablo Esteve, Blas de Laserna, Pablo del Moral, Ventura Galbán, José Castell, Pedro Aranaz, Guillermo Ferrer, Mariano Bustos, Antonio Rosales y Jacinto Valledor. Sus obras continúan manuscritas (y no en partitura, sino en particelas), salvo alguna rarísima excepción, pues sólo se han publicado algunas muestras por Felipe Pedrell en su *Teatro lírico español anterior al siglo XIX* y en su *Cancionero Musical Popular Español*; por Mitjana, en su contribución a la *Encyclopédie de la Musique et Dictionnaire du Conservatoire* (París), y por Joaquín Nin, en su colección de *Quatorze Airs Anciens d'Auteurs Espagnols* (París), Max Eschig (editor). El autor de esta Memoria ha publicado en diversas revistas varias muestras que seguían inéditas, y tiene en prensa, bajo los auspicios de la Real Academia Española, una obra en tres voluminosos tomos, *La tonadilla escénica* (2), en donde incluirá gran número de muestras musicales folklóricas, lo cual ocupará parte del tercer volumen, pues el primero está dedicado al origen e historia de la tonadilla, y el segundo a la morfología literaria y musical de estas obras menores del teatro español.

Cuatro son las formas esenciales con que aparece el sello musical folklórico en la música teatral española del siglo XVIII, bajo el doble aspecto de piezas de canto y de danza. Estas cuatro formas son las siguientes: primera, mediante el carácter melódico o rítmico que delata una filiación folklórica indiscutible; segunda, mediante declaración expresa que fija su sello específico (fandango, folías, zorongó, etc.), tercera, mediante los instrumentos usados para acompañar las melodías (guitarras o también instrumentos de arco que se deben tocar «rasgueados», «punteados» o —según declaración muy frecuente— «como guitarra»), y cuarto,

(1) Esta comunicación fué escrita para el Primer Congreso Internacional de Arte popular (Praga, 7-13 octubre) y leída por su autor, que después de haber sido secretario del Comité preparatorio de la participación española de dicho Congreso, llevó la representación oficial del mismo como delegado oficial de nuestro Gobierno.

(2) Al acoger nuestra Revista la presente Memoria, ya ha aparecido el primero de esos tres volúmenes, el cual realza la importancia de los fondos musicales existentes en la Biblioteca Municipal de esta villa y corte. (N. de la R.)

mediante los números no escritos que se introducían tomándolos del repertorio callejero. Esas muestras revelan el carácter nacional, presentándolo completamente puro si se las recogió con fiel exactitud en la cantera popular y ofreciéndolo con ciertos retoques, bien porque su adopción se sometió voluntaria o involuntariamente a desviaciones en cierto modo lógicas, o bien porque el compositor se había propuesto hacer obra de imitación estilizada al crear obras donde brillasen el espíritu y estilo populares. Breves, sencillos, sin complejidades ni trabazones de mayor cuantía, esos números inspirados en la música popular tienen un sello típico del que dimana buena parte de su encanto.

En las obras donde salen pastores es frecuente poner «pastorales» o composiciones innominadas que se vaciaban en compás de seis por ocho. Y entre las producciones de tal índole hay algunas con dos y hasta con tres «pastorales». «*El pastor sordo y la cazadora* (Esteve) tiene una «pastoral» y unas coplas en «andante pastoral». *La paya porfiada* (Moral) tiene dos «pastorales». *La pastora inocente* (Moral) tiene tres «pastorales», todas distintas y, sin embargo, vaciadas en el mismo molde métrico. Tal denominación, ya suelta, ya asociada a rotulaciones agógicas, es algo frecuente desde los primeros años de la tonadilla. Hay un «allegretto pastoral» en *Dos pastores* (anónimo, 1763), y en otra obra escrita por Misón este mismo año con el título *Pastoral del Sueño*. Hay un «andantino pastoral» en la tonadilla del propio Misón *Una mujer y dos sacristanes*; y «andante pastoral» en *Los payos serranos* (Esteve); y «Pastorela andantino» en la segunda parte de las *Cabañas* (Rosales). La «pastoral» puesta por Misón a *Una graciosa de compañía y un compositor de viejo*, reclamó la flauta en sustitución de oboe. Laserna incluye una «pastoral alegre» en *Título de comedias*. Esteve intercaló un trozo de música bajo el epígrafe «como minué expresivo» en la «pastoral» de *El majo matón*.

Las «pastorales» se hallan en diversas obras, ya con un sello específico, ya con un carácter genérico. De esto último nos da una muestra *Los españoles viajeros* (Ferandière), con una «pastoral» precedida de esta «parola»: «Oiga usted una muñeira que se cantó en Tetuán en celebridad del arribo de unas naves cargadas de cebada para el consumo del país.» Y dicho número fué sustituido por otro también popular, con letra gallega, pero en compás de dos por cuatro.

En los «fandangos» se advierte por lo común un gran respeto ante la línea melódica popular, al cotejar las versiones en cierto modo similares, cuando no homogéneas, procedentes de autores distintos, cosa que también se hace extensiva a otras canciones callejeras. Así, por ejemplo, el «fandango» de *Tres ingenios* (Esteve) tiene melódicamente un parentesco fraternal con el «fandango» de *Lo que pasa en la calle de la Comadre...* (Misón), si bien ambos difieren en sus acompañamientos.

Las «jotas», en cambio, admiten gran diversidad melódica, aunque, por lo general, recogen los rasgos típicos de esta canción popular. No siempre recibían tal denominación; así, por ejemplo, la incluida en *Ya sale mi guitarra* (Esteve), sólo lleva la mención agógica «allegro», pero su estribillo dice:

«A la jota, jotilla, jotilla (bis)
oíd, mosqueteros,
que este cuentecito
es cosa muy linda.»

A veces la «jota» constituye un número suelto, mientras que otras aparece incluida en las seguidillas epilógicas, como nos muestra *Ama, criada y cortejo*

(anónimo, 1766). En todos los casos enlazaba la copla con el estribillo. Este presenta dos vocablos similares en cuanto a la designación genérica: «cota» y «jota». Aparece aquél, sobre todo, en los primeros años de la tonadilla escénica. La mencionada tonadilla *Ama, criada y cortejo* tiene los versos:

«A la cota, cotita, cotita,
a la cota que canta mi Pepa.»

Sucede con la «tirana» lo mismo que con la «jota». Aunque no siempre se consigna su denominación genérica, el estribillo usa fórmulas verbales consagradas, con las que fija y declara aquel carácter específico que las líneas melódicas y rítmicas de la copla habían establecido ya. Unas tiranas tienen acompañamiento de orquesta y otras sólo de guitarra. Unas se cantaban únicamente, y otras se danzaban además. Unas llevan la armonía en acordes y otras en arpeggios. Unas se decían a solo y otras a dúo, por lo general en movimientos paralelos de las voces. Unas reservaban el solo para la copla e imponían el dúo, terceto o coro para el estribillo. Unas aparecían como número final, en sustitución de las seguidillas epilógicas; otras venían incrustadas en estas seguidillas, y algunas, aunque pocas, intercalaban a su vez otros números ya populares, como un fandango, según muestra *El celoso chasqueado...* (Esteve); ya eruditos, como un aria, según muestra *La operista fingida* (Esteve). Unas veces se las escribía expresamente para las tonadillas, y otras veces las tonadillas incluían sin escrúpulos alguna tirana a la sazón en boga, como aquella denominada *Tirana del Trípili* en razón de su estribillo:

«Trípili, tripili,
trápala, trápala,
que esta tirana
se canta y se baila.»

Esta popularísima pieza tuvo, por cierto, gran boga por todo el continente europeo. Mercadante la trasladó a la obertura de su ópera *I due Figaro*; y cerca de un siglo después la ha utilizado Granados como tema en el primer número de sus *Goyescas* pianísticas.

Lo dicho hasta aquí sirve de ejemplo para mostrar la riqueza y variedad de esas fuentes folklóricas, cuyo estudio se hace detenidamente en la referida obra en prensa *La tonadilla escénica*.

A continuación presentamos una lista de las producciones musicales de carácter folklórico (música vocal, instrumental y de danza) que he recogido examinando ese vastísimo caudal manuscrito existente en la Biblioteca Municipal de Madrid y que abarca obras tanto españolas como extranjeras:

Alcarria (canción de la).

Alemanda.

Andaluza (canción).

Asturiana (canción).

Bailes sin denominación expresa.

Bailes vizcaínos, inglés, moro, indio,
americano, etc.

Bailetes.

Balear (canción).

Boleras de diversas regiones españolas.

Buenos Aires (canción de).

Caballo.

Cachirulo (canción del).

Catalana (canción).	Padedú (baile).
Chamberga.	Pasiega (canción).
Ciego (canciones de).	Pastorales.
Contradanzas.	Payos (canciones de).
Cumbé (canción y baile de negros americanos).	Pelindanguilla (baile).
Danza prima (asturiana).	Polacas.
Fandangos.	Polos.
Folías.	Romance popular.
Francesas (canciones).	Seguidillas (en número extraordinario que se cifra por centenares y en variedad inagotable: serias, majas, gitanas, garruchonas, manchegas de ciegos, boleras, aminuetadas, etc.
Gaitas o gallegadas.	Suiza (canción).
Gitanas (canciones).	Tiranas.
Guacharita (baile).	Tononés (canciones de negros).
Guajiras.	Tuna (canción de).
Jácaras.	Vascas (canciones).
Jojeos.	Villancicos.
Jotas.	Zarabanda.
Malagueñas.	Zarembegue.
Mayos (canciones de).	Zorongo.
Mora (canción).	
Murciana (canción).	
Nanas o canciones de cuna.	

Por todo lo expuesto se comprende el altísimo interés que ofrecen para la reconstrucción histórica de la música popular española esos fondos manuscritos de las producciones teatrales del siglo xviii.

Sobre otros correspondientes a nuestro teatro en época anterior informa detalladamente D. Emilio Cotarelo y Mori en varias obras, y muy especialmente en el estudio que a las danzas dedica en el primer volumen de la *Colección de Entre-meses, Loas, Bailes, Jácaras y Mojigangas, desde fines del siglo XVI a mediados del XVIII*. (Nueva Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1911.)

JOSÉ SUBIRÁ.



Una inscripción perdida

En el manuscrito 9.249 de la Biblioteca Nacional, que contiene en extracto referencias de documentos existentes a fines del siglo xvi en el Archivo de la Torre de Tombo, se intercalaron algunas notas curiosas, y entre ellas la copia de una inscripción, que rememora la colocación, en los días de Felipe IV, de la primera piedra de lo que se quiso que fuese basilica consagrada a Nuestra Señora de la Almudena. El proyecto se abandonó en seguida, mas quedaron referencias de aquellas ceremonias en crónicas y relaciones. Sin embargo, en ninguna de las que he consultado, que no cito por creer que la ocasión no lo consiente, he hallado el

texto que se conserva en el manuscrito de referencia; por considerarlo inédito, paso a transcribirlo, por si pudiera ofrecer algún interés para la historia local.

«Copia do letreiro que se poz na primeira pedra que se lançou nesta nova Igreja de Santa Maria de Madrid que a Rainha dona Isabel nosa senhora manda fazer.

Anno primo pontificatus S. D. N. Urbani Papae octavi, reparationis humanae 1623, regnante in Hispania Philippo quarto, Tholetanum primum administrante Infante Ferdinando, S. R. E. Cardinali, die decima quinta Nouembris Diuo Eugenio martiri toletano Praesuli consecrata, Piissima Elisabeth Philippi quarti potentissimi Hispaniarum Regis Catholici foelix coniux, quae Deiparae Virgini Mariae de la Almudena Cappellam vouerat, soluens votum non exiguum (vt promiserat) sacelum, sed Augustam a fundamentis erexit Basilicam, annisque redditibus multa, ac eleganti supelectili dotat et ditat. Ipsoque inspectante Philippo, Carolo ac Ferdinando eius fratribus adstantibus, regni proceribus, clero, curia ac populo prospectantibus. Dominus Inocencius de Maximis Episcopus Bertinonensis Nuntius, et Colector Apostolicus ex Catholicae Ecclesiae ritu salutis arborem erigit; primum lapidem (posteritati monumentum) destinato loco ponit. Angelorum Regina opus faueat ac foueat.»

Los hechos que consigna la inscripción son ciertos. La pluma chispeante de Andrés de Mendoza, en carta fechada a los tres días de aquella ceremonia, nos dice: «Y día de San Eugenio, primer arzobispo de Toledo, fué la celebridad de poner la primera piedra en la iglesia parroquial, digo colegial, de Santa María de la Almudena; formóse de madera y tapicería el sitio, y en el altar, en el lugar que ha de ser el mayor, púsose la cortina y demás prevenciones, como en la capilla de palacio, de donde salió la procesión de cruces, pendones, cofradías, gigantes, danzas e invenciones como el día del Corpus, el clero, confesores, predicadores y capellanes y música del rey. Celebró el ilustrísimo nuncio, que para mostrar lo que desea servir a sus majestades, aun el echar piedras tiene por cordura; la reina, la infanta, el cardenal infante y la demás nobleza de palacio y las señoras de la corte asistieron en las ventanas, y a la procesión salieron el rey, el infante Carlos, con grandes aderezos de piedras. Hubo catorce grandes, embajadores, patriarca, arzobispo de Santiago y prelados y demás señores. Echáronse en el lugar de la piedra, en el hueco de ella, medallas del rostro del pontífice, de los reyes y de las demás personas reales... y la bula e inscripciones de la erección». Y después de Mendoza, cuantos se han ocupado de la proyectada basílica, que había de construirse a espaldas de la hoy derruida iglesia de Santa María, refieren aquellos sucesos, con más o menos lujo de detalles.

AMALIO HUARTE.

RESEÑAS

GÓMEZ MORENO, MANUEL.—*La novela de España*. Madrid, 1928, 415 páginas, 8.º

Cuando se ha tenido la fortuna de haber sido discípulo de Gómez Moreno, el encontrarse frente a esta su última producción despierta una serie de inolvidables resonancias.

Libro escrito, como el autor declara, al margen de los compromisos profesionales y tejido poco a poco, recatando sus cuartillas aun a sus más próximos familiares, circula entre sus líneas un aire libre de preocupaciones eruditas, que lleva alquitarada la inquieta y rica personalidad de quien lo compuso.

Es la nueva manera de sentir la historia de España, en una serie de deliciosas estampas unidas tan sólo por un tenue nexo vivaz, que fluye soterraño en todas ellas y que salta con ágiles movimientos para destacarnos en un paisaje, en un hecho, en un personaje, el sentido de cada una de las épocas, el matiz de cada uno de los momentos. Este nexo, siempre vario y siempre único —la esencia de España—, forma el sujeto de la obra.

El primer ciclo de los seis en que está dividido el libro abarca, en una serie de maravillosas descripciones, todos los tiempos prehistóricos. Con delicados toques pinta el paisaje y detalla las figuras que tan íntimamente a él viven unidas. *El despertar de él, La pareja humana, El anatema, La edad feliz*, son como estampas iluminadas que nos acercan un poco a estos remotos ascendientes que Gómez Moreno ha pintado con tan afectuosa mano. Completan el ciclo el nacimiento del primer cortijo —célula social— y la nueva metrópoli —organización urbana—.

Los ciclos segundo y tercero evocan aquellas primeras civilizaciones de Tartesos y la cultura viva y pujante de los núcleos hispánicos. La *Elegía de Velaunis el cordobés*, con que termina el ciclo, representa una de las meditaciones más hondas que se han hecho sobre el ritmo fatal de la historia de España.

Comienza el ciclo cuarto, roto —como el autor dice— el hilo de los sucesos. El porvenir hispánico está en crisis. Son Cartago, y desde ahora Roma, las que van a imponer la impronta de su fisonomía sobre el haz peninsular. Todos los episodios de la política romana, Catón, Sertorio, César, las luchas de los cántabros, son como diversos reflectores que, con distintas perspectivas, proyectan la serie de hechos que informan este período.

Un nuevo factor va a intervenir desde ahora en la historia de nuestro destino. Con él se abre el ciclo quinto. El cristianismo adquiere en España peculiar fisonomía. Las inquietudes heréticas convirtieron la diaphanidad del Evangelio en poesía barroca. De Oriente vino la ráfaga e hizo a la Península reaccionar con

revulsiva fuerza sobre los restos de artificio romano que sólo en virtud de su cohesión legal perduraban.

La invasión bárbara pasa como un turbión. Gómez Moreno recoge en los capítulos que titula *Prisciliano, Vandálica, Hermenegildo, Isidoriana y Gótica*, la esencia de este período. Son cinco viñetas que nos traen el ambiente de Sevilla y Toledo y nos muestran los ocultos resortes de aquel mecanismo político, que se desmoronaba porque no había podido arraigar en nuestro suelo. Es inminente para España un cambio de postura, y éste acontece. Muza ben Nuzeir, Táric y el viejo Hánax el Sananí, nos dan la explicación al paso de sus cabalgaduras. «Este país de los romíes eclipsará las demás conquistas que los creyentes realizaron hasta el día», es la doctrina que sale de la boca del asceta venerable que recogió las tradiciones del profeta.

Y desfilan luego por la última parte del libro, en maravilloso cortejo, Abdelaziz, pasivo y soñoliento, el obispo D. Oppa y el conde Pelagio, los paisajes de Covadonga y Roncesvalles, la política del primero de los Abderramanes y las ingenuas ilustraciones asturianas de Naranco y Boides.

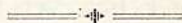
La nota más delicada de todo este concierto la dan las Santas Flora y María en su inefable pureza. Ellas y Eulogio constituyen luego las sombras que atormentan al viejo Mohamed.

Como señora victoriosa álzase en este período el altivo castillo roquero de Barbastro, marcando el anhelo —vivo siempre— de independencia y destacando indeleble el nombre de una familia: los Ben Hafsun, una de cuyas hijas, la virgen Argénteo, la mártir, es la última flor del jardín místico andaluz, tronchada por la inquisición musulmana.

Almanzor cierra el ciclo. Fuerza ciega de la naturaleza arrasa todos los caminos y aniquila todos los impulsos que comenzaban a desarrollarse frente a Córdoba. Ferrucio, en el último capítulo, cree llegado el día de la abominación. El mundo va a fenecer,

Aquí termina el libro. Pero sobre este escenario desolado que nos dejó el último episodio, el genio bueno bate sus alas y predica la vida y nos enseña que, en cada momento, el arte pone sobre la urgencia cotidiana su matiz maravilloso y siempre nuevo.

RAFAEL MARTÍNEZ.



AGRAMONTE Y CORTIJO, FRANCISCO.—*Los últimos años de Federico el Grande*, según los diplomáticos españoles, franceses y prusianos de su tiempo. Berlín. Pantheon-Verlag, 1928, 400 págs. con láms. y autógs., 4.º

Voltaire, no el creador de Zadig, sino el inductor de Micromegas en la burla del enano de Saturno —M. de Fontenelle—, dijo en cierta ocasión de Federico II de Prusia, durante uno de los eclipses que padeció la amistad entre el guerrero y el filósofo —idilio sin esperanzas y sin trascendencia, según el abate Bastiani—, que era «un espadón con una incorrecta leyenda latina en la cruz». Así

quería significar lo falso de la cultura del hijo del otro Federico, el Gran Elector, de quien, a su vez, se burló Luis XIV, comparándolo al pobre M. Jourdain en el *Bourgeois Gentilhomme*, de Molière.

Sin embargo, muy pocos monarcas han dejado a la historia una leyenda más veraz de tópicos de cultura y de tropos de imperialismo; ninguno, quizás, una bibliografía más numerosa.

Sir Tomás Campbell, en su *Frederic the great and his times* [2 vols. en 8.º, Londres, 1842], analizó lo que él llamaba «la naciente expresión del militarismo moderno», obra de Federico el Grande, el acierto más indudable para aquel historiador contemporáneo. Pero la monografía más deliciosa, la que persuade con más tino de la época, de la Prusia, de su surgir momentáneo —el lapso vendrá con Bonaparte—, de su rey atrabiliario e incongruo, es la escrita por Lord Macaulay. Estudio incompleto, desgraciadamente, que abarca desde los principios del marquesado de Brandeburgo hasta el fin de la guerra de los siete años. En la monografía de Lord Macaulay conocemos a un príncipe —aún vivía el Gran Elector, su padre— aficionado a la música, al latín y a las orgías, sin que lograra despuntar sino en las últimas, como aquel compañero de Falstaff, coronado rey. Su admiración por Voltaire le hizo coger la pluma e hilvanar, en prosa burda, de peso indudable, una diatriba contra la realaleza, la perfidia y la arbitrariedad —en las que después vendría a caer de bruces—; prosa que aquel socarrón Francisco María Arouet sacó a luz con el engallado título del *Anti-Maquiavelo*.

Hoy día un diplomático español, agregado a la Embajada de España en Berlín, D. Francisco Agramonte y Cortijo, acaba de publicar una obra más acerca del monarca prusiano: *Los últimos años de Federico el Grande*. Una obra más en el sentido cuantitativo; en el cualitativo, una obra nueva. Leyendo el libro del Sr. Agramonte nos afirmamos de nuevo en el verdadero dictado que merece el volteriano príncipe; mejor que en sus aventuras como caudillo se precisa y define en sus argucias como gobernante. Felón en todo momento —una figura simpática su principal víctima: María Teresa de Austria—, de arbitrario proceder e impropio en sus desistimientos, Federico II así se deja adivinar en los relatos franceses, españoles y prusianos, que la competencia del Sr. Agramonte reúne... con fin bien distinto.

Las relaciones de Prusia con Francia durante la segunda mitad del siglo XVIII fueron, si no cordiales, sí ceremoniosas. No se libró Federico II, como ningún otro monarca contemporáneo, de la admiración, confesada o no, que suscitaba la apoteosis gálica de los últimos Luises. El francés era la lengua de la cultura. Los aires de Francia llevaban una influencia decisiva, ya en cartas credenciales, ya en estrofas dramáticas, ya —el tono menos elevado— en alardes de modas o de escándalos.

Pero con España... La famosa táctica del ejército prusiano confesaba Federico II haberla aprendido en las *Reflexiones militares*, del célebre marqués de Santa Cruz de Marcenado. Y sus concesiones al país de Carlos III terminaron ahí. Un gran volteriano español, el conde de Aranda, danzó y contradanzó con el ministro francés en Berlín, marqués de Pons, para conseguir de Prusia una representación en Madrid. Federico II, para quien los Pirineos eran el hito último de Europa, de su puño y letra contestó a la propuesta: «Les espagnols n'ont encore nommé Personne attendons.»

El Sr. Agramonte ha conseguido, de una sucesión de documentos rigurosamente inéditos, un relato ameno, con todas las probabilidades de veracidad..., de

la veracidad por la que él propugna: agigantar la figura del monarca prusiano y subrayar cómo acabó concediendo a la España decadente del siglo XVIII cierto crédito internacional que ningún otro monarca le concedió.

La obra del Sr. Agramonte tiene la presentación espléndida que se merece.

S. DE R.



DOTOR Y MUNICIO, ANGEL.—*La Catedral de Burgos*. Burgos, Editorial Hijos de Santiago Rodríguez, 313 págs. + 61 ilustraciones.

El académico D. Angel Dotor y Municio ha publicado recientemente una guía histórico-descriptiva de la Catedral de Burgos. Movi6 a los editores Hijos de Santiago Rodríguez, para encargar este trabajo al culto escritor, el deseo de que se condensara en un libro de proporciones reducidas y de carácter esencialmente vulgarizador la historia de la hermosa catedral; su valor arquitect6nico y artistico; el vasto panorama que forzosamente ha de surgir al acometer empresa de esta indole tras las agudas torres catedralicias: Castilla, en sus períodos más sugestivos y turbadores, en sus grandezas, en sus miserias, en sus luchas, en sus vicisitudes, en su esplendor, en su fortaleza de pueblo que supo extenderse por el mundo. No es tarea fácil para salir de ella airoosamente. Tan amplia, tan copiosa y tan varia es la bibliografía de la Catedral de Burgos, en la que además han cooperado los más selectos espíritus nacionales y los más sutiles viajeros —sabios catadores de ajenas tierras—, que sólo una sólida cultura y un fino instinto seleccionador pueden garantizar la bondad de ese resumen, en que necesariamente deben estar condensados los rasgos esenciales de lo que tantos vieron y estudiaron.

Vasto asunto y copiosa materia caben mal en corto espacio. La condensación del pensamiento en una obra meramente descriptiva tampoco se logra sin mucho esfuerzo y método severo. Todos los familiarizados con trabajos de esta naturaleza tienen que reconocer el mérito del prestigioso académico Sr. Dotor y Municio. Este mérito radica especialmente en el plan adoptado desde el principio de eludir una revelación cronológica, obligadamente asida para evocar figuras y hechos históricos directamente relacionados con la Catedral, al mismo tiempo que se lleva al lector, prendido en una narración amena, desde la severa fabrica del siglo XIII hasta la magnificencia de la capilla del Condestable, de la escalera de Siloe, o al prodigio inverosímil de la linterna, raras muestras de un arte singular tan firmemente unido a un ciclo histórico con no menos personalidad.

Gautier decía de nuestra Catedral burgalesa: «Un volumen en 8.º de descripción, un atlas de dos mil láminas, veinte salas llenas de moldes de yeso, no bastarán a dar una idea completa de esta prodigiosa florecencia del arte gótico, más espeso y más complicado que un bosque virgen del Brasil.»

No es, pues, de extrañar que la guía de Dotor y Municio deje a veces en los labios incitación insatisfecha; pero esto mismo no es un defecto, sino un ali-
ciente para que los que saben saborear busquen más ricos manantiales.

La descripción es sobria, pero justa y precisa. Enredada unas veces en nobles evocaciones del pasado y presa otras en la fría consideración técnica, abarca el templo todo, hasta en sus menores detalles, y alcanza también a la riqueza que encierra en tallas, decorado, orfebrería, etc. Láminas bien impresas completan el libro, y una relación bibliográfica muy completa invita al lector culto a estudios más profundos.

No es empresa fácil, no; importa repetirlo.

RAFAEL ALVAREZ.



HERRERO-GARCÍA, M.—*Ideas de los españoles del siglo XVII*. Madrid, Editorial *Voluntad*, 1928, 669 págs.

Los aficionados al siglo xvii español, debemos congratularnos del renacimiento que va operándose en sus estudios preteridos en los últimos años. Libros como el que motiva estas líneas lo corroboran.

El Sr. Herrero se propone estudiar qué pensaban los españoles del siglo xvii respecto a las más diversas materias: reconstruir e interpretar su espíritu en todos sus matices hasta donde sea hacedero. Para ello utiliza gran copia de libros de la época, singularmente obras literarias en prosa y verso de toda índole, sin olvidar las máximas, cuentos, refranes y otras manifestaciones *folklóricas*. De suerte que pone a contribución las ideas de la gente culta y las de la masa popular. Ofrece desenvolver su obra en cuatro volúmenes, versando el segundo sobre tipos y clases sociales, el tercero sobre instituciones y sentimientos fundamentales de aquella sociedad, y el cuarto sobre el hombre y la naturaleza. El primero, único publicado aún, se refiere a la opinión que los hombres del siglo xvii tuvieron de ellos mismos, de su propio país y de los de ajenas tierras establecidos en él.

Examina primeramente el concepto sobre los españoles en general, la convicción de éstos de realizar fines providenciales, la opinión que de nosotros se tenía en Europa, nuestra decadencia material contrastando con nuestro espiritual florecimiento, y las cualidades que más hacían destacar como propias del alma española los hombres de aquella centuria: soberbia, ociosidad, hospitalidad, sobriedad, veracidad y cortesía.

Pasa luego a detenerse en cada región o grupo social distinto, señalando la visión, más o menos convencional, que de él era corriente. En los castellanos estudia la hegemonía o primogenitura asignada a Castilla como región forjadora de la unidad nacional entre las demás comarcas, llamadas entonces aún *naciones* por el relieve y la personalidad que conservaban. Apunta como rasgos reconocidos a Castilla la veracidad, la generosidad y la altivez. Hace destacar en el cuadro a ciertas ciudades como Toledo, Madrid, Avila, Valladolid, Segovia, Salamanca y Burgos.

Incluye a los portugueses entre las comarcas españolas, por haber tenido tal carácter en la primera mitad de aquella centuria, y de ellos hace notar la unidad social, su antagonismo político con Castilla, su arrogancia, valor, ingenio, cortesía y acentuado erotismo.

Nos muestra a los andaluces arrogantes, ingeniosos, locuaces y enamorados, destacando entre todos por su fama a cordobeses y sevillanos.

Agrupar en un solo capítulo a manchegos y extremeños, consignando en los últimos los celos y el valor, y en los de la Mancha su propensión al oficio de la carretería.

Nos habla después de los prejuicios, chistes y tópicos antigalleguistas, en que tanto abundaban la literatura y el común sentir, y presenta la deformada visión de Galicia, que reducía la hermosa comarca a lacayos, sirvientas y cargadores: gente sucia, mezquina, interesada y rapaz.

Sucesivamente vemos el *hidalguismo* montañés, el desaseo y la sobriedad laboriosa de los astures; la nobleza, sencillez y timidez vizcaínas; la testarudez, cordura y hospitalidad en la gente de Aragón; el *fuerrismo*, amor al trabajo e instintos vengativos de los catalanes; la mala opinión sobre los valencianos, acusados de sensuales, volubles y ligeros.

Mención aparte dedica al *indiano*, grupo especial desde el descubrimiento de América, y muy frecuente entonces por la intensidad de nuestra acción ultramarina, expresando su proverbial cicatería, propia de gente que con tantos riesgos y privaciones amasaba sus ducados.

Después de haber pasado revista a las diversas ramas de españoles castizos, examina separadamente la opinión en que teníamos a los extranjeros más conocidos por su establecimiento en España y por nuestras luchas con ellos. Tales eran los italianos, franceses, flamencos, holandeses, británicos, alemanes y turcos, incluyendo también en esa agrupación de extranjeros a los judíos y moriscos, que, aunque nacidos en España, estaban separados de los cristianos viejos por el muro, infranqueable entonces, de la diferencia religiosa.

Alabábase en los italianos el ingenio, pero se les reprochaba el afeminamiento y la codicia. *Clichés* literarios consagrados eran el banquero genovés expoliador, el veneciano doble y calculista, el festivo milanés, el florentino ahorrador, el napolitano sensual, el francés buhonero o mendicante (especie gala más frecuente entre nosotros), el inglés y el holandés herejes y piratas, el alemán luterano y bebedor, el flamenco propicio a la embriaguez y el musulmán falso y lascivo. El morisco era necesariamente traidor y criminal con puntas de hechicero. El judío era avariento, sórdido y perseguidor de niños cristianos para sus ritos sacrilegos. La conclusión final del autor es que los españoles del siglo xvii ni se entendían entre sí ni se entendían con los demás.

Todo este amplio programa de cuestiones está documentado con gran copia de citas de textos de la época. En rigor estas citas son el libro entero. La tarea del Sr. Herrero consistió en apilar un enorme montón de recortes, clasificarlos y encasillarlos. Al comenzar el estudio de cada grupo social, dice los rasgos que se le atribuyen y procura demostrarlos con esas aportaciones de erudición.

El autor afirma que su obra es *un libro de hechos* y que su labor se reduce a *acumular casos*. Y en efecto, apenas si usa de su pluma sino como hilo para enristrar citas eruditas.

Claro es que labor de tal índole no pone a contribución propiamente ni aptitudes de composición histórica, ni espíritu científico, ni dotes literarias, ni perso-

nalidad propia; pero sí exige gran lectura, una formidable paciencia, mucho tiempo y cierta pericia clasificadora. El libro del Sr. Herrero, más que obra de historiador, es un *stock* muy considerable de material histórico. Pero como fué eso lo que se propuso hacer, no hemos de censurarle, sino, al revés; debemos congratularnos desu ímproba labor. Esa es la que él gusta de hacer siempre. De tal corte es *El Madrid de Calderón*, publicado en estas mismas columnas. Y es justo reconocer que, dentro del plano intelectualmente modesto en que dichas actividades han de ser emplazadas, su utilidad es grande y positiva. Sin acarreo de material histórico no hay historia posible; y la división del trabajo exige cada vez más la diferenciación de funciones. Sin apilar, preparar, recortar y clasificar ladrillos, no sería posible la construcción de una casa.

El autor afirma que su obra puede servir para juicios y construcciones futuros, a que él renuncia, y es verdad. Bien venidos sean, pues, al campo de la historiografía, trabajos como los del Sr. Herrero.

Por otra parte, los retazos en verso y prosa que reúne en formidable número, como producto del ingenio y la inspiración de los más brillantes escritores de siglo de oro en su mayoría, suelen ser de interés, y el libro, no obstante su densidad, como antología clásica que viene a ser, se lee con gusto.

Cuanto trabajamos en puntos de la décimaséptima centuria, utilizamos por esa causa y por el sello de autenticidad que implican, textos literarios análogos, aunque no tan exclusivamente como el Sr. Herrero. Pero éste hará muy bien en completar la serie que proyecta dentro de su plan. Todos aprenderemos mucho con tal exhumación.

Es sensible que el distinguido publicista no cuente con la labor de los que le precedieron en sus rebuscas, procediendo como si él fuera el Colón de un mundo nuevo. Alguna novedad relativa en hacer fundamental el pensamiento de aquellos españoles, ofrecerá su posición espiritual; pero ello no le eximía de señalar los precedentes, bien para utilizar sus aportaciones, bien para ayudar al lector en sus estudios complementarios.

El Sr. Herrero, a pesar del aire de suficiencia con que desde la introducción de su libro nos advierte los resultados que espera de él, reconoce que no ha de agotar el tema. ¡Claro! Por eso mismo al lector no especialista le convenía ser advertido de dónde se hizo antes algo de lo mucho que el Sr. Herrero deja por hacer, sin que ello merezca reproche.

Así, en el capítulo referente a la soberbia española, aludiendo a la manía del título de *don*, que advenedizos, villanos y hasta pícaros se adjudicaban sin derecho alguno, sólo hay un corto número de referencias. Algunas más que él dió, hace bastantes años, sobre ese punto Julio Monreal —doctísimo, ameno, evocador e injustamente olvidado hoy— en el capítulo «Mercedes y señorías» de su inestimable libro *Cuadros viejos*, espigando en Calderón, Vélez de Guevara, Solórzano, Lope, Quevedo, etc.

Parquedad y deficiencia iguales se hallan en otros capítulos.

Entre los elogios que Madrid inspiraba en el siglo xvii, no tiene en cuenta el autor los de sus cronistas Quintana, Núñez de Castro y González Dávila (en parte, sólo en parte, reproducidos por Mesonero Romanos, Fernández de los Ríos y varios madrileñistas modernos), y sí otros testimonios madrileños no menos recusables.

Para estudiar el concepto de los andaluces, y especialmente los sevillanos, omite las citas clásicas que Pérez y González, Rodríguez Marín, Hazañas y algu-

nos más han exhumado al comentar *El Diablo Cojuelo* y referirse a otros tipos de la gente alegre y maleante de aquella Andalucía. ¿Es que el Sr. Herrero no admite citas ya efectuadas por autores modernos? Pues no siempre logra evitarlas. Además, es el caso que en ninguna de sus aportaciones sobre la opinión en que se tenía a las gentes de las variadas comarcas peninsulares se menciona siquiera el completísimo libro de Alvarez Colmenar, *Les délices de l'Espagne et le Portugal*, escrito en uno de los años primeros del siglo XVIII con referencia a la vida del autor en el XVII, y que tantas y tan copiosas referencias da sobre españoles de todas las provincias y portugueses. No tacho la omisión de los viajeros extranjeros, como Bertaut, Brunel y Mme. d'Aulnoy, porque el Sr. Herrero sólo busca testimonios españoles; pero los apellidos de Colmenar proclaman lo españolísimo de su origen, aunque su libro se publicara en francés.

Resulta, pues, que al libro del Sr. Herrero, aun siendo eruditísimo, le falta mucho —como a todos sus afines hechos y por hacer— para ser completo, y que no precisa rebuscar muy lejos ni muy hondo para señalarle lagunas. El autor hubiera hecho bien poniéndose modestamente en serie con tantos otros, cuya existencia efecta ignorar o desdeñar, y que laboraron antes en muchas zonas de las exploradas ahora por él.

Pero no sólo hay lagunas, sino afirmaciones precipitadas, ligerezas y errores de regular tamaño. Vaya un solo botón de muestra. En las páginas 323 y siguientes se publican, con honores de epílogo y pretensión de descubrimiento valioso, las décimas *Juicio imparcial de la nación en general y particular por provincias que la componen*. Cita el autor minuciosamente los manuscritos de la Biblioteca Nacional donde ha hecho el peregrino hallazgo. Declara de modo terminante que es una *poesía inédita*, y añade: *ignoramos el autor de este engendro satírico*. Sólo sabe que es del siglo XVIII.

Pues bien: el tal descubrimiento no es sino una composición conocidísima del poeta extremeño Salas (cuyas poesías, coleccionadas, vieron la luz en Madrid en 1797), y de la cual se han reproducido fragmentos hasta en obras tan divulgadas como la *Guía de Madrid*, de Fernández de los Ríos, pág. 46. Pero vamos a suponer que el Sr. Herrero, tan versado en letras del siglo XVII, no lo esté en las del XVIII. Con saber que la poesía en cuestión es de este último, aun ignorando el autor, hubiera dado con ella facilísimamente, porque la supuesta *poesía inédita* hállase íntegramente reproducida, ¡pásmese el lector!, en la colección *Rivadeneira*, tomo LXVII, págs. 531 a 533; es decir, en la obra más manoseada, no ya por un catedrático de Literatura, como el Sr. Herrero, sino por todo el mundo. Aun sin saber que eran versos de Salas, hojeando allí, en la colección de líricos del siglo XVIII, formada por D. Leopoldo Augusto de Cueto, hubiera hallado, sólo con manejar los índices, la obra y su filiación. Resulta, pues, que el Sr. Herrero acaba de descubrir el *Mediterráneo*.

¿Significan los defectos expuestos que el libro objeto de estas líneas no merezca consideración? No; la merece y grande. Significan sólo que el Sr. Herrero, pese a su gesto de displicente superioridad, está sometido a las limitaciones, yerros y descuidos de todo el mundo, casi imposibles de evitar, por cuidado que se ponga, y más si se hace una obra de conjunto, que requiere el manejo de muy heterogéneos materiales.

Más amigo yo de la crítica afirmativa que de la negativa (como demuestra mi actuación en todas las Revistas donde colaboré), inclinado más a estimular trabajos que a buscar con lupa sus puntos flojos u oscuros (al revés que el señor

Herrero), no he dado a éste igual trato que él a mí (1); pues he procurado apreciar el carácter, el propósito y el valor global de su obra antes que sus deslices o limitaciones. Pero no podía extremar la benevolencia con quien conmigo es tan poco benévolo.

Opina mi docto contradictor que me convenía guardar silencio, y que si a un historiador se le advierten errores debe dar las gracias. Creo que al Sr. Herrero, con esa doctrina, no le convenía hablar demasiado. Y, por mi parte, agradecido a su lección (de escuela primaria) de que el Miércoles Santo no se llama *de ceniza* (distracción en que incurri, como seguramente en otras), espero que él me agradecerá también esa observación, de alguna mayor enjundia, para que no se moleste en buscar más al *poeta anónimo e inédito* que, con nombre y apellidos y publicado varias veces, tenía tan al alcance de su vista.

Conviene que el Sr. Herrero, redactor de un diario tan acendradamente católico cual *El Debate*, no olvide la sabia máxima del Evangelio, que aconseja no arrojar la primera piedra al que no esté limpio de pecado.

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA.



Reivindicación histórica del siglo XVI.—Curso de conferencias dadas en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación. Madrid, imprenta de C. Hernández y Galo Sáez, 1928, 473 págs. + 1 hoja, 8.º, mlla.

Realmente asombra el número de los libros escritos para el ditirambo o la diatriba del siglo xvi español. Pero el asombro llega a su ápice cuando la consideración pasa a la cifra de los que intentan vindicarla. Y nosotros nos preguntamos: realmente, ¿valen la pena estos últimos? Si la medida de la grandeza se toma por el envés de la envidia, todos cuantos detractaron la más grande época española no han hecho sino contribuir a que adquiriera maravillosas proporciones. No obstante, cuando la vindicación llega en hora oportuna y certeramente esgrimida, la tolerancia debe estar con ella. Pero ¿y cuando no reúne tales requisitos?

En la hora presente, un puñado de españoles representativos —los señores Goicoechea, Sáinz y Rodríguez, Pereira, Morales, Zarco...— han creído necesario el rompimiento de trece nuevas lanzas en contra de lo que Juderías calificó de leyenda negra. Y para romperlas ningún lugar mejor que la tribuna de una Academia, ni más templado acero que el de una oratoria fluida. Los temas de las conferencias, éstos: Sr. Goicoechea, «El deber y la justicia ante el rey Felipe II»; señor Sáinz y Rodríguez, «Los místicos españoles del siglo xvi»; Sr. Pereira, «El prejuicio y la fábula en la historia de América»; Sr. Morales, «Arias Montano y

(1) Aludo a las críticas del Sr. Herrero en *El Debate* y señaladamente a las que me conciernen.

el problema político de Flandes»; P. Zarco, «Ideales y normas de Gobierno de Felipe II»; Sr. Cadalso, «Instituciones jurídicas y penitenciarias en el siglo xvi»; Sr. Carrillo, «La enseñanza en el siglo xvi»; Sr. González de Palencia, «Drake y los orígenes del poderío naval inglés»; Sr. Pérez Mínguez, «El barón de Montigny»; P. Barreiro, «La Ciencia española en el siglo xvi»; Sr. Alcázar, «Felipe II y el Correo»; Sr. Rodríguez Marín, «Felipe II y la Alquimia»; Sr. Maura, «La Política internacional de Felipe II».

Las trece conferencias fueron seguidas con interés y aplaudidas en sus días. Ahora, reunidas, forman un grueso y pesado volumen de cuatrocientas cincuenta páginas. Bien. Y después de leerlas o de declamarlas, y de publicarlas, ¿creerán de buena fe sus autores haber conseguido la necesaria reivindicación? ¿Qué demuestran y prueban? Ah, sí. El Sr. Goicoechea, cómo la oratoria puede disfrazar de ideas lo que la lectura encontrará vulgares y manidos lugares comunes. El Sr. Sáinz y Rodríguez —por algún crítico sesudo calificado de próximo sucesor de Menéndez Pelayo—, cómo la mística y la ascética española para él no guardan secretos, y así las orea, las da y las repite generosamente. El Sr. Pereira, cómo —obligado aún más por su origen— entra y sale desenfadadamente por la historia de América, anterior y posterior a Colón. Y así sucesivamente, los demás señores conferenciantes van demostrando y probando su competencia en ciertas facetas de la erudición, muy particulares. Pero luego de leídas, con los necesarios lapsos, las cuatrocientas cincuenta páginas, confesamos, humildes, que persisten tercas en nosotros las dudas acerca de la política del rey prudente; de que los místicos españoles influyeran en y más allá del espíritu español; de que la figura de Montigny tuviera el siniestro nimbo que indica el Sr. Pérez Mínguez; de que el ideario político a seguir en Flandes hubiérase seguido en la mente del pensador frexnense...

El título bajo el cual se congregan las trece conferencias, o lanzas rotas, no peca, sin embargo, de sencillo.

S. DE R.



ALONSO CORTÉS, NARCISO.—*La muerte del conde de Villamediana*. Valladolid, Imprenta del Colegio Santiago, 1928, 95 págs. 8.º

El señor Alonso Cortés, catedrático de Valladolid y veterano y fecundo publicista, es harto y ventajosamente conocido de nuestros lectores como ilustre cultivador de la Historia, la Literatura y especialmente la Historia literaria, para que haya menester ser presentado en estas columnas.

Su trabajo último —último que yo sepa— sobre *La muerte del conde de Villamediana*, arroja nueva luz respecto a la vida de un poeta distinguido, y a la vez sobre una de las páginas más oscuras del reinado de Felipe IV, y de las que más ocuparon entonces la fantasía del pueblo, reflejándose en leyendas y romances, poesías líricas y obras dramáticas. Desde las décimas atribuidas a Góngora hasta el drama reciente de Joaquín Dicenta (hijo), pasando por el poema del

duque de Rivas, hay todo un mundillo poético acumulado a partir del siglo xvii en torno de Villamediana y su trágico destino, casi tan popular en los fastos literarios como la muerte de Don Rodrigo, —el último rey goda—, la de Roldán o la de los infantes de Lara.

Parecía que en el terreno de la investigación histórica, después de Cutanda, Hartzenbusch y especialmente Cotarelo, que en libro eruditísimo espigó profusamente en la vida del famoso conde poeta, nada quedaba por decir de éste. Y he aquí que el Sr. Alonso Cortés nos sorprende con una monografía especial, que abre nuevos e insospechados rumbos al truculento episodio de la muerte de aquel personaje, quien, al caer asesinado en la calle Mayor de Madrid, ante su palacio, el viejo caserón de Oñate (que conocimos aún los madrileños de *edad media*), en el atardecer del 21 de agosto de 1622, produjo una impresión de las más fuertes y persistentes que se recuerdan en tertulias y *mentideros*.

«*Mentidero de Madrid,*
decidme quién mató al conde...»

clamaba la famosa décima. Y el *Mentidero*, esto es, la murmuración popular, convenía con los versos anónimos en que

«*el matador fué Bellido*
y el impulso soberano».

Es decir, en que el brazo homicida fué el de un asesino vulgar, pero el inductor era no menos que el rey Felipe, por celos del conde, a quien se atribuía haber osado poner su pensamiento amoroso en la joven reina Isabel de Borbón, y aun llevado su audacia a jactarse de él ostentando en una fiesta caballeresca de corte la escandalosa divisa: *Estos son mis amores*, al pie de unos *reales* de plata.

Pero disintían varios comentadores —coetáneos y modernos— en la versión de aquella muerte, atribuyéndola unos a venganza de algún poderoso de aquellos a quienes clavó en cruz la pluma venenosa y desenfadada del procaz y noble poeta, y creyéndola otros producto de una aventura o aspiración galante, no con la reina, sino con la dama de ella doña Francisca de Tavora, cuyos favores disfrutaba o apetecía el propio Felipe IV.

En torno de una de estas tres versiones se han gastado muchos litros de tinta durante tres siglos, y se ha exprimido no poco el magín de críticos, poetas e historiadores, aunque la primera hipótesis, la del amor frustrado de Villamediana a la reina, tuvo siempre más partidarios, inspiró las mejores obras de imaginación, y mantenida últimamente por la monografía de Cotarelo, parecía ya consolidada.

Pero las investigaciones pacientísimas del Sr. Alonso Cortés en el Archivo de Simancas, le han permitido exhumar documentos inéditos y de carácter sensacional, con los que pretende rehacer el triste fin del conde, apuntando una posibilidad nueva, y ciertamente de la más impensada gravedad.

Deduce de ellos, que entre los muchos vicios que padecía hombre tan desordenado de costumbres como Villamediana, hallábase aquel que castigó la cólera de Jehová con la destrucción de la bíblica Sodoma, el que en el siglo xvii, pese al tartufismo reinante y a la terrible pena de hoguera con que las leyes le castigaban, hacía estragos en todas las clases de la sociedad, como demuestran bien co-

piosamente, no sólo los procesos judiciales, sino los *Avisos* de la época, que con nombres y pormenores (a veces harto subidos de color) aluden frecuentemente a los perseguidos por lo que entonces se llamaba *crimine pessimo* o *pecado nefando*.

El autor —escritor comedido y pulcro— expresa en su prefacio las perplejidades que padeció antes de componer esta obra, y alega, con razón, en su abono, la costumbre de otros países menos timoratos que el nuestro, donde no se reconoce al hombre público derecho a tener *vida privada* en su verdadera acepción, y a título de información histórica se exhiben sus intimidades y aun sus mayores flaquezas, no tres siglos después de su muerte, sino pocos años después de existir (Wilde, Verlaine, etc., etc.). Y aun pocos días —pudiera agregar, recordando el caso de Anatole France.

Es indudable —el marqués de Villa Urrutia, nuestro gran *intimista*, lo ha proclamado muchas veces, sancionándolo con su ejemplo— que para el historiador no puede haber puertas cerradas. Nuevo *Diablo Cojuelo*, debe alzar todos los tejados para sorprender a las gentes como *de veras* son en su *fuero interno*; no como aparecen en la posición hierática y amañada de la historia oficial.

No ha menester disculpas el Sr. Alonso Cortés para escudriñar los entresijos biográficos del inquieto y empecatado conde. Muy bien ha hecho en lanzar a la publicidad papeles desconocidos, que pueden descubrir nuevas perspectivas.

El problema está en que el presunto vicio *contra naturam* de Villamediana, fuera, como presume el Sr. Alonso, el verdadero motivo de su airada muerte.

Los documentos, ignorados y curiosísimos, que exhuma con tal fin, son cartas y providencias curialescas referentes a varios encartados por la expresada culpa, quemados algunos y otros perseguidos, como un Silvestre Adorno. «...Y que los indicios que contra él hay nacen de lo que está probado contra el conde de Villamediana, y su Majestad le mandó que por ser ya el conde muerto y no infamarle, guardase secreto de lo que hubiese contra él en el proceso.»

Esté Adorno era correo de a caballo, subordinado de Villamediana, como correo mayor del reino; y la causa la instruyó el Consejo de Castilla, siendo el consejero Fernando Ramírez Fariña quien recibió de Felipe IV la orden de que guardara absoluta reserva sobre la complicación en que aparecía incurso Villamediana. Fué un rasgo de generosidad que honra al penúltimo rey austriaco. Si tuvo rencores contra el osado magnate y los satisfizo con rigor (cosa no probada plenamente), no los llevó más allá de la tumba, respetando el nombre de quien para ninguno había tenido respeto.

Conocíamos a Villamediana como jugador, libelista, manirroto, hombre lleno de trampas, suelto de lengua y de manos, aventurero, bravucón, mujeriego y afortunado en lides amorosas. Parece que disuena en su tipo el hallazgo de tan sucia tacha. Claro que la *duplicidad sexual*, aun *exaltada y extremosa*, se ha dado y se da, manchando a más de un personaje insigne. Recuérdese que a Julio César le llamaban sus contemporáneos *el marido de todas las mujeres y la mujer de todos los maridos*.

Reproduce el autor varias sátiras antiguas contra Villamediana, donde se alude al *nefando* vicio, y que habían pasado sin que se las tomara en serio, entre la balumba de calumniosos dardos que se disparaban entre sí a cada instante los ingenios de la época.

Admitamos, con el Sr. Alonso Cortés, la flaqueza del conde; pero no le podemos acompañar en sus juegos de ingenio para retorcer estrofas de claro senti-

do, buscándolas una interpretación bastante arbitraria, que difícilmente convencerá al lector, para relacionar el delito sexual con la muerte alevosa.

Ningún indicio serio nos aporta el Sr. Alonso Cortés en testimonio de que ésta tuviese por causa tal aberración.

Queda, pues, en la misma penumbra que antes el misterioso asesinato; y de las hipótesis lanzadas para explicarle, sigue pareciéndome la menos inverosímil la de que Villamediana *picase alto* (como epigramáticamente se dijo), poniendo su amoroso deseo en las gradas del trono. Fué eso entonces la *vox populi*, engendradora de leyendas poéticas; y la leyenda, pese a todas las revisiones, ha contenido muchas veces más verdad que la Historia (1).

J. DELEITO Y PIÑUELA.



TARACENA, B. Y TUDELA, J.—*Soria: guía artística*. Soria, 1928. Imprenta E. las Heras, 224 págs. + 75 ilustraciones + 1 plano.

Blas Taracena y José Tudela han sumado su esfuerzo para ofrecer a su tierra el homenaje de este libro, en que las bellezas sorianas resplandecen una a una, desde la más grande a la más humilde, desde la que atrae desde lejos la mirada

(1) En el número de julio último de esta REVISTA apareció un artículo mío, referente a las fiestas cortesanas durante los primeros años del reinado de Felipe IV. En él, y de pasada (por no ser mi objeto estudiar personajes, sino cuadros de vida madrileña), aludí al conde de Villamediana y a su muerte. Al redactar mi artículo (enviado a esta REVISTA bastantes meses antes de su inserción) no se había publicado aún el folleto del Sr. Alonso Cortés. Apareció poco después, y tuve la suerte de enterarme en seguida y ver la obra antes de corregir las pruebas de mi artículo. Entonces añadí a éste unas líneas en una nota, lo único que en tales circunstancias me era dable; pero en ellas expresaba, aunque del modo esquemático obligado, lo que del folleto del Sr. Alonso opino, después de leerle y releerle, y lo mismo sustancialmente que con mayor amplitud digo en esta reseña. Además, aun habiendo podido explayarme más en aquel artículo, no tenía por qué hacerlo, no siendo en él Villamediana sino un elemento episódico, y pareciéndome la hipótesis del Sr. Alonso sobre la muerte del conde la más inverosímil de las expresadas hasta ahora. Y cuando yo creía haber dado sobre el particular una información quizás demasiado completa y enteramente *al día* (aunque no hubiera sido pecado no recoger lo escrito después de componer mi artículo), resulta que el Sr. Herrero García, colaborador asiduo de esta REVISTA, lleva dos artículos de *El Debate* combatiéndome por no haber explayado en aquel artículo de julio la tesis del Sr. Alonso Cortés. De la oportunidad de tal combate nada digo. En cuanto a que el Sr. Herrero prefiera tal versión, allá él. Es propio de escritores de nueva hornada acoger con entusiasmo toda novedad, por inconsistente que sea, y despreciar lo conocido y aceptado generalmente. Pero el Sr. Herrero no debe extrañar mis *refritos* en este punto —indispensables por la índole del trabajo—, y carece de autoridad para calificar de *folletín*, como hace, sin prueba alguna, la versión de que fueron los celos del rey la causa de la muerte de Villamediana; hipótesis la más generalizada en la época, y hoy; la que contó entonces con más valedores, la que refirieron con toda claridad los viajeros franceses (alguno tan verídico y bien informado como Brunel) que desde fuera de España podían hacerlo, y la que recoge el académico de la Española D. Emilio Cotarelo, en el más extenso, erudito y documentado estudio que sobre Villamediana se ha publicado.

sagaz del viajero que gusta de cosas únicas, hasta la que sólo asoma al camino que ha de seguir el turista, y que pasaría inadvertida sin el oportuno aviso de la *Guía* que acaba de publicarse.

Ruinas de Numancia, campamentos de los invasores, rastros del dominio romano que se ensanchó, satisfecho, tras la lucha titánica; huellas de la invasión bárbara de la Reconquista, con su flujo y reflujo guerrero, que entrega las llaves de la comarca a cristianos y sarracenos; forcejeo enconado en la línea del Duero—Osma, Coca, Clunia y San Esteban—; sombra del conde Fernán González, batalla de Gormaz...; y, más tarde, frontera de Castilla y Aragón, que se miran torvamente, la paz de Almazán; los matrimonios reales; las Cortes de 1380; la alianza con Portugal; el sacrificio de la Guardia Soriana, que perece en torno a Juan I, en Aljubarrota; la privanza de Luna, y la romántica aventura del príncipe Fernando que, disfrazado de mozo de mulas, pasa de Calatayud a Burgo de Osma para reunirse en Valladolid con doña Isabel, mientras la nobleza castellana trata de impedirselo...

Con ser tanto lo que la historia ha dejado en la alta planicie soriana, tan abundantes y excepcionales los recuerdos que guarda desde el paleolítico inferior, representado por la estación de cazadores de Torralba, hasta la lucha con los franceses; con ser tan singulares sus templos y tan notables sus palacios, tan nobles sus viviendas solariegas, tan interesantes sus castillos, tan evocadores sus pueblos, tan sugestivos sus campos, tan típicos sus labriegos, sus trajinantes, sus pastores, aún guarda Soria, en lo más recóndito de su ser, algo mejor: la esencia de un poema «que allá, cuando llegue la liquidación final, no podrá ser pagado con todo el oro del mundo»: el del mozárabe de Medinaceli.

Soria es castilla pura. Las construcciones religiosas de los siglos XII y XIII jalonan la provincia; el románico, conservado en un centenar de edificios, habla del resurgir vigoroso de la nacionalidad encendida de fe; la arquitectura religiosa pasa de San Esteban de Gormaz y los mártires de Garray al ojal de la catedral de Osma; la civil de esos siglos traza robustas fortalezas de gran área y complicadas defensas en la línea del Duero. En el siglo XVI se construyen palacios como el de D. Juan Manrique de Lara; la corriente italiana de la segunda etapa renacentista alza el de Gomara, con sus cuerpos de arcadas superpuestas.

Si la arquitectura conserva soberbias representaciones difíciles de hallar en otra comarca, el campo multiforme, cercado de montes como Urbión y Moncayo, sombrío en las zonas de pinares que constituye la mancha forestal más importante de España; risueño en los agostaderos, cuyos finos pastos consumen los rebaños de merinas trashumantes, simultaneando los serrijones y altozanos con las vegas y llanadas de tierras de labor; rudo en los altos y áridos páramos de Barahona, Sierra Ministra y Sierra Pela, conserva aún la casa rural que revela su descendencia de la cabaña; tócase de mudejarismo en tierras de Berlanga y Almazán, y cobija la más peculiar y sugestiva población de nuestra península.

Sobrio, ágil, resistente, cauto y audaz a un tiempo, el campesino aún viste de pardo: el color de sus viviendas y de sus labrantíos. Ya han desaparecido la capa y el mantillo blanco de Villaciervos, las monteras de paño y los *cruzados* que tanto sorprendieron a Bartolomé Joly; pero aún perdura la ancestral dalmática acogullada, capote con capucha y cortas esclavinas en vez de mangas, supervivencia del *sagum* ibérico, y los pastores de ganado trashumante visten el primitivo traje de estezado de cabra, y, para el mal tiempo, montera y zamarra, zahonés y zalea de pellico.

Visitar Soria es vivir nobles tiempos casi borrados del resto de España; pero visitar Soria—se dice—es difícil, molesto, complicado. Y Soria permanece alejada de las rutas de turismo. Y el viajero pasa sin detenerse hacia otras ciudades que, con menos fundamento, reclaman su atención, cautivan su curiosidad.

Esto es injusto. La *Guía de Soria* que acaban de publicar Taracena y Tudela muestra palmariamente cómo todos los obstáculos que se oponían al paso del viajero han desaparecido. Donde el carril de hierro no llega, llega el automóvil, cómodo, rápido, frecuente; donde el mesón brindaba su cobijo, incómodo para gentes que han trajinado poco, el hotel y la hospedería modernos ofrecen el asilo confortante y limpio.

Los caminos de Soria se abren claros y alegres para el que quiera contemplar la ruta del Cid o de los infantes de Lara, y la *Guía* que comentamos es un buen compañero de viaje.

RAFAEL ALVAREZ.



PÉREZ DE BARRADAS, JOSÉ.—*La infancia de la Humanidad*. Manual de divulgación de Prehistoria. Madrid, Editorial Voluntad, 1928, 175 páginas con ilustraciones, 8.º mlla.

Con un título más literario que científico, un subtítulo modesto, como corresponde a su carácter y a su actual aprendizaje en la materia, D. José Pérez de Barradas, colaborador de esta REVISTA, ha publicado en un volumen varios artículos que vieron su primera salida, si la memoria no nos es infiel, en el diario *El Debate*.

De todos los campos del conocimiento humano por donde la investigación puede lanzarse, es el de la Prehistoria el más desabrido, el menos agradecido y quizá aquel en el que el interés falta las más de las veces. Siendo relativamente modernos sus estudios, parece ya como si desde hace siglos no quedara nada digno de descubrir en la materia. Cuatro o cinco autores —Dechelette, para Francia; Peet, para Italia y Sicilia; Schumacher, para el centro de Europa; Bosch Gimpera, para España, y Montelius generalizando— en quince o veinte obras, han agotado el filón de las realidades, de las posibilidades y de las presunciones en cuanto a Prehistoria se refiere. Los demás autores, en las restantes obras, nada hacen sino recalcar motivos sobre un mismo tema, sumar métodos, multiplicar los signos de interrogación.

Lo más laudable de la obra del Sr. Pérez de Barradas, estudioso discípulo del catedrático Obermaier, es la falta de pretensiones. Manual de divulgación la subtitula. Y en ella, efectivamente, de la manera más llana que le es dable, nos comunica unas cuantas nociones de la disciplina.

Contrariamente a lo que piensa el Sr. Pérez de Barradas, cuya obra «va dedicada, no a los especialistas, sino al público en general», creemos que éste no la leerá, pero que acaso sirva para sacar del anónimo, entre los eruditos, a su autor, en quien es de alabar la confesión de las fuentes donde ha bebido a chorro abierto: H. Obermaier, para el Paleolítico; Schuchhardt, para el Neolítico; Montelius, para la Edad del Bronce, y S. Dechelette, para la del Hierro...

Así lo hace constar en el prólogo. Pero luego de leída *La infancia de la Humanidad*, creemos que deben sumarse a los anteriores investigadores otros como Hoernes, Behn, Cötze y Luis Pericot [Vid: *Prehistoria de la Península Ibérica*, colección Minerva, vol. 41].

La aportación más original de la obra del Sr. Pérez de Barradas está contenida en uno de los apéndices: La Prehistoria madrileña, tratada repetidamente—las variantes son escasas—en numerosos folletos, cartillas y separatas. *La infancia de la Humanidad* tiene este índice: Prólogo.—I. Edad de la piedra tallada. II. Edad de la piedra pulimentada.—III. La Edad del Bronce.—IV. La Edad del Hierro. Apéndices: I. La Prehistoria madrileña.—II. Nuevas ideas sobre la sucesión de las culturas de la Península Ibérica en el Eneolítico y en la Edad del Bronce. Apéndice este último con influencias decisivas de los citados Gimpera [Vid: *Ensayo de una reconstrucción de la Etnología prehistórica de la Península Ibérica*, Santander, 1922], y Luis Pericot [Vid: ídem]. Al texto acompañan numerosas láminas, escogidas preferentemente del material español. No se presta la materia tratada por el Sr. Pérez de Barradas a primores de estilo ni a consecutivas amenidades; no obstante, en *La infancia de la Humanidad* se han aunado el estilo vulgar que la divulgación requiere y cierto sabor menos erudito que narrativo.

La Casa Editorial Voluntad, circunscrita a la publicación de obras ortodoxas, ha vestido el libro del Sr. Pérez de Barradas con un desaliño y una pobreza poco gratos.

S. DE R.



DANVILA, ALFONSO.—*El archiduque en Madrid*. Dos tomos. (De la serie *Las luchas fratricidas de España*.)

En el ciclo de novelas históricas o nuevos *episodios nacionales*, con que don Alfonso Danvila viene dando divulgación y forma literaria a la guerra de Sucesión española de comienzos del siglo XVIII entre Austrias y Borbones, corresponde al libro que motiva esta reseña el séptimo lugar. Siete obras, unidas por el nexo de una trama novelesca común, lleva dedicadas ya al período que se abre con *El testamento de Carlos II* y termina con la paz de Utrecht.

En esta última se presenta el término de las operaciones militares, poniendo fin a sus páginas con la batalla de Villaviciosa o Brihuega, que acabó casi por completo las hostilidades, asegurando la corona de España en las sienes de Felipe V. Pero restan aún tres volúmenes por publicar, en los que a los combates sucederán los fatigosos manejos diplomáticos de las grandes potencias, que iban a dar a Europa un nuevo orden político, inalterable en lo esencial hasta los días de Napoleón.

Es inevitable el recuerdo de los *Episodios*, de Galdós, y aun de los de Baroja (su serie *Memorias de un hombre de acción*), por ser las tres colecciones novelas históricas o historias noveladas, de etapas culminantes en nuestro vivir nacional, aunque muy distintas en espíritu y factura, y desiguales también en valor artístico.

No es preciso que Danvila alcance, ni seguramente lo pretende, las cumbres galdosianas, para que el panorama histórico y novelesco ofrecido en esta colección sea interesante y sugestivo.

Falta el ambiente de epopeya que da marco a la primera serie de Galdós, dedicada al alzamiento de España contra Bonaparte. Pero si la guerra de Sucesión es menos épica que la guerra de la Independencia, ofrece también rasgos típicos y facetas mal conocidas, que Danvila ha observado sagazmente. Una de ellas es el caudillaje —popular respecto a los guerrilleros de la guerra de la Independencia, y apenas conocido en cuanto a la guerra de Sucesión—, del cual Danvila ha hecho un primoroso estudio, que apunta en varios tomos de su serie, y culmina en el titulado *Almansa*. Otro de sus aciertos, espaciado en varios volúmenes de la serie, es el diverso reflejo de aquella guerra inicial de nuestro siglo XVIII y del estado de nuestro país, en los distintos grupos que batallan en éste, ya en los extranjeros militantes en las filas borbónicas o austriacas, ya en los nacionales afectos a uno u otro bando, y empeñados por ellos en fratricida lucha. Destaca sobre todo en ese punto el sempiterno antagonismo entre Cataluña, tierra de promisión para el archiduque Carlos de Austria, y Castilla, mantenedora entusiasta del francés Felipe de Borbón.

El archiduque en Madrid es el relato novelesco de aquel episodio, adverso para las armas borbónicas, en que, derrotadas éstas en Zaragoza el mes de septiembre de 1710, Felipe V, su familia y su corte tuvieron que abandonar a Madrid, trasladándose a Valladolid, y el envalentonado pretendiente austriaco, el llamado por los suyos Carlos III, se atrevió a salir de su seguro barcelonés y a instalarse en la capital de España, buscando un golpe de efecto, que sus partidarios creyeron definitivo, y que fué el definitivo fracaso de sus aspiraciones. Era la segunda vez que las tropas angloaustriacas entraban en Madrid, y nuevamente chocaban contra la inquebrantable adhesión de los madrileños a Felipe V, ganados, más aún que por la convicción de la legitimidad de su causa, por un impulso sentimental de amor a la reina, aquella María Luisa de Saboya, casi adolescente, que con su bondad, su energía, sus aptitudes de gobernante y su don de gentes excepcional, rendía todos los corazones. La *saboyana* y su hijo, el tierno principito Luis, a quien maternalmente adoraban nuestras hembras castizas, eran los ídolos del pueblo madrileño, que quizás da entonces la primera muestra de ser una entidad colectiva con alma propia, y no una simple borreguil mesnada al servicio indiscutido de un soberano. Monárquico, sí, con fruición, con devoción acendrada; pero distinguiendo en su monarquismo, tomando posición audaz y resuelta, con libertad absoluta, en favor de un rey contra otro; no del vencedor ocasional, sino del que había conquistado sus amores y entusiasmos, al que sabía defender hasta el sacrificio en la hora de la adversidad.

Así fué el Madrid del 2 de mayo, alzándose contra Bonaparte en nombre de Fernando VII, con la bravura y la decisión que todo el mundo sabe. Pero así fué también el Madrid de un siglo atrás, aunque no tuviese aún que hacer épico su gesto gallardo; y esto apenas si se conoce, constituyendo, a mi entender, su examen y animada descripción el mayor acierto del volumen.

Hasta allí, los conflictos políticos y militares los habían resuelto entre nosotros la bravura de los ejércitos y la inclinación de príncipes, caudillos y próceres. La masa popular, la plebe, como se decía, para nada era tenida en cuenta sino como ciego material de combate. Con tal creencia y tal hábito tradicional, el bando austriaco, superior en tropas y en generales, vencedor varias veces en

campo abierto, creyó segura su victoria al ver a los borbónicos desmoralizados, privados casi de la ayuda de Francia, fugitivos hacia el Norte de Castilla, dejando esta región a merced de los invasores. Pero no contaban con los *imponderables*, como no contó Napoleón, y por eso sus legiones fracasaron como las del héroe de Austerlitz, y por análogo motivo.

El espíritu castellano surge fuerte, animoso, imperturbable, dispuesto a imponer su voluntad y a no rendirse, alentado por el ejemplo de Madrid, donde, también como un siglo después, si la nobleza está dividida, el alma popular late pujante en *los barrios bajos*. Allí, chisperos y majas, no tan dibujados aún como en tiempo de Goya, hacen frente a la ocupación extranjera, con resistencia pasiva y pertinaz, con valeroso denuedo, con estoica impavidez, con inalterable buen humor, reflejado en coplas, motes y chacota continua, como los esgrimidos cien años después contra *Pepe Botella*. El pueblo matritense cierra los balcones al paso del nominal Carlos III, rodea del mayor vacío a cuanto le concierne, persigue y hace desaparecer a sus soldados cuando se aventuran por callejuela solitaria o apartado lugar, les niega todo concurso de abastos y se complace en hacerles la vida imposible, afrontando valerosamente el riesgo de una degollina o un saqueo general por parte de la soldadesca.

Y el malaventurado archiduque, a quien hicieron creer que su sola presencia en Madrid bastaría para derretir de entusiasmo a los madrileños, sintiendo que ni él ni los suyos tienen en la villa y corte piedra segura donde apoyar su planta, sin poder dar un paso sino entre bayonetas y rechiflas, sin atreverse siquiera a pernoctar en el alcázar de sus ascendientes ni a pasar por Madrid sino de refilón, teniendo su cuartel general y su residencia en el cercano pueblo de Villaverde, acabó por sentir que el aire le faltaba en aquel vacío que sentía en torno suyo. *Rey fantasma* le llamaba la burla del populacho, y como tal se esfumó pronto, desapareciendo con toda su comitiva y sus tropas de Madrid y sus contornos, que inmediatamente ocupó de nuevo, para no perderlos más, Felipe V, entre un alborozo inenarrable de los fieles hijos de la Villa y Corte.

Las hazañas del célebre coronel Vallejo, estorbando con su invisible partida la comunicación regular de los aliados entre Aragón y Madrid, y la bravía bordadora madrileña Almudena, borracha de *borbonismo*, hembra de pelo en pecho, capaz de abandonar sus intereses y afectos y llegar al crimen por su furor legitimista, son dos tipos que pueden parangonarse con un Empecinado o una Manuela Malasaña (aunque el segundo sea personaje de ficción, puramente representativo).

En torno a la ocupación y desocupación de Madrid por los aliados, gira una página novelesca de la acción, que el autor va desliendo en esta serie histórica, y cuyos personajes, casi todos los mismos, aparecen con más o menos relieve en los distintos volúmenes. En éste apenas si asoma el protagonista de la serie, Jenaro de Pereda. En cambio, destaca como figura central su hermana, la gentil y resuelta duquesita de Sahagún, partidaria de Felipe V, cuyas desventuras domésticas bajo la tutela tiránica de su familia, sostenedora del bando austriaco, nos refirió el autor en tomos anteriores. El éxodo de la duquesita, esposa y virgen, en busca de su hermano, militante en las tropas borbónicas, y huyendo de un marido odioso que la impuso el despotismo de sus parientes, da ocasión a que conozcamos la vida de Madrid en aquellos días agitados, y aun nos conduce por los pueblos inmediatos hasta la imperial Toledo, baluarte último del austriacismo en Castilla. Después, en pos de la misma dama, que busca el refugio mo-

nástico, donde agoniza su consejera y protectora, la virtuosa abadesa de un convento de Brihuega, asistimos al asalto de esta plaza por las tropas del rey Felipe y a su completa victoria.

Lo histórico y lo novelesco, la realidad y la ficción, se hallan convenientemente ponderados en el volumen, que está bien documentado y contiene fieles descripciones, aunque sencillas y sobrias, sin preciosismos de estilo ni grandes efectos de color.

En conjunto, *El archiduque en Madrid* no da impresión tan vigorosa como *Almansa* (el episodio más logrado acaso de la serie); pero está bien construido, y mantiene el interés general de toda esta colección histórico-literaria.

J. DELEITO Y PIÑUELA.



GÓMEZ DE OROZCO, FEDERICO.—*Catálogo de la colección de manuscritos de Joaquín García Icazbalceta, relativos a la historia de América*. Monografías bibliográficas mejicanas, núm. 9. México, 1928. XV + 287 + 2 láminas de firmas.

La colección de monografías bibliográficas mejicanas, serie cuidada y selecta de estudios relativos a la interesantísima república que constituyó, al decir de Menéndez Pelayo, la parte predilecta y más cuidada de nuestro imperio colonial, y aquella donde la cultura española echó más hondas raíces, se ha enriquecido con un volumen en el que se describe la colección de manuscritos del polígrafo mejicano D. Joaquín García Icazbalceta.

Pretendía este eminente bibliógrafo fundamentar la historia de su país en la más severa documentación, a cuyo fin publicó notables colecciones que habían de constituir, según sus palabras, «el grande acopio de materiales para levantar el edificio de nuestra historia nacional.» Su labor infatigable dió como resultado obras de tanta delicadeza como la *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, «que en su línea es obra de las más perfectas y excelentes que posee nación alguna»—Menéndez Pelayo—, y de tanta sustancia histórica como *Don Fray Juan de Zumárraga, primer obispo y arzobispo de México*, que no sólo es una biografía del insigne prelado, sino también un cuadro histórico, matizado de admirable colorido, de la sociedad mejicana en los tiempos de aquel apostólico varón.

García Icazbalceta llegó a reunir una gran cantidad de manuscritos y piezas impresas rarísimas, cuyo catálogo, que era un mero índice redactado por el colector para manejar con él los volúmenes de su biblioteca, ha permanecido, no sólo inédito, sino casi desconocido hasta su publicación por Gómez de Orozco.

De este índice, sacado por García Icazbalceta para su amigo el Dr. Nicolás León, existen por lo menos otros tres ejemplares: uno en poder de la familia García Pimentel, descendiente del gran historiador mejicano; otro en la Biblioteca de la Universidad de Austin (Texas), y un tercero que debe hallarse entre los pa-

peles de D. Marcos Jiménez de la Espada, que en gran parte están en el Centro de Estudios Históricos.

El ejemplar que utiliza Gómez de Orozco es el correspondiente al Dr. León, y forma un tomo de 31 centímetros de largo por 19 de ancho, empastado, con un tejuelo en la cubierta superior con esta inscripción: Colección | de M. SS. | Catálogo | Joaquín García Icazbalceta.

Las notas, en número de 153, agregadas por Gómez de Orozco, llenan las páginas 91 a 219, y son del mayor interés por la vastísima erudición que revelan en su autor. En ellas intercala curiosas reproducciones de impresos y manuscritos de gran rareza (códices, relaciones, memorias, etc.). Los apéndices comprenden las páginas 219 a 287.

Cuántos se preocupen por los problemas de la historia mejicana habrán de acudir a este libro de apariencia sencilla y elegante, que encierra noticias del más alto valor para los bibliófilos.

C. PÉREZ BUSTAMANTE.



MORENO VILLA, J.—*Tres dibujos de Pedro de Ribera* que reclama la iglesia madrileña de San Cayetano. Revista *Arquitectura*. Madrid, julio, año 1928.

No estamos aún en situación científica suficientemente sólida, en lo que respecta al conocimiento del barroco, para hacer estudios que aspiren a permanencia o a cierta cristalización crítica respecto a dos de sus más famosos paladines, antes tan vituperados y ahora tan exaltados. Nos referimos con especialidad a Churriguera (senior) y a Ribera.

Pedro de Ribera, sin embargo, ha permanecido hasta ahora, respecto de su compañero Churriguera (aunque un poco más viejo éste), en cierta penumbra, penumbra que, si bien le libró de mayores vituperios, hoy le ha impedido salir a tiempo a la luz libre para ocupar el lugar que dignamente debe en la historia de la arquitectura madrileña y española.

Pero el momento de su rehabilitación ha sonado ya, y el interés de sus obras crece a medida que mejor se le va conociendo. Al Sr. Gutiérrez Moreno le cabe el mérito de gran parte de esta rehabilitación. Su trabajo sobre la ermita de Nuestra Señora de la Virgen del Puerto, de Madrid, en *Arquitectura*; la publicación en su revista de los planos de Nuestra Señora de la Portería, en Avila, inéditos hasta hoy, y el hallazgo de algunos documentos de interés, tal como la fecha cierta de la muerte del artista (1742), nos han ido revelando un arquitecto tan representativo para el barroco como Churriguera.

Ahora, el hallazgo y publicación de los planos que para la iglesia de San Cayetano hizo Ribera, de cuya intervención ya teníamos noticias (1), han añadido,

(1) Véanse Gavira, *Iglesia de San Cayetano*, tirada aparte de esta REVISTA, 1926; y Tormo, *Las iglesias de Madrid*, 1928.

no sólo unos dibujos de su mano, que son de un valor incalculable, sino las fechas en que posiblemente estuvo encargado de esas obras. El corte longitudinal de la iglesia lleva las siguientes: la de 1722 y la de 1737, que verosímilmente podrían interpretarse como fechas límites de su intervención en la iglesia de San Cayetano.

Que los planos de Ribera no se llevaron a cabo tal como él los hizo es cosa que ya se sabía tan sólo por no poder ser de él muchos de los elementos constructivos y decorativos del edificio. En cuanto a la sospecha de si el edificio hubo de planearse desde el principio para darle una predominante longitudinal «latina», hoy se puede fallar a la vista de los dibujos en un sentido favorable a su plante actual, de cruz griega.

Por lo tocante al alzado, tiene grandes semejanzas de concepción con su iglesia de Montserrat, en esta corte: en ambas se echa de ver el predominio de la cúpula sobre las torres (nota tan dieciochesca, que los neoclásicos habían de acentuar hasta casi suprimir las torres), pero con cierta protesta callada por parte de Ribera, que las lanza a gran altura. En definitiva, aunque la cúpula predomina en el papel, en la realidad no existe tal predominio, pues desde la calle son tan sólo las torres (estrato medieval, gótico, que en el barroco se puso al descubierto), las que daban la nota de predominio.

Sentimos mucho la falta de espacio que nos priva de comentar más a nuestras anchas tan interesantes dibujos. Para terminar, digamos que ha sido en casa del arquitecto Aníbal Álvarez donde tales documentos se han hallado, y que la publicación de ellos, debida al Sr. Moreno Villa, merece elogios, tanto por el contenido de su estudio, como por el lujo de detalles de la publicación.

A. GARCÍA BELLIDO.

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA

Generalidades

1.559. *Bibliografía madrileña*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, V, 1928, págs. 436-440, V. núm. 1.469.

1.560. Cotarelo y Mori, Emilio.—*Discurso acerca de las publicaciones de la Real Academia de la Lengua*. Madrid, Imprenta de la Revista de Archivos, 1928, en 4.º

Prehistoria

1.561. Mata, Juan M.—*La prehistoria madrileña. Estado de los últimos descubrimientos realizados sobre el paleolítico del Manzanares*, en A B C. Madrid, 2 septiembre, 1928.

Escritores madrileños

1.562. Alvarez Gato, Juan.—*Obras completas...*, editadas con notas y una introducción por Jenaro Artiles Rodríguez. Madrid [Blass], 1928, XLIX + 215 páginas + 2 hojas. Pertenecen a la colección de *Los clásicos olvidados*, tomo IV.

1.563. Artiles Rodríguez, Jenaro.—*La partida bautismal de Tirso de Molina*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, V, 1928, páginas 403-411.

1.564. C.—*Un pasaje de Lope de Vega sobre la formación de algunos femeninos castellanos*, en *Boletín de la Real Academia Española*. Madrid, XV, 1928, págs. 567-568.

1.565. Calderón.—*La vita e un sogno*. Pref. e trad. di G. Bottoni. Milano, Signorelli, 1927, 77 págs.

1.566. Castrovido, Roberto.—*Los restos de Lope y de Alarcón*, en *La Voz*. Madrid, 10 noviembre, 1928.

1.567. Cervantes Saavedra, Miguel de.—*El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Nueva edición crítica con el comento refundido y mejorado y más de setecientas notas nuevas dispuestas por F. Rodríguez Marín. Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, 1927-28, 4 vols., 8.º

1.568. Cervantes Saavedra, Miguel de.—*El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Edición anotada por N. Díaz de Benjumea, e ilustrada por R. Balaca y J. L. Pellicer. Barcelona, Montaner y Simón, 1927, 2 vols., 8.º

1.569. Cervantes Saavedra, Miguel de.—*L'Ingegnoso «Idalgo» Don Chisciotte della Mancia*. Passi trascelti e collegati nella versione di B. Gamba, rifatta e anotatta da A. Pellizzari..., con 85 disegni di G. Doré, Napoli, Perrella, 1928, 185 págs.

1.570. Cervantes.—*Don Quijote von la Mancha*. Leipzig, Zenith-Verlag, 1927, 437 págs., 8.º

1.571. Cervantes Saavedra, Miguel de.—*Schel-men-und Liebesgeschichten*. Augew. und hrsg. von Dr. Owlglatz. München, A. Langen, 1927, 189 págs., 8.º

1.572. Cervantes.—*La Gitanella*. A cura di G. Aita. Napoli, Morano, 1927, 108 págs.

1.573. Díez Canedo.—*Un poeta madrileño [Juan Álvarez Gato: Obras completas]*. Edición de J. Artilles Rodríguez, en *El Sol*. Madrid, 19 agosto, 1928.

1.574. Dotor, Angel.—*La antigua Orden de San Juan y la tradición de Cervantes manchego*, en *La Esfera*. Madrid, 6 octubre, 1928.

1.575. Entrambasaguas y Peña, Joaquín.—*Nuevas investigaciones sobre los restos de Lope de Vega*. Madrid, Imprenta de la *Revista de Archivos*, 1928, 28 páginas, 4.º

1.576. Fernández de Moratín, Nicolás y Leandro.—*Obras*. Segunda edición. Madrid, Editorial Hernando, 1926, XXXVIII + 636 págs. (Pertenece a la Biblioteca de Autores Españoles, tomo II).

1.577. Flaccomio, R.—*La fortuna del Don Quijote in Italia nei secoli XVII e XVIII e il Don Chisciotti di G. Meli*. Palermo, Santi Andó & Figli, Editori, s. a., 166 págs., 8.º

1.578. Francos Rodríguez, J.—*La mujer y los poetas. Lope de Vega*, en *Blanco y Negro*. Madrid, 21 octubre, 1928.

1.579. Gómez de Baquero, E.—*El enigma biográfico de «Tirso de Molina»*, en *El Sol*. Madrid, 23 septiembre, 1928.

1.580. González Palencia, A.—*Pleitos de Quevedo con la Villa de la Torre de Juan Abad*, en *Boletín de la Real Academia Española*. Madrid, XIV, 1927, páginas 495-519 y 600-619.

1.581. Hatzfeld, H.—*Don Quijote und Mme. Bovary*, en *Idealistische Philologie*, III, 1927, págs. 54-116.

1.582. Larra, Mariano José de.—*No más mostrador*. Comedia. Edited by P. Gimeno and K. C. Kaufman. New-York, Heath & Co., 1927, X + 172 páginas, 8.º

1.583. Machado, Manuel.—*Felipe V, continuador del «Quijote»*, en *REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO*, Ayuntamiento de Madrid, V, 1928, págs. 365-380.

1.584. Menéndez y Pelayo, M.—*Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*. Edición ordenada y dirigida por M. Artigas, tomo VI. Madrid, R. Velasco, 1927, 408 págs., 4.º

1.585. Núñez Arenas, M.—*Moratín y Cabarrús*, en *La Voz*. Madrid, 6 septiembre, 1928.

1.586. Olivar Asín, J.—*Más reminiscencias de «La Celestina» en el teatro de Lope*, en *Revista de Filología Española*. Madrid, XV, 1928, págs. 67-74.

1.587. Pérez Clotet, Pedro.—*La «Política de Dios», de Quevedo, y su contenido ético-jurídico*. Madrid, Reus, 1928, 204 págs., 8.º

1.588. Polar, J. M.—*Don Quijote en Yanquilandia*. Cartagena, Editorial Juvenilla, 164 págs.

1.589. Quevedo, Francisco de.—*Pablo de Segovia: The Spanisch Sharper*.

Translated from the Spanish. With an introduction by H. E. Watts. London, Fischer Unwin, 1927, VII + 269 págs.

1.590. Quevedo, Francesco de.—*Vita del Pitocco*. Prima versione italiana di A. Giannini. Seconda edizione rifalta sul testo critico. Roma, A. F. Forniggi, 1927, XXX + 240 págs., 8.º

1.591. Romano, Julio.—*El «Quijote» sirvió al rey Felipe V para conocer a los españoles*, en *La Esfera*. Madrid, 6 octubre, 1928.

1.592. Saz, Agustín del.—*Moratin y su época*, en *REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO*, Ayuntamiento de Madrid, V, 1928, págs. 411-416.

1.593. Spitzer, L.—*Zur Kunst Quevedos in seinem «Buscón»*, en *Archivum Romanicum*. Genève-Firenze, XI, 1927, págs. 511-580.

1.594. Tamayo Victoriano.—*Lope de Vega, libretista*, en *Blanco y Negro*. Madrid, 23 septiembre, 1928.

1.595. Tirso de Molina.—*El Burlador de Sevilla y El Convidado de piedra*. Prólogo de R. Gil-Torres. Madrid, Blass, 1927, 196 págs., 8.º

1.596. Torre y del Cerro, J. de la.—*Cinco documentos cervantinos*, en *Boletín de la Real Academia de Ciencias, Bellas y Nobles Artes de Córdoba*, IV, 1925, págs. 169-183.

1.597. X.—*Los grandes dramaturgos europeos. Jacinto Benavente*, en *La Libertad*. Madrid, 22 septiembre, 1928.

Archivos, Librerías, Bibliotecas e Imprentas

1.598. Gil Ayuso, F.—*Nuevos documentos sobre la fundación de la Real Academia Española*, en *Boletín de la Real Academia Española*. Madrid, XIV, 1927, págs. 593-599.

1.599. Rivero, Casto M.ª del.—*Escrutinio de monedas matritenses*, en *REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO*. Ayuntamiento de Madrid, V, 1928, págs. 381-402. V. núm. 1.373.

1.600. Seris, H.—*The Centre of Historical Studies in Madrid*, en *Art and Archaeology*. Washington, XXV, 1928, págs. 122-129.

Bellas Artes, Artistas, Monumentos y Museos

1.601. Castrovido, Roberto.—*Crónicas madrileñas. Edificios públicos*, en *La Voz*. Madrid, 26 septiembre, 1928.

1.602. D. T.—*El Teatro de los Caños del Peral*, en *La Esfera*. Madrid, 10 noviembre, 1928.

1.603. Dusmet y Alonso, José María.—*Visita al Museo Nacional de Ciencias naturales*, en *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*. Madrid, XXXVI, 1928, págs. 226-231.

1.604. Garnelo y Alda, José.—*Ermita de San Antonio de la Florida y panteón de Goya*, en *Arte Español*. Madrid, XVII, 1928, págs. 378-383.

1.605. Herrera, Santiago.—*La vida de un teatro. Historia de Novedades*, en *La Esfera*. Madrid, 29 septiembre, 1928.

1.606. Muguruza, Pedro de.—*Nueva escalera en el Museo del Prado y otras reformas*, en *Arquitectura*. Madrid, X, octubre, 1928, págs. 307-312.

1.607. Sorribes, Pedro.—*Nueva visita al Palacio de Liria*, en *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*. Madrid, XXXVI, 1928, págs. 270-213.

1.608. Tamayo, Victoriano.—*Hoy hace cincuenta y cinco años...* [23 noviembre, 1928.] *Inauguración del Teatro de Apolo*, en *Heraldo de Madrid*, 23 noviembre, 1928.

1.609. Vegue y Goldoni, Angel.—*El centenario de Goya en el Museo del Prado*, en *Arte Español*. Madrid, XVII, 1928, págs. 384-387.

1.610. Velasco Zazo, Antonio.—*Monumentos desaparecidos. El convento de Santo Tomás* [de Madrid], en *Blanco y Negro*. Madrid, 4 noviembre, 1928.

Tradiciones, Costumbres, Folk-lore

1.611. Casares, Francisco.—*Instituciones del antiguo Madrid. De la cárcel de Corte a la Modelo, pasando por el Saladero, la cárcel de Corte y la Galera*, en *La Voz*. Madrid, 4 septiembre, 1928.

1.612. Casares, Francisco.—*Instituciones del viejo Madrid. Los antiguos corrales de comedias*, en *La Voz*. Madrid, 15 septiembre, 1928.

1.613. Gómez de la Serna, Ramón.—*La plaza de Oriente, encadenada*, en *La Esfera*. Madrid, 24 noviembre, 1928.

1.614. López Núñez, Juan.—*La plaza Mayor, «Stadium» del Madrid de otras edades*, en *La Voz*. Madrid, 17 septiembre, 1928.

1.615. Muñoz Crego, Teodoro.—*Rincones del viejo Madrid*, en *Blanco y Negro*. Madrid, 30 septiembre, 1928.

1.616. Rivera, Alfredo.—*Tradiciones y leyendas de Madrid. Una aventura de don Francisco de Quevedo*, en *El Imparcial*. Madrid, 4 octubre, 1928.

1.617. San José, Diego.—*Estampas del Madrid viejo. El desaparecido Alcázar de los Austrias, precursor del actual Palacio Real*, en *A B C*. Madrid, 2 septiembre, 1928.

1.618. San José, Diego.—*Estampas del viejo Madrid. La Torre de los Lujanes*, en *La Esfera*. Madrid, 29 septiembre, 1928.

1.619. San José, Diego.—*Estampas del viejo Madrid. «Las Calatravas»*, en *La Esfera*. Madrid, 16 septiembre, 1928.

1.620. X.—*Del Madrid que se va. El Café de Fornos*, en *El Imparcial*. Madrid, 28 octubre, 1928.

Planos y guías. Obras y proyectos

1.621. Castrovido, Roberto.—*Las nuevas obras del nuevo Madrid*, en *La Voz*. Madrid, 6 octubre, 1928.

1.622. Bergamín, Rafael.—*Casa del Marqués de Villora en Madrid*, [calle de Serrano] en *Arquitectura*, X. Madrid, septiembre, 1928, págs. 282-288.

1.623. Bernaldo de Quirós, Constancio.—*La colonización del Guadarrama*, en *Revista de Política Social*. Madrid, I, núms. 7-8, 1928, págs. 91-105.

1.624. Winthuysen, Javier de.—*Los jardines en Madrid*, en *La Voz*. Madrid, 5 octubre, 1928.

